

De chile, dulce y manteca

Mercedes Varela



De chile, dulce y manteca

COLECCIÓN 
AGUA FIRME

De chile, dulce y manteca

Mercedes Varela



Tamaulipas

GOBIERNO DEL ESTADO

De chile, dulce y manteca

© Mercedes Varela

Primera Edición 2014

ISBN: 978-607-8222-66-7

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)

Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101

Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

Para mis padres
Felipe Varela y
Juana García

Para mis hijos
Leonel, Lorena,
Fausto, César
y Andrés

Con especial agradecimiento:
A mis amigos y amigas,
por permitir que los
convirtiera en
hombres y
mujeres de
tinta.

Prólogo

Menú literario

Lo primero que me llamó la atención en los escritos de Mercedes Varela, fue que me ofreciera para empezar un menú, un menú de restaurante, que lógicamente me abrió el apetito, el apetito para leer. ¿Qué platillo escoger para empezar la lectura? ¿Un cabrito en su salsa, unos tamales de chile, dulce o manteca, unas crepas en salsa de perejil?, o bien, algo de postre: ¿un flan, unas donas glaseadas, una gelatina de zanahoria o un pastel de queso? Por supuesto en la mesa no podía faltar una salsa verde picosita y unas tortillas de maíz y otras de harina. Como buen descendiente de familia tamaulipeca, como soy, empecé con el cabrito; ya se me hacía agua la boca nomás de pensar en su sabor, en su consistencia, en su olor. Y no me defraudé sino que al terminar el platillo pedí repetirlo. Un platillo con todos los ingredientes necesarios; una mujer hecha para servir al hombre sin tener derecho a nada, sin saber nada de él. Lo importante es darle hijos y darle de comer. Un hombre ausente, que

hasta que lo matan nos enteramos quién es y qué hace. Otro ingrediente es todo lo norteño, desde el cabrito, el machacado, hasta el lenguaje y las costumbres. Y como dice el dicho: “el muerto al pozo y el vivo al gozo”, aquí muy bien empleado, ya que la mujer en lugar de llorar al muertito nos ofrece la receta completa del cabrito y nos dice cómo prepararlo: “...vamos colocando las piezas del cabrito seguidas de la cebolla entera y la cabeza de ajo. Salamos un poco y agregamos los chiles serranos enteros. Colocamos también en la olla el machito a cocer...” No sé si a todos los que lean los cuentos les venga la gana de ir al mercado a comprar todo lo necesario, a mí sí me dieron ganas, nomás que no sé en el Distrito Federal dónde se compra un cabrito. Voy a averiguarlo. Por lo pronto me pongo a leer todos los cuentos sobre comida que trae el libro, todos atractivos, con humor, con diferentes historias interesantes.

Una segunda serie son los cuentos incluidos en Semanario, donde el lunes sucede una cosa, el martes otra y así se continúa hasta terminar la semana. Me encantan los escritores que rompen con la falsa idea que los autores deben ser serios y escribir sólo cosas graves. Mercedes juega con todo y con todos. Me la imagino riendo mientras escribe. Estos siete días nos informan sobre los intereses de la autora que no son otros que los de su comunidad, de su región, de su entorno familiar y social. Nos habla de las mujeres que se van de compras al otro lado para aprovechar la barata del Mall, de la violencia en las calles de la ciudad, de los trabajadores, que son la mayoría de ese sitio, que dependen del petróleo; de los niños llamados “halcones” que son los que avisan a las

bandas de lo que sucede en cualquier lado, como es el paso de una patrulla, la visita de gente extraña, la presencia del ejército o la marina. Al describirnos lo suyo nos describe al ser humano de cualquier sitio, con sus miedos, sus proyectos, sus realizaciones y frustraciones. Me encanta la historia de la mujer que nunca puede ir a la playa en Semana Santa y que cuando ya está vieja lo logra, mueve sus aletas y se hunde en el mar.

Tengo una obra de teatro titulada *La Duda*, por lo que me interesó “La Duda”, el cuento de Mercedes. En mi obra la duda es la de una joven que no está segura que el que se hace pasar como su padre lo sea en realidad. En el cuento ella nos platica de una duda que es común a todas las mujeres del mundo. ¿Mi marido anda con otra, quiere a otra, ya no me ama? Duda, que la mayor parte de las veces no tiene aclaración.

Confieso que a mí nunca se me hubiera ocurrido describir a una mujer como “dulce como capirotada en cuaresma”. Puede que hubiera yo llegado a dulce como capirotada pero nunca continuar “en cuaresma”. Y sí, ese dulce sabe distinto en esa época de ayunos. Angélica, la dulce, aparece en el cuento titulado “Baby Shower”. Y aquí voy al título y la influencia de todo lo extranjero en nuestra cultura. De esto está más que consciente la autora. Por muy mexicano que trate uno de ser todo nos obliga a ser extranjero: Palabras, frases, comida, costumbres, canciones, películas, libros, revistas, marcas, aparatos... Sólo la muerte sigue siendo mexicana. No es raro que en este cuento el color de los ojos sea fundamental. Si son azules o verdes tendrá el futuro niño más posibilidades

de triunfar que si son negros. Por eso el pleito de las familias; mi familia tiene ojos verdes... la tuya no, ¿verdad?

“Aquí no”, es un relato que nos invita a decir la verdad y qué mayor verdad que reconocer que no fuimos amados. Una verdad dolorosa. La protagonista además de decirlo lo escribe en su tumba: “Aquí no yacen dos seres que se amaron”. Yo la cambiaría para que quede más clara por “Aquí yacen dos seres que no se amaron”.

Podría yo seguir hablando de los cuentos, de los que tienen como título nombres muy nortehños como son Rogelio Armenteros, Claudia García, Gertrudis Rosas, Candelaria Escalante, pero prefiero que los lean y los disfruten como los disfruté yo.

Reconozco en Mercedes Varela, a una escritora que continuamente se sigue preparando, que asiste a todos los eventos culturales de su localidad, que lee día y noche, que es maestra en diversas instituciones y sobre todo, que es una escritora que nos sabe deleitar con sus escritos. Sé que va a continuar con su labor por muchos años con lo que enriquecerá a su ciudad, a su estado y a todo el país.

Tomás Urtusástegui

Julio 2013



De chile, dulce y manteca

Reciclamiento

(Budín de pan duro)

A noche me soñé, y fue tan real que mi sueño se ha prolongado hasta este amanecer en que el zumbido de la secadora de pelo burla paredes y puertas e, impertinente penetra mis oídos. Imagino el cabello alborotado por el aire tibio del aparato. Otro ruido, potente destructor y contaminante ahoga el de la secadora. Es la licuadora que frenética destroza, sigo imaginando, los plátanos, estos se resisten pero finalmente se convierten en un espumoso licuado de plátano con leche. Después sólo murmullos, pasos que se alejan y yo aquí, tendida, desnuda e irresucitable, como en mi sueño.

Lo bueno de los sueños es que se puede soñar que se sueñan, así de simple, sin meternos en todos esos rillos del subconsciente liberado o de los deseos reprimidos, como decía Emilita ayer, mientras saboreábamos nuestras tazas de Nescafé descafeinado y endulzado con Canderel. Yo no me sentía con ánimo suficiente para rebatir el punto, así que cambié de tema y le pregunté. Ella abrió la boca y no fue precisamente para recibir la cuchara copeteada de crema del pastel de queso con fresas,

ya que al escucharme apenas sí llevaba ésta a la altura de sus senos. Me respondió con terminajos que no entendí; al percatarse de mi ignorancia, cambió su actitud de abogada por el de amiga y me aconsejó al respecto con una amplia sonrisa dibujada en su cara de querubín mofletudo, enmarcada en ese halo virginal que no pierde a pesar de sus cuarenta y tantos años. Nunca se lo he preguntado, pero intuía que es virgen. Contrariamente a lo que propone Almodóvar en una de sus películas, eso de que todas las vírgenes tienen un gesto adusto, yo creo que todas ellas deben ser como Emilita, quien, al despedirse, me dijo:

¡Silvia, todo lo que has vivido, quién fuera tú!

Estas palabras dieron vueltas y vueltas en mi cabeza y quizá sean las causantes de este sueño disparatado. Imagíenme, yo irresucitable y capaz de mantener este parloteo interior.

¿Qué es todo lo que he vivido? ¿Exactamente a qué se refería ella?

Siempre he considerado que el tiempo es mi enemigo. Sí, mi enemigo. Me tiende trampas y llego antes, o después. Un verdadero desastre. Por ejemplo: el tabaco, cuando el mundo humeaba a todo lo que da, yo no consentía ni olerlo; hoy lo disfruto, y ¿qué pasa? Por todas partes me topo con el cartelito que tiene el cigarro con un tache rojo, o el otro más dramático, en el que a una calavera le sale humo hasta por las orejas y remata con la clásica leyenda: “Como te veo me vi, como me ves te verás si sigues fumando”. ¡No lo soporto, me siento pros-crita! Definitivamente llegué después, pero es que cuando todavía no se difundía el daño que el cigarro le hace

a nuestros pulmones, yo estaba lavando pañales. A esta cita llegué antes, como que me brinqué una etapa y es que el inter de hija a madre fue tan rápido. Tan de pasadita, que en lugar de madurar y sentirme mujer, pasé a ser “propiedad privada de”, “la vieja de”, o “mi señora esposa”, como me llama el señor cuando quiere impresionar a alguien. Total que soy un verdadero caos, amiga de lo absurdo e inconstante. ¿Será por eso que me identifico tanto con los gatos? Estos no aman, se dejan amar. Yo aprendí a amar y después a huir. Le temo al sufrimiento que crea la dependencia; y aunque he rozado toda maldad, cuando la pasión me abrasa la ahogo, la entierro viva entre mis visitas al súper, las tardes de damas o el trabajo en la oficina.

El tiempo me ha obligado a ocultarme en diversas pieles. Todas las guardo en mi clóset. Un día perdida en las profundidades misteriosas y abismales de unas pupilas recordé una. Al sacarla me percaté de que estaba ajada y la limpié, deseando que la tibieza de esas manos pudieran desarrugarla. Fue en vano. Bocas envidiosas la salpicaron y allí quedó, olvidada y remojada en la saliva de la realidad.

Emilita no sabe nada esto. Ella me conoce vestida de señora, de madre, de ejecutiva o abuela cariñosa. Pero este día que no amanecí, porque ya lo dije antes, yago desnuda, todas mis pieles cuelgan en el clóset. Si pudiera reciclarlas. ¡Sí, reciclarlas! Así como el aluminio, o el pan duro que remajo en leche y después de horneado se convierte en un delicioso budín, o como los pantalones de mezclilla que se rompen de las rodillas y con un tije-retazo reciben el verano como shorts. Sería fantástico,

no tendría que engordar para llenar la piel de abuela, me queda tan grande; y la de madre me aprieta, limita mis movimientos, me anula. Algunas veces quisiera rasgarla con mis uñas y gritar: ¡Mírenme, aquí estoy! La de señora es tan gruesa. Apenas abrocho el último botón y quedo exhausta; hasta mi estómago protesta al recordar las reuniones donde los señores platican de béisbol y beben cerveza mientras asan la carne. Yo, como toda señora bien portada, intercambio la receta del budín (me sale tan sabroso) con otras señoras que al igual que yo se engañan endulzando sus bostezos con coca de dieta. La de ejecutiva me lastima. La picaron las hormigas, le inyectaron tanto ácido que pensé que estaba inoculada, pero no fue así, duele un poco, aunque todavía se puede usar.

En fin, que continuó en mi cama soñando que ya no soy y que estoy cansada de decidir quién ser. Esta vez dejaré que el teléfono lo haga por mí. Las determinaciones más importantes y que han marcado el inicio de un nuevo ciclo en mi vida las he tomado por teléfono, así que hoy me jugaré la piel al primer ring y después del “bueno” sabré quién ganó. Puede que Emilita me llame para recordarme el baby shower de la nuera de Edna; tal vez el señor, o los hijos, para decirme qué desean para la comida, o quizás reciba el anuncio de que mis nietos vienen a pasar el fin de semana conmigo. Aunque también es posible que la llamada sea de la Coalición Pro Justicia para los trabajadores y resucite con un discurso pro derechos humanos cuando en realidad desearía tener un orgasmo.

Y aquí sigo desnuda e irresucitable y soñando que sueño. Existe la posibilidad de que en unas horas despierte con el coraje suficiente para tomar las tijeras y

cortar trocitos de una piel y de otra, para luego crear con ellas una que me siente de maravilla. Sólo a la olvidada la dejaré completa. Secaré su realidad asoleándola, y cuando esté totalmente deshidratada la reciclaré incinerándola con mis recuerdos; después guardaré el polvo en frasquitos, para usarlo como sombra en los párpados una que otra tarde, cuando el aroma de la primera lluvia de octubre humedezca mi memoria. Mientras, seguiré soñando que me sueño desnuda e irresucitable y que espero que timbre el teléfono para resucitar.

Budín

Ingredientes:

- Pan sobrante 600 g
- Leche 1 litro
- Pasitas 100 g
- Licor de naranja (opcional)
- Ralladura de una naranja
- Huevos 6
- Azúcar 1 taza
- Esencia de vainilla
- Nueces 100 g
- Caramelo o mermelada para barnizar
- Adornar con nueces y crema Chantilly (opcional)

Procedimiento:

Remojar el pan en la leche.

Colocar en un recipiente las pasitas junto con el licor y la ralladura de naranja, dejar hidratar.

Aparte, batir los huevos con el azúcar, la esencia de vainilla y las nueces picadas. Incorporar la miga de pan con la leche y mezclar muy bien para integrar los ingredientes. Por último, agregar las pasas de uva previamente hidratadas en licor de naranja y la ralladura de naranja.

Caramelo para preparar el molde, colocar sobre una hornilla una budinera redonda con la taza de azúcar, humedecer ligeramente con agua y realizar un caramelo claro. Esparcir por todo el molde y dejar enfriar. (El caramelo es opcional. Se puede verter la mezcla en el molde engrasado previamente).

Hornear a fuego moderado durante una hora, aproximadamente.

Desmoldar cuando este tibio y barnizar con mermelada, en el caso de que no haya puesto caramelo y decorar con nueces picadas o acompañar con crema chantilly.

Cabrito en salsa

Me llamo Nidia tengo treinta y cinco años. La semana pasada chocaron mi coche y rompí el parabrisas con mi rostro. Terminé hospitalizada con un fuerte golpe en la cabeza, desviación del tabique nasal y cortaduras leves por toda la frente. Aprendí que aunque me disguste debo usar el cinturón de seguridad, pero no es eso lo que quiero relatar. En fin, decidí operarme la nariz y aprovechando lo del golpe darle un cariñito a mi vanidad, levantándola un poquito. Fue después de la cirugía. Desperté porque sentía que algo fluía de mis fosas nasales. Me tranquilicé. Me había operado el mejor cirujano plástico de la localidad. Me enderecé un poco. Un silencio total me envolvía. Por debajo de la puerta se filtraba una luz opaca. No pedí ayuda, en vez de esto alcancé mi celular. Me tomé una foto y unos segundos después tuve la certeza de que nunca estaré sola...

Terminé la prepa y me casé. Todas mis compañeras me envidiaban. Abel era un tipazo; guapo, simpático con buen porte y dueño de unos ranchos heredados en vida por sus padres. Bueno eso es lo que él me dijo. Que más podía desear una joven como yo que había sido educada

para ser una buena esposa y para la cual su realización en la vida era formar una familia. Nos graduamos de la preparatoria y al mes nos casamos. Yo no necesitaba más. Para atender una casa no se necesita título universitario, con saber palotear las tortillas de harina, hacer una buena machaca y marcarle bien las rayas al pantalón, se está lista, y si además sabes cocinar un buen cabrito te puedes considerar una diplomada de los quehaceres del hogar. A mí me tocó la época de los pañales y las mamilas desechables, así que pude desempeñar fácilmente mi papel de madre primeriza.

El principio transcurrió como en un cuento de hadas, salir de la iglesia con el vaporoso vestido blanco del brazo de Abel, parecía un “Japy end” de película “holibudesca”, aunque mi final se alargó un poco más. Yo no viví, el se casaron, tuvieron muchos hijos y fueron felices por siempre. Sólo llegué al se casaron y vivieron felices un año cuando los síntomas de mi embarazo estropearon la fiesta y pasé a convertirme de su reina, en su vieja, a pesar de mis pocos años. Aunque no siempre era así. Me aclimaté a los altibajos de nuestra relación y cuando el frío me calaba el alma, la masajeaba con un linimiento tibio compuesto de resquicios del ardor temprano, un tanto de prudencia y otros más de resignación. Jamás se me ocurrió abandonarlo.

—Así es esto —aseguraba mi madre con la experiencia adquirida durante la vida con mi padre.

Yo evitaba conjeturarme acerca de la felicidad. Decidí que cada mañana inmediatamente después de salir de la ducha me untaría ese linimiento, pero por si acaso

lo reforzaría con unas gotas de miel para endulzar mis lágrimas que se negaron a seguir atrapadas en esa red tejida de desilusión. Mi hija se convirtió en mi todo. Relegué a Abel a segundo término, más por tener la fiesta en paz que por convicción. Mi padre lo disculpaba por su juventud, pero acaso, ¿no éramos de la misma edad?

Mi marido entre otras cosas me enseñó a ser callada, nada de preguntas incómodas. Mientras él cumpliera con sus obligaciones y no nos faltara qué comer tenía que darme por bien servida. Nunca me maltrató, sólo que él era el único que ponía los límites en nuestra relación. Durante la semana casi no convivíamos, llegaba muy tarde y se levantaba al alba. Ah, pero los fines de semana eran otra cosa, nos reuníamos en uno de los ranchos, los hombres asaban la carne al aire libre mientras tomaban cerveza y escuchaban música. Las mujeres en la cocina paloteando las tortillas de harina, preparando el guacamole y condimentando los frijoles a la charra. Invariablemente las pláticas giraban acerca de los logros de los niños.

—Está tan alto que ya le compró ropita del seis.

—Ya le está saliendo otro dientito, por eso anda muy molón.

—Ponlo a que vea “Madagascar”, Danielito se la pasa viéndola todo el día. Ya le compré otra por que la primera la rayó toda y por poco me echa a perder el “devede”.

—Películas yo no. Mejor le compré el “Inglés de Disney”, porque quiero que mi hijo sea bilingüe.

—¡Ay tú! ¿Para qué? Ni modo que vaya a comprar ganado gringo para que practique.

—Si serás. No es para eso, es por que yo quiero que el junior estudie.

—¿Para qué?, finalmente heredará estas tierras.

—Una nunca sabe.

Qué razón tenía la concuña, una nunca sabe. Empezando porque yo ni enterada estaba de los negocios de mi marido. Me acostumbré a verlo con diferentes teléfonos celulares. Lo más que me atrevía a suponer era que los usaba para hablarles a sus amiguitas. Pero no crean que los traía a la vista. ¡No! Se los encontré por casualidad una vez que me puso a lavarle la camioneta. No dije nada. Decidí espiarlo y me hice adicta a consultar a toda clase de pitonisas. Una amiga me llevó con una señora que me dijo:

—Tú nunca vas a estar sola. Tu marido nunca te va a dejar. Pase lo que pase él siempre va a estar contigo.

—¡Que se muera! Eso es lo que quiero —y solté el llanto. Ella me miró y agregó:

—Te comprendo Nidia, pero no olvides mi consejo, cada mañana despídelo con un beso.

La última noche que pasamos juntos, le cociné cabrito en salsa. A él le encantaba. La mañana siguiente almorzó más cabrito. Se le veía contento. Inexplicablemente yo también lo estaba. Nos despedimos con un beso. Me pidió que le guardara el cabrito sobrante para la cena. No había transcurrido media hora cuando me comunicaron que Abel había sido abatido por las balas en una gasolinera.

Temblando, lo reconocí; ensangrentado, sin vida y con uno de los malditos celulares en la mano. Comprendí su trabajo cuando las autoridades me dijeron que traía

consigo una fuerte cantidad de dinero, dos radios y siete celulares. Me interrogaron, yo contestaba en automático como disco rayado.

—¡No! No sé. Desconozco. Él tiene un rancho. De todo eso que preguntan, ¡no sé nada!

Mi cerebro se negó a procesar tanta información, y como mala computadora se cicló hasta que se restauró cruelmente cuando escuché el pregonar de los voceadores del periódico vespertino:

—¡Acribillan a cabritero!

Tres largos años han transcurrido, lentos, espesos y pegajosos. Pareciera que todas las calamidades del mundo hubieran sido atraídas por mi pequeña humanidad y corrí nuevamente con mi consejera y le reclamé:

—¡Usted me dijo que nunca iba a estar sola! ¡Estoy sola! ¡No sé qué hacer!

—Ponte a estudiar. Eres joven.

—¡No sé hacer nada! ¡Tego miedo! ¡Mucho miedo!

Ella sonrió y me dijo mirándome fijamente:

¡Bienvenida a la vida! Esta es la vida. La tienes, eres libre. Era lo que deseabas. Te toca buscar tu felicidad y ganarte tu pan.

—¡Si esta es la vida, no la quiero!

Saliendo de allí, me accidenté y llegué hasta esta madrugada en que contemplo mi foto, luzco hinchada y deformada por la cirugía, y a mi lado, Abel mirándome con una sonrisa y con los ojos llenos de amor.

Cabrito en salsa estilo norte

Ingredientes:

- 1 cabrito de leche, cortado en trozos generosos (no muy chicos, no muy grandes)
- La asadura del cabrito, o en su defecto unos dos machitos chicos o uno grande, ya armados. Si consiguen la asadura completa ustedes la pican y arman los machitos
- 4 a 5 jitomates grandes
- 10 chiles serranos enteros sin cabito
- 1 litro de aceite
- Sal
- Pimienta negra recién molida
- Orégano recién molido
- Cominos recién molidos
- 1 cabeza de ajo entera
- 1 cebolla entera
- 6 a 7 hojas de laurel redondo

Preparación:

Ponemos al fuego una olla amplia y honda con suficiente agua que tape el cabrito ya troceado. Dejamos que hierva el agua y entonces vamos colocando las piezas del cabrito seguidas de la cebolla entera y la cabeza de ajo. Salamos un poco y agregamos los chiles serranos enteros. Colocamos también en la olla el machito a cocer. El chiste es blanquear las piezas y que hiervan muy poco. O sea, que esté cocido, pero firmes las

piezas. Nos ayudamos con unas pinzas panaderas para ir las sacando una a una y ponerlas aparte a escurrir en un platón. Al final sacamos el machito y lo reservamos aparte bien picadito.

Retiramos la olla, sacamos los chiles serranos y los reservamos junto con el caldo del cabrito.

Ponemos a cocer los tomates en agua. Los blanqueamos y les retiramos el pellejo. Los ponemos en la licuadora con sal, unos seis o siete ajos pelados y un poco de consomé de pollo en polvo. Molemos muy bien los tomates.

En una sartén amplia donde quepan todas las piezas (deben quedar como del tamaño de pechuguitas pequeñas) ponemos un poco de aceite, y con las pinzas vamos salteando una por una las piezas del cabrito y reservamos.

Cuando terminemos de dorar todo el cabrito en ese aceite que quedó, freímos los machitos picados, bien fritos, mas no quemados.

Enseguida le dejamos caer la salsa de tomate que hicimos y lo dejamos guisar. Rectificamos la sal. Ahora sí, incorporamos todas las piezas del cabrito ya fritas a este guiso. Agregamos las hojas de laurel, los chiles serranos ya cocidos, así enteros. Si se ve muy seco agregamos unas dos tazas del caldo donde se coció. En este punto empezamos con las especias.

Al tanteo, vamos agregando pizcas de comino, orégano y pimienta negra (todos molidos por separado en el molcajete) al guiso, que deberá verse caldoso y un poco rojo por los tomates. Aquí es donde hay que tener cuidado de no excederse en los condimentos. Pero tampoco tan poquito, porque debe tener fuerza. Dejaremos hervir

a fuego bajito hasta que la carne casi se deshaga. Este es el punto de servir acompañado de arroz y un poco del caldito y unos chilitos por un lado.

Comida de cumpleaños

La cocina es un caos. Sobre la mesa, los chiles secos y las especias para condimentar su comida de cumpleaños. En el fregadero, el pollo. Piernas y muslos sonrosados, carnosos y llenos de hormonas, se descongelan.

Desconfiando de su memoria, consulta la receta de familia que ha pasado de generación en generación, enriqueciéndose y transformándola según la conveniencia o el gusto de quien cocina. Ella sólo cambia el guajolote por pollo americano. A pesar de lo laborioso, prefiere desvenar los chiles en lugar de abrir un frasco de mole doña María. Paciente, inicia su tarea. Recuerda otros cumpleaños allá en su puerto, su baile de quince años, su vestido de tafeta, sus labios pintados con carmín rosa pálido y su cuerpo delgado oloroso a jabón Palmolive. Ahora se viste para nada, aunque cuidadosa escoge del clóset repleto de trajes coleccionados durante los largos días de espera.

La licuadora furiosa mezcla los chiles secos, el chocolate, el ajo y la pimienta.

Sus pensamientos la hacen esbozar una sonrisa breve, relampagueante que desaparece al despertar a su

presente, sin mañana alguno y sin motivación. Él no la provoca porque no la desea, porque ella sabe que el deseo existe en quien lo provoca. Así que se reprime, aunque todavía sienta el amor en el cuerpo y la pasión siempre haya estado en sus sueños y en su piel apenas marchita.

Las semillas de ajonjolí y anís brincan jubilosas sobre el comal caliente.

Mira sus manos reseca y enrojecidas adornadas con la argolla matrimonial y el anillo de compromiso. ¿Por qué él se empeñaba en seguir allí? ¿Por qué continuar con esas reuniones tan forzadas? ¿Por qué en su mirada veía un no sé qué que la hacía pensar que él no era solamente suyo?

Él la observaba con su mirada opaca, como la luna a mediodía.

Sobre la hornilla, los primeros hervores del mole inician su danza de burbujas que estallan, pretendiendo ilusamente, convertidas en vapor esparcirse por toda la casa. El monótono sonido del extractor y las burbujas al reventarse, le recuerdan sus fantasías atrapadas por la realidad.

Él, despatarrado sobre el sofá, lee.

Sobre la pared, abandonada y muda cuelga una guitarra.

Mole poblano

Ingredientes:

- 2 pollos, cortados en piezas
- Aceite vegetal, el necesario

- 4 jitomates
- 3 chiles chipotles adobados, sin semillas
- 3 litros de caldo de pollo, o al gusto
- Sal, al gusto
- 225 gramos de chile mulato, sin semillas
- 200 gramos de chile ancho, sin semillas
- 115 gramos de chile pasilla, sin semillas
- 100 gramos de almendras
- 85 gramos de cacahuates sin cáscara
- 85 gramos de pasas
- 200 gramos de chocolate de mesa, pulverizado

Preparación:

Fríe perfectamente las piezas de pollo en una cazuela grande con aceite caliente a fuego medio-alto.

Coloca los jitomates en un comal y ásalos a fuego medio, volteando de vez en cuando, hasta que la piel se haya quemado y el pollo ablandado. Pela los jitomates y muélelos en la licuadora junto con el chile chipotle. Vierte sobre las piezas de pollo ya fritas, reduce el fuego a bajo y cocina durante unos minutos hasta que la salsa se haya reducido un poco. Agrega un litro de caldo de pollo, sazona con sal y sigue cocinando sin que deje de hervir.

Fríe los chiles mulato, ancho y pasilla en manteca caliente hasta que se doren ligeramente. Retíralos de la sartén.

Fríe en la misma sartén las almendras, cacahuates, pasas, pan, tortilla, pimientas, clavos y canela. Luego licualos junto con los chiles fritos, agregando el caldo

necesario para lograr que todo se muele perfectamente. Vierte dentro de un recipiente grande.

Tuesta el ajonjolí y el anís. Reserva un poco de ajonjolí tostado para servir y licua el resto junto con el anís, cebolla y ajo. Vierte dentro del mismo recipiente con la salsa de chile y cacahuete. Agrega el chocolate de mesa y el caldo restante y revuelve hasta que todo se disuelva perfectamente.

Vierte el mole sobre las piezas de pollo y deja que hierva a fuego lento hasta que el pollo se haya cocido perfectamente.

Sirve, espolvorea con ajonjolí tostado y acompaña con arroz rojo y frijoles refritos.

Crepas con salsa de perejil

Cuando abrió la puerta mi sonrisa se ensombreció con los barruntos de tormenta reflejados en su rostro. Me abstuve de saludar con nuestro chiste tan personal de ¡Hello Kitty! Y sólo atiné a decir:

—¿Qué pasa?, me asustas.

Ella prácticamente se echó en mis brazos y la anunciada tormenta rompió el dique de su cordura y le brotó a borbotones por los sorprendidos ojos. Desconectada totalmente de la razón se sumergía sin recato en la sin razón. Relámpagos de furia por la impotencia alumbraban las nubes de su decencia. Luchó unos segundos hasta que desvalida, se entregó a una tristeza total y como niña que recién descubre el mar, primero con miedo y después disfrutando, nadó en las olas de esa desesperación contenida por los valores que toda señora bien portada debe observar.

Yo la abrazaba en silencio sin saber a qué atribuir sus lágrimas aunque algo intuí cuando me llamó esa tarde:

—Amiguis te invito a merendar.

—¿Qué día es hoy?, ¿martes o miércoles?

—¡Qué más da! ¿Estás ocupada?

—No sé, por eso pregunto. Últimamente ando bien desconectada.

—¿Desconectada? No será que ya estás teniendo tus primeras citas con el alemán.

—Ja, ja, ja, reí. Para nada, es que ando bien cargada con los niños. Martes y jueves tienen clases de natación en el club y los lunes, miércoles y viernes el Tae Kwon Do. Por eso es mi pregunta.

—Entonces, ya me fregué con mi meriendita. Tengo muchas cosas que contarte de tú sabes quién.

Cuando dijo esto último como que se le quebró la voz. Eché una ojeada a mi Blackberry y constaté la fecha martes veinti...

—¡Martes! No te salvaste de cocinar. Te caigo como a las seis. La natación termina a las cinco. Ciao. Un besito.

Kitty, estaba hundida en un pozo cavado con la cotidianidad de un desamor crecido durante sus veinte años de matrimonio, y aunque se arriesgó a tener un hijo a sus casi cuarenta para revivir la ilusión de la espera y el cariño de los primeros años, todo fue inútil. Su marido ni en cuenta. Kitty se había convertido en algo así como una hermana-madre-consejera-amiga para su marido. Este se olvidó de la mujer y hasta platicaba jocosamente lo del embarazo había sido un chiripazo. La situación empeoró cuando ella se enteró que durante cinco años adornó su cabeza una cornamenta de aquellas, fue cuando su marido entre lágrimas le confesó que lo iban a embargar por una pensión alimenticia, porque se enredó en amores con la intendente de su oficina y procrearon una niña. Cuando Kitty lo supo se sintió devastada. No lo asimilaba, aun

así, lo ayudó demandando también por pensión para ella, su hija y el bebé recién nacido. Empequeñecida, vulnerable y pendeja, así se sentía durante el primer encuentro con el maestro de literatura de su hija. Acudió a la prepa atendiendo el reporte por unas inasistencias a dicha clase. Le gustó el maestro, mejor dicho, se gustaron. Intercambiaron teléfonos para estar pendientes de la conducta de la jovencita, quien estaba afectada por la situación que prevalecía entre sus progenitores.

Empezaron a encontrarse como por casualidad. Primero en el parque cercano a la escuela, después en un café. Estas citas la reconfortaban, además su autoestima se resarcía y empezó a detallar más su apariencia. Todos le decíamos que le había sentado el embarazo. Ella callaba.

Cuando me contó del maestro, me dio gusto. Siempre es bueno tener a alguien que nos escuche. Además, según ella, no pasaban de ser unos encuentros inocentes como escapadas de pubertos. Así que no me preocupé de que ella se atreviera a manchar su “inmaculado matrimonio”, como la “otra” le gritó y además agregó:

—“Por eso no te piden el divorcio, sólo por guardar las apariencias”.

Permití que se desahogara ocultando mi impaciencia. Quizá el marido quería el divorcio. ¿Estará embarazada la otra?, o ¿ella? Mil conjeturas ametrallaban mi cabeza disparando una y otra vez. Lo que no me esperaba fue lo que mi amiga empezó a narrar, primero despacio y después ansiosa, temiendo que los recuerdos no formaran las palabras exactas que serían dichas sólo por esta única vez. Después debían borrarse para siempre.

Sería una historia inédita que quedaría en un borrador escondido entre los pliegues de su piel.

—¡Ay!, amiga. Qué bueno que viniste.

—Me necesitas y aquí estoy —le acerqué la caja de kleenex para que volviera a sonarse la nariz.

—Amiga, no sabes, estoy enamorada.

—Lo sé, siempre lo he sabido. Tony es un gran hombre. Excepto por el detallito con la intendente.

—No estoy hablando de él. Me refiero al maestro.

—¡Te enamoraste! Sabías que es lo prohibido.

—No seas cursi. En estos tiempos todo se puede.

Tony pudo.

—Sí, pero él es hombre.

—¿Acaso porque soy mujer no tengo las mismas necesidades?

—¿Necesidades? ¿Te refieres a lo que estoy pensando?

—No sé que estarás pensando. Hablo de necesidades afectivas.

—¡Ah! —la interrumpí—, ya me habías asustado.

—¿Por qué? El sexo también es una necesidad.

—No para nosotras amiga, estamos casadas.

—Precisamente. No sabes. Ni tantito así te puedes imaginar de lo que nos hemos estado perdiendo.

—¿Tú sí? —no contestó, los sollozos se lo impidieron. Me acerqué a la cocina y le traje un vaso con agua.

—¿Agua? —dijo con sarcasmo—. Las señoras bien todo lo arreglamos con un vasito de agua o un té de tila, cuando en realidad quisiéramos ponernos una guarapeta de antología e ir corriendo a buscar al susodicho y gritarle a la ventana: Te amo, te amo. Olvida lo dicho. ¡Regresa!

Me sonrojé, no pude evitarlo y menos aún cuando agregó:

—De manita sudada... madres. Sudábamos el cuerpo. No amiga, no te imaginas las tardes orgiásticas que celebrábamos. A él le encantaba que le cocinara crepas con salsa de perejil.

La interrumpí.

—No me digas que lo metiste a tu casa.

—¿Cómo crees? Para respirar los mismos olores del tedio y escuchar los mismos sonidos ordinarios de la rutina de esta casa. ¡No! Nos escondíamos en un hotelito a la salida de la ciudad. Yo le preparaba las crepas porque después de disfrutarnos, una hambre atroz nos atacaba. Comíamos para reponernos y seguir con el postre. Este le tocaba a él. Le encantan las fresas con crema y más cuando las untaba por todo mi cuerpo y juguetón las iba comiendo una a una y lamía la crema. ¡Me enloquecía! Jamás había disfrutado de esa inenarrable perversión erótica-culinaria, pero con él aprendí a provocar, a oler, a morder, a ver, a sentir, a tocar, a gozar y acariciar sin inhibiciones. Cuando él mordía mi lengua yo le clavaba las uñas en la espalda y él gemía retorciéndose de placer. Sus gemidos me excitaban más y allá iba y venía; una, dos y hasta tres veces.

—Yo estaba asustada por sus palabras, pero aparenté ser muy “open mind” para que continuara con los pormenores.

—No sé qué voy a hacer sin Dante...

—¡Divórciate!

—¿Cómo crees? Mi condición de mujer decente me lo impide. Hoy rompimos. Él tiene derecho a hacer su

vida con una mujer libre. Yo no puedo dejar a mis hijos sin padre. Amiga, gracias por escucharme. No pienses mal de mí, sólo fui una mujer.

—No, para nada. ¿A todo esto, qué le pones a esas crepas?

—Vamos a prepararlas y vas anotando la receta.

Sin querer vi mi vida reflejada en su historia. A lo mejor ya también era portadora de una buena cornamenta. Decidí que llegando a casa prepararía las mentadas crepas, pero antes pasaría al súper por unas canastitas de fresas y un bote de crema chantilly. Miré a Kitty y le dije:

—¡Hello Kitty! Qué bueno que ya te tengo de regreso, y siguiendo un impulso la abracé y le susurré al oído:

—¡Gracias, amiga!

—¡A ti!, me contestó.

Ya en la cocina, amenizadas con la voz de José Luis Rodríguez, “El Puma”, que cantaba “Oliendo a ti”, fuimos pesando los ingredientes para preparar las crepas. Kitty siguió moqueando un rato más porque recordó que con ese marco musical cocinaba para Dante, el maestro de literatura, a quien intentaba olvidar... recordándolo por última vez y preparando esa rica salsa de perejil como homenaje póstumo.

Crepas

Ingredientes:

- Un huevo
- 75 gramos de harina

- Un vaso de leche
- Una pizca de sal
- Dos cucharadas de mantequilla

Preparación:

Se licuan todos los ingredientes, teniendo cuidado que no se formen grumos.

Se engrasa una sartén, (de preferencia del tamaño que se deseen las crepas) con una servilleta humedecida de mantequilla derretida, procurando que no quede exceso de grasa. Se prende la hornilla a fuego medio.

Se vierte la preparación con una cuchara grande para formar una tortilla.

Cuando la superficie de la crepa está seca se voltea con cuidado y se espera a que se termine de cocer, sin que se dore. Así se continúa hasta terminar la preparación.

Relleno:

- 400 gramos de tomate verde sin cáscara y bien lavados
- Un manojo de perejil
- Un diente de ajo
- Cuatro chiles verdes (según su gusto del picante)
- Media cebolla
- Una taza de crema agria
- 150 gramos de queso chihuahua, cheddar, oaxaca o manchego
- Medio kilo de jamón de pierna cortado en cuadros de un cm.

Preparación:

Pon a hervir los tomates y los chiles en medio litro de agua hasta que estén suaves (15 min. aprox.).

Lícualos con la cebolla, el diente de ajo, el perejil y la crema.

Debe formarse un atole cremoso.

Sal pimienta al gusto.

Aparte dora el jamón. Rellena la crepa con el queso y el jamón

Las cierras, doblando los extremos tipo abanico (usa tu creatividad).

Para finalizar, vierte la salsa sobre las crepas.

Son riquísimas y puedes cambiar el jamón por pollo deshebrado y como postre te aconsejo las fresas con crema. Tú decides si sigues la receta de Kitty fielmente. ¡Suerte!

Donas glaseadas

Isabel, sentada en una banca de la plaza escucha la banda municipal, come una dona de vainilla y disfruta del tranquilo atardecer que contradice toda la violencia publicada en los noticieros. Javier Galván camina de prisa. Al verla se detiene y como si se hubieran visto el día anterior la saluda con un:

—¡Hola!, ¿me invitas?

Se habían conocido en ese tiempo loco de amor y paz cuando las tardes se gastaban en las bibliotecas, conversando en los cafés o bailando en las tardeadas dominicales. Y así como en esta tarde de abril, con un —¡hola!— Javier Galván la saludó treinta y cinco años antes y la invitó a bailar. Guapo, guapo no era, eso sí, tenía un aire triste como de intelectual incomprendido, usaba gafas de carey y el pelo lacio y rebelde le caía sobre la frente, aunque él lo urgiera, alisándolo con la mano para que se mantuviera quieto en su cabeza. Ellos siguieron encontrándose cada domingo. Una tarde, él la espera a la salida de la universidad y la invita al café. Iban por la tercera ronda de café con donas cuando se lo propuso:

—¿Quieres ser mi novia? Te invito al cine el domingo y allí me contestas. ¿Si?

Cuando llegó el domingo, Isabel tuvo tanto miedo y tantas dudas, ¿y si él no llega?, ¿y si la planta?, ¿y si sólo se esta burlando de ella? De todos modos acude a la cita, claro que a propósito llega dos horas después. Él no estaba, nunca supo si fue. Jamás volvió a buscarla y ella vivió con esa duda.

Dos años después Isabel Rodríguez se casó. Tenía ocho meses de embarazo cuando se topó con Javier Galván, le dio pena que la viera redonda como luna llena y agachó la cabeza ignorándolo. Tiempo después vio la foto de Javier en el periódico, con el mechón rebelde sobre su frente el cual ni en el día de su boda pudo mantener peinado.

Con el tiempo, Isabel se convierte en periodista. Se divorcia y se promete a sí misma no volverse a enamorar, se dedica por completo a su vida profesional y se esmera en la educación de sus hijos, ambas cosas le reditúan grandes satisfacciones, ya que su revista editada para guiar a las mujeres con artículos sobre: ¿Cómo lidiar con un divorcio?, ¿cómo mantener una buena relación con tu ex?, o ¿casada y feliz?, se agotaba quincenalmente y se había convertido en una bandera que enarbolaban todas las féminas casi un icono de la liberación femenina y sus dos hijos; Luis, arquitecto y Adrián, abogado, eran su orgullo, guapos, jóvenes y triunfadores, que además le habían dado tres nietos maravillosos, ¿qué más podía desear? Se sentía una mujer plena, aunque acallaba las inquietudes de su cuerpo entre las encuestas de mercado

o lo que estaba preocupando a las mujeres; que la devaluación del peso frente al dólar, el gasolinazo o el alza del precio del huevo. Así las cosas hasta esta tarde de abril en que ella y Javier Galván se saludaron con un tierno abrazo y se sentaron a conversar. Se dijeron todo lo que no se habían dicho en treinta y cinco años sin verse. Isabel García, empezó a llorar. Se disculpó por las lágrimas achacándolas a que se estaba volviendo vieja.

—¡No digas eso! ¡Estás bellísima!

—Desapareciste de mi vida en serio.

—Al contrario siempre he estado allí.

—Mentiroso, ¿por qué no me buscaste?

—Estabas casada.

—¿Y... después?

—Yo estaba casado.

—¿Estabas? ¿Ya no lo estás?

—Viudo.

—¡No, pobre de...!

—Ni lo digas. Creo haberla hecho feliz.

—¿Entonces?

—Sigo esperando tu respuesta.

—Primero dime, ¿ese domingo acudiste a la cita?

—¡Sí! Y este domingo te espero donde mismo para que me contestes.

Ella levantó su mano para acomodar el mechón de canas, que terco seguía cayendo sobre la frente de Javier y dijo:

—¡No, no quiero esperar más! Mi respuesta es sí.

Isabel García y Javier Galván, se abrazaron. Ya habría tiempo para reconocerse. De momento esto era todo, él, ella, música y donas glaseadas.

Donas glaseadas

Ingredientes:

- Un kilo de harina
- 100 gramos de levadura fresca
- 200 gramos de azúcar
- 6 huevos
- 400 mililitros de leche (la necesaria)
- Media cucharadita de sal
- 160 gramos de mantequilla
- Un litro de aceite

Procedimiento:

Hacer una fuente con la harina, azúcar, sal y levadura. Agregar los ingredientes líquidos.

Amasar hasta obtener una masa tersa.

Agregar la mantequilla atemperada en partes. Trabajar hasta que se integre.

Separar en dos porciones. Una refrigerarla, la otra dejarla reposar a que fermente. Después de que duplique su tamaño se juntan las dos masas.

Extender sobre superficie enharinada. Dejar dos centímetros de grosor aproximadamente.

Cortar con ayuda de moldes circulares.

Dejar fermentar a que duplique su tamaño.

Calentar el aceite en un cazo.

Freír las donas por los dos lados.

Enfriar y cubrir con el glaseado.

Glaseado de vainilla:

Ingredientes:

- 200 gramos de azúcar glass
- Una cucharadita de vainilla
- 4 gramos de polvo de merengue
- Agua (la necesaria para formar una pasta que se pueda extender sobre la dona)

Procedimiento:

Mezclar azúcar glass, polvo de merengue y la vainilla.
Agregar poco a poco el agua checando consistencia.

Flan

Hoy, después de muchos intentos fallidos por fin me contestó. Su voz clara, con ese sonido peculiar que sólo emite quien sonríe al hablar, inundó mis oídos de optimismo. Me alegré, porque creí que había perdido el último contacto que me queda con mi puerto. Por meses intenté investigar si habían cambiado los números y también pensé en buscar por Internet, por si tenía Facebook, cosa que no hice. Me di por vencida antes de intentarlo, porque ella no es muy dada a las modernidades. Sí, mi comadre Pili dice que ya está vieja para andar en eso de los correos electrónicos. Para ella es más significativo recibir un telegrama por su cumpleaños o un telefonazo. Ahorrativa como es, ya que subsiste con una pensión, no se da el lujo de malgastar en una larga distancia o en contratar un paquete telefónico.

—¿Para qué? No tengo mucha gente fuera a quien llamarle y sería hacer más rico a Carlos Slim. Yo necesito cuidar mi dinero.

Sé que cada vez está más sola. Toda la familia que la rodeaba ha ido muriendo. Una vez que visité el puerto por cuestiones de trabajo sólo la llamé.

—No te preocupes. Tú vienes a cumplir, no a pasear. Ya será en la próxima.

La siguiente vez que le telefoneé me comentó del fallecimiento de su hermano y que lo estaban velando cuando yo estuve allá.

—¿Por qué no me lo dijiste, comadre?

—¿Para qué comadrita? Tú venías por trabajo, además te escuché contenta. No te iba yo a amargar el viaje.

Después murió su mamá, la señora Velia era quien preparaba ese flan casero que mi comadre ha reinventado agregándole leche condensada en lugar de leche evaporada y azúcar.

—Así es más fácil. No tienes que andar pesando y queda con mejor sabor.

Siempre que platico con ella, los recuerdos de esas tardes compartidas escuchando a Julio Iglesias o sentadas platicando en las tertulias del Imperial, humedecen mis recuerdos y gota a gota hidratan mi piel que despier-ta de su aletargamiento condicionado. La displicencia de la juventud me atrapa y busco un álbum de los Beatles. Descuido mis oídos atropellándolos con los decibeles con que el cuarteto de Liverpool ruega porque quiere estrechar mi mano, y mientras busco en la alacena los ingredientes que me darán tres litros de flan, me parece escuchar la voz cantarina de mi comadrita dándome las instrucciones:

Veinticinco huevos, de buen tamaño comadre. No chiquitos como los de paloma. Tres litros de leche, de la buena, no deslactosada. Para eso mejor agrégale agua. Tres botes de leche condensada, así no tienes que estar pesando el azúcar. Tres cuartos de taza de azúcar, si no, te queda desabrido con la pura leche condensada, tú le tanteas al gusto. Vainilla, esta también es al gusto y para que no te amargue ve probándolo. Yo lo bato con un globo pero si tú tienes batidora hazlo así. Ah, en el fondo del molde le pones azúcar quemada para que salga el flan con colorcito. Este también ya lo venden hecho. Comadrita, la vida moderna nos ha hecho más flojitas. No estoy de acuerdo porque una buena ama de casa debe darse tiempo para todo. ¡Ah!, no se te olvide que hay que ponerlo a baño María por tres horas o hasta que esté bien cuajado porque lleva mucho huevo. ¡Ay!, comita, que tiempos aquellos en que podíamos comer de todo. ¿Te acuerdas que rico nos quedaba el flan con pan?

—¡Sí! Así le llamábamos flan con pan, no pastel imposible o choco flan.

—Nosotras no nos quebrábamos la cabeza para quedar bien con un gran postre.

—Así es comadrita. No sé que tienen las muchachas de ahora que todo compran hecho.

—A mí, cómo me celebraba el señor cuando se lo servía.

—Es muy fácil de preparar, lleva un tercio o la mitad de la receta del flan y se le pone abajo unos cuadros de panqué, del que venden con pasas o con nuez. Al verter el flan sobre el panqué, los pedazos flotan. Al desmoldarlo queda el flan en la parte superior y en la inferior el panqué.

—Oye, coma, pero tú tenías otra receta de un biscochuelo que quedaba muy rico.

—Muy rico y muy económico, lleva tres claras batidas a punto de turrón, hasta que lo voltees y no se caigan. Se le añaden tres yemas y cuatro cucharadas colmadas de azúcar, batiendo por seis minutos aproximadamente. Después le agregas una cucharadita de vainilla o ralladura de naranja o limón. Aparte, ya debes tener cernidas cuatro cucharadas colmadas de harina con media cucharadita de polvo de hornear. Con las manos y de forma envolvente agrega la harina al batido de las claras. Suavemente hasta que quede bien integrado. Previamente se recorta papel encerado para el fondo del molde y después se engrasa cubriendo también las paredes del molde. Se hornea a 180 grados por quince minutos, o hasta que al tocarlo y sumir el dedo el pan regrese a su posición. Cuando está cocido, todavía caliente se voltea sobre un papel encerado y espolvoreado con azúcar. Se cortan los aros para cubrir el fondo de un molde y después se vierte el flan. Sale pan para dos recetas de flan.

Gelatina de zanahoria

Es que nadie sabe. Ni así tantito se pueden imaginar lo que yo deseaba ser madre. Cuando el doctor me lo dijo, no le creí. Tantos años de desesperanza quedaron atrás y grité:

—¿Entonces? ¿Por eso estoy gorda?

—¿Ya en el tercer mes?

—¿Cómo fue?

Recuerdo que lloraba y reía. El doctor debe haber pensado que estaba loca porque todavía no me contestaba, cuando ya le estaba haciendo otra pregunta. Desde luego que no estaba gorda por el embarazo, era por los atracones que me daba cada noche en la taquería de doña Mary. Ella se concretaba a servirme. Una vez que me comí dos órdenes de taquitos blanditos y de postre, dos plátanos fritos con crema y azúcar, me sirvió gelatina y dijo:

—Es muy llenadora. Pruébala, tiene trocitos de piña.

Claro que me la comí y quise más. Ella me dio la receta y me aconsejó que la comiera a media tarde para que no cenara mucho.

—¿Cómo me estaría poniendo? Y yo, ni en cuenta.

Despuécito de eso fue que empecé con mis achaques. Yo pensaba que era gastritis pero no, salí con mi panza. Cuando lo supe seguí el consejo de doña Mary de mendar sólo gelatina. Con decirte que después del cuarto mes era lo único que le caía bien a mi estómago. Ahora que lo pienso, Emilianito se alimentó de pura gelatina de zanahoria mientras estuvo en mi vientre. ¿Sería por eso que le gustaba tanto?

—Cuando nació, su padre y yo nos derretíamos de amor por nuestro chamaco y disfrutábamos cada una de sus gracias. Tengo tan presente su imagen de chiquito, que algunas veces se me figura que lo veo en medio de todos esas criaturitas que van al jardín de niños, de la mano de su mamá, vestidos con su camisita de cuadritos y su pelito relamido. Cuando pasó a la primaria, acepté ser parte de la mesa directiva, más por estar cerca de él que por ayudar a la escuela. Emiliano estaba orgulloso de mí, lo veía en sus ojitos y es que todos alababan mi gelatina de zanahoria. Tú sabes que soy muy basta, así que me lucía con la gelatina. Una verdadera delicia comparada con los “furrís” pastelitos que llevaban otras señoras a las celebraciones de la escuela.

—Fíjate que siempre tuve miedo de perderlo y no porque fuera mi único hijo sino porque era él. Mira, no sé si me expliqué bien porque a veces ni yo misma me entiendo, lo que quiero decir es que lo amaba tanto que cuando creció no me importaba que anduviera de novio o que se casara. Esa ausencia la podía comprender pero... ésta. ¿Y el miedo? Sí, tengo miedo a que este amor que le tengo con los días sea menos grande, a que mi fantasía de lo que pudo haber sido se acabe, a que la nostalgia se

difume, a que mis lágrimas se agoten y a que la costumbre de su ausencia lo entierre en mi memoria.

—Ese día amaneció caluroso. Días antes él y sus amigos habían planeado esa ida a la playa. Siempre me inquietó que fuera al mar pero ya era un jovencito, no podía tenerlo pegado a mis faldas. Se fue contento y no volvió. ¡El mar se lo tragó! ¡Por eso comadre! ¡Por eso es que preparo esta gelatina de zanahoria diariamente! Él va a regresar. Él tiene que regresar porque sólo fue a darse un chapuzón a la playa. ¡Pinche playa!

Gelatina de zanahoria

Ingredientes:

- 5 zanahorias ralladas
- 1 lata de piña en trocitos
- 1/4 de crema
- 1 lata de leche condensada
- 1 lata de leche evaporada
- 2 gelatinas de naranja
- Trozos de nuez
- Un litro de agua

Preparación:

Se diluyen las dos gelatinas en un litro de agua caliente. Se le agregan los demás ingredientes. Se engrasa un molde, se vacía la mezcla y se pone a refrigerar.

Pastel de queso

Cuando leyó la convocatoria en “El Matutino”, su corazón se aceleró.

—¿Por qué no? —se dijo y ese mismo día se dedicó a hacer una recopilación de todos sus textos. Por la tarde llamó al número indicado y le dieron una cita para el día siguiente. Llegó puntual y optimista. A las dos horas le entregaron un formato para solicitar el apoyo del fondo cultural.

—Que dice la licenciada que la disculpe pero que mañana se comunica con usted.

Ya en casa continúa con su labor de corregir los textos. Antes de dormirse llena la solicitud. Tiene dudas, aun así la firma.

Decide no llevar la propuesta. Tiene tanto trabajo que no podría perderlo buscando cotizaciones. Ellos quieren números específicos del apoyo solicitado. Días después el timbre del teléfono la despierta. Lo descuelga y una voz risueña la saluda.

—Buenos días, señora Siordia.

—Buenos días —contesta.

—Llamo de parte de la licenciada Ríos, que si ya llenó su solicitud de apoyo.

Le explica lo de las cotizaciones pero la recepcionista la anima a que las pida.

—No diga nada, pero escuché que dijeron que ya la conocían y que era bueno su trabajo.

Días después la vuelve a llamar.

—Llamo de parte de la licenciada Ríos, que si ya está lista su solicitud de apoyo.

—Sí, aunque tengo algunas dudas.

—No importa señora Siordia, la licenciada Ríos la espera en una hora para discutir sus dudas.

Salta de la cama. De prisa se baña y se viste. A la hora en punto está sentada en la sala de espera, observa a la gente que paciente espera, los segundos en complicidad con los minutos se burlan de las horas y se deslizan...

Lentamente acarreado bostezos humedecidos con saliva y sudor. El calor canicular y la falta de alimento la amodorra. Cada vez escucha más lejano el repiquetear de los teléfonos y la voz de la recepcionista:

Ring... ring...

—No, la licenciada no lo puede atender en estos momentos.

—¿Gusta dejar recado?

—No, no sé a qué hora llegará.

—Para servirle.

—¿De parte de quién?

—Ella le regresará la llamada.

Ring... ring... ring...

Poco a poco se sumerge en esa lentitud monocroma y deja que la blancura pinte su tiempo, dejándose seducir

por las miradas de esperanza que intuye, a pesar del cansancio, en quienes la rodean.

Cuatro horas después, está sentada frente a la licenciada Ríos, quien consuela a su hijita por teléfono. Tapando la bocina le informa:

—Enseguida la atiendo —y continúa—, Chiquita te quiero, no llores. Por qué usaste la estufa. Te he dicho mil veces que uses el micro. Ya, ya...

Un hombre alto, canoso, con el rostro y la camisa empapado con sudor, se para en la puerta de la oficina. La licenciada vuelve a tapar la bocina y le indica:

—Atiende a la señora. Yo estoy muy ocupada —y continúa—. Sí mi reina, sé que te duele.

Sentados uno frente al otro mientras él revisa el proyecto. Ella le explica entusiasmada lo de la presentación del libro. Lo del quinteto clásico que la acompañará en la lectura de textos y los lugares donde tentativamente se llevarán a cabo. Él la interrumpe abruptamente.

—No, nada de eso sirve. Además el municipio de Valleverde no cuenta con los recursos necesarios.

—Pero —tímidamente te atreves a decir—, ¿cómo entonces podemos fomentar la lectura?

—Así es esto mi querida señora...

—Siordia, Elena Siordia —agregas.

—¿A qué se dedica aparte de escribir?

—Horneo pasteles y repostería fina.

—¡No me diga!, una pastelera que escribe.

—¿Y por qué no? —contestas desconcertada.

—Por... —titubea— nada. ¿Ya ha publicado?

—Sí, en revistas y periódicos locales, estatales y nacionales. Todo está en mi currículum. Si gusta puede

leerlo, está adjunto a la solicitud igual que los textos. También anexo copia de los diplomas y menciones honoríficas que he recibido y algunos recortes de periódicos. Él los hojea y te pregunta al mismo tiempo:

—¿Por qué contestó a la convocatoria? ¿Ya había concursado antes?

—No, nunca. Ahora me animé porque con el cambio ya no ganarán los mismos autores. Usted mejor que yo, sabe todo esto. Hasta la cultura tiene que ver con la política y no sé pero, como que los blancos son más vanguardistas, hasta ya convocaron al pueblo para que vote por el cambio de nombre de nuestra ciudad, aunque honestamente yo, nunca he visto un valle blanco. Como le iba diciendo quiero creer que no caerán en lo mismo de sólo publicar libros didácticos o crónicas de nuestro querido Valleverde. Lea mis textos —le invito— son divertidos. Algo de sátira política... como ya estamos cambiando.

—No. Yo no me considero ninguna autoridad para juzgarlos. Ya lo hará el consejo cultural. Aunque yo tengo muchas publicaciones, he publicado en latín, griego y castellano antiguo.

Ella no hace ningún comentario, aunque piensa, ¿quién leerá esos textos? Y su mirada se pierde en la blancura de la camisa, sólo manchada por el logotipo del municipio de Valleverde, mientras se cuestiona, ¿así piensan fomentar la lectura?

Él deja de interrogarla. Se dedica a escribir llenando los espacios en blanco que ella dejó. Sin consultarla, cambia todo el proyecto. Cuando deja de escribir la informa: nada de música, presentaciones en escuelas, orfelinatos y casas hogares. Los libros se regalarán. Quizá

sólo la ayuden con parte de los gastos de la publicación. Usted deberá pagar la propaganda y las invitaciones; y todos los derechos del libro le corresponderán a la ciudad de Valleverde.

Sale desilusionada. Decide no regresar. Si tuviera los recursos publicaría, no andaría pidiendo apoyos. Llega a su casa cansada y dispuesta a no volver a intentarlo porque realmente, ¿cuál es el apoyo?, ¿regalarles su trabajo? ¡No! Perdió varios días buscando cotizaciones en las imprentas, corrigiendo textos y esperando que la recibieran. Es sábado, tiene que entregar cinco pasteles de queso, así que se olvida de la convocatoria, se viste cómoda y se dirige a la cocina para empezar a batir la mantequilla, el azúcar y los huevos.

Entre harina, merengue y ducas, transcurren sus días de horas dulces y acaloradas. No ha contestado ninguno de los telefonazos de la licenciada, le gustaría saber quién inventó el identificador de llamadas para agradecerse. No ha vuelto a escribir. ¿Para qué?, nadie la leerá. Con lo de los pasteles apenas sobrevive. Cada vez hay más competencia y como hacerlos de harina preparada sale más barato, ya casi nadie aprecia el sabor de un buen pastel casero. Sus pensamientos son interrumpidos por unos fuertes toquidos. Antes de abrir, pregunta:

—¿Quién?

—El licenciado Urquiza.

Abre la puerta.

—¿Dígame?

—¡Felicidades señora Siordia! Su propuesta cultural fue aprobada. Se le entregará el ochenta por ciento de los gastos para la publicación de sus textos. Los libros

serán regalados en cada una de las quince presentaciones que programó.

—¿Programé? —pregunta.

—Sí—contesta el licenciado Urquiza y le muestra la última hoja de su propuesta cultural y sonriente agrega:

—Aquí está su firma. ¡Felicidades! —repite.

Ella no dice nada, prefiere perderse en la blancura de esa camisa sólo manchada por el logotipo del municipio de Valleverde.

Pastel de queso

Ingredientes:

- 75 gr. de galletas
- 30 gr. de mantequilla
- 350 gr. de crema ácida
- 350 gr. de queso crema
- 40 gr. de azúcar
- 5 gr. de gelatina en polvo
- Mermelada de chabacano o brillo de pastelería
- Fresas o la fruta que se prefiera (opcional)

Procedimiento:

Desmenuza las galletas. Añade la mantequilla derretida y trabaja la mezcla. Colócalo en el molde y déjalo enfriar diez minutos en el refrigerador.

Por otro lado, pon a hervir la crema, el azúcar y el queso crema. Fuera del fuego añade la gelatina.

Introduce la mezcla en el molde y guárdalo seis horas en la nevera antes de servirlo.

Después cubre la tarta con la mermelada y decórala con frutas.

Salsa verde

— **T**e digo que es un sinvergüenza. Esto lo constaté desde el veintinueve de diciembre del dos mil cinco cuando le encontré un celular escondido en la guantera del coche. Él argumentó que era de un amigo y no se inmutó porque lo tiré. Claro que me dijo que mi chiste le iba a salir caro porque tendría que reponer ese celular. Desde el quince de septiembre ya lo notaba raro por eso empecé a buscar. El veintitrés de enero del dos mil seis, lo caché en otra mentira. Sospechaba que algo traía. Siempre lucía como cansado y temprano empezaba a bostezar. Esa vez salí de la casa y me estacioné en la gasolinera. No pasó ni media hora cuando lo vi. Claro que lo seguí y llegué a un barrio paupérrimo. Hasta las luces estaban opacas por el polvo. Los perros flacos y hambrientos ni fuerza tenían para ladrarme. Se acercaban al carro sólo para ver si les aventaba algo comestible. Tú sabes como son esos barrios. Pues para allá enfiló mi Zacarías. Imagina mi sorpresa cuando di con su carro estacionado afuera de una casucha. Me acerqué. A patadas traté de abrir la puerta. Fallé y grité que abriera. Abrió y al fondo pude ver a la vieja, con los dientes podridos, sucia, flaca

con unas enormes ojeras que le llegaban hasta la boca olanuda. Jamás imaginé que mi Zacarías pudiera tener algo que ver con semejante esperpento. Lástima que no llevaba un arma. Si no te juro que la mato.

—Al contrario, qué bueno que no llevabas el arma.

—Todavía cuando platico de esto me tiembla esta vena —señala el dedo pulgar de su mano derecha. Es que no sabes. ¡Quisiera haberla matado!

—¡Qué bueno que no lo hiciste!

—De que se lo merecía, ¡se lo merecía! Nada, que sólo eran amigos, porque para el treinta de abril del dos mil siete, lo escuché hablando con ella. Eran como las siete y media de la noche, estábamos en casa de su hermana cuando esa güila lo llamó. Me di cuenta porque él palideció y se apresuró a contestar. Su hermana, otra jodida que nunca me ha querido porque a una se le nota la buena cuna, se empezó a reír y dijo que no me enojara, que por qué mejor no lo dejaba, y que yo ya estaba tan mayor que ni familia le podía dar a su hermano. Bueno, pues a ésta todo se le volteó, porque para el quince de mayo del dos mil ocho empezó con dolores en el bajo vientre. Se la llevaron a Oaxaca, de por allá es su marido, visitaron muchos brujos. No le calmaban los dolores. Consultaron al doctor y después de unos análisis le diagnosticaron cáncer en la matriz y se la quitaron. A mí me dio gusto, no pienses que soy una mala persona. Soy cristiana y asisto a misa los domingos. Me alegré porque Dios puso las cosas en su lugar, y a ella por desear que yo no tuviera hijos la castigó con un cáncer. Así es mi relación con toda su familia. Me ven diferente porque tengo estudios.

Cuando él me conoció, yo trabajaba en el banco. De esto hace ya como veinte años. Yo lo hice gente. Le enseñé a guardar su dinerito en una cuenta de ahorros, no debajo del colchón como en su pueblo. Claro que en uno de los pleitos, me lo gasté todo. Me compré un buen carro y le remodelé la casa a mamacita y papacito. Él no tenía cara de reclamar, porque con esos trescientos mil pesos no paga mis atenciones y toda la devoción que le he brindado durante tantos años.

—Si siempre te engaña, ¿por qué no lo dejas?

—¡Dejarlo! ¡No! No estoy loca. En unos días cumplo cincuenta. ¿En dónde voy a encontrar pareja a estas alturas? Él tiene que cumplirme y aguantarse. Si lo cuido es por su bien porque luego se mete con cada peladita. Yo siempre le digo: Zacarías, no sé en qué estaba pensando cuando me hice tu novia. Él sabe que primero lo mato a que me deje. Anoche peleamos porque le encontré otro chip. Tengo que ir a comprar un teléfono barato para ver la agenda y saber a quién le habla. Nos casamos en dos meses. No puedo permitir que me siga viendo la cara.

—¿Por qué mejor no lo dejas así?

—¿Así, cómo?

—El que no sabe es como el que no siente.

—Claro que no. Yo tengo que saber.

—¿Para qué? Si te enteras que te traiciona, ¿lo piensas dejar?

¡Nunca! ¡Primero muerta! Pero así le demuestro que tonta no soy.

—¿Tú crees? Yo en tu lugar tiraba ese chip.

—¿Y no enterarme? Entonces, ¿qué caso tiene que busque entre sus cosas?

—Si una busca... encuentra.

—Por eso busco.

—No le veo el caso. ¿Vas a seguir con él?

Así es, y esta noche le guisaré un pollito asado, bien condimentado con su ajito, su pimienta y su salsa verde favorita.

—Todavía lo premias.

—No te creas. Padece úlcera. Y de que come... come, para no hacerme enojar.

Salsa verde

Ingredientes:

- 400 gramos de tomate verde cocido o asado (seis tomates).
- Media cebolla asada (chica).
- Seis chiles serranos asados (yo le pongo quince o más según el coraje).
- Dos dientes de ajo asados.
- Una y media cucharaditas de consomé de pollo en polvo.
- Diez gramos de cilantro (un manojito, sólo las hojas).
- Un cuarto de cucharadita de bicarbonato.
- Aguacate.

Preparación:

Se muele todo en la licuadora con un poco de agua a excepción del cilantro y el aguacate picados, que se agregan al final a la salsa.

Tortillas

Con lluvia, sol o fuego y aún bajo el hielo de enero la veo pasar frente a mi casa. Grandota, güera, poseedora de curvas generosas y unas mejillas arreboladas que exigen un poco de la tibieza de mayo. Jamás cruzamos palabra, aun así, tengo una cita con ella cada tarde para verla cruzar la cuadra. A cada paso, su juventud explota, haciendo que los vecinos se embelesen con su andar sinuoso y con cada músculo de su cuerpo, que parece seguir el compás de una sinfonía inaudible dirigida por el viento que descaradamente acaricia sus cabellos y se regodea hurgando entre su falda.

Más de alguna ocasión tramé salir y provocar un encuentro con ella. Además de su belleza tan genuina hay algo inexplicable que me hace desear descorrer el telón que se cierra después de su fugaz aparición cada tarde. Si pasa por la mañana, no lo sé. ¿A dónde va?, tampoco. Pero supongo que regresa de laborar en alguna de las fábricas que abundan por la periferia, aunque nunca la he visto usando bata, mandil o camiseta con el logo de alguna compañía.

Una tarde que regresaba de la reunión de pensionados, coincidimos en el portón de mi casa, amable me saludó:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —contesté lacónicamente, desperdiciando así la oportunidad de entablar una conversación. Me estremeció su mirada amielada pincelada de tristeza y cuando se alejaba, creí descubrir cansancio en su andar. ¿Será casada? ¿Habrà tenido un día pesado en su trabajo? ¿Cuántos hijos? En mi soledad su imagen es el sol que calienta esas largas noches de invierno, así que se me ocurrió llamar su atención con algún pretexto. Sin embargo mi creatividad estaba seca y cuando lo inventé, ella había desaparecido y el motivo recién concebido murió nonato.

Los meses se amontonaron en mi cuerpo, endurecieron mis articulaciones y oxidaron mis neuronas, pero ella sigue vigente enrojeciendo el sol agónico del atardecer y acallando con su taconeo el gorjear de los pájaros, que se acomodan sobre los cables de electricidad. Verla pasar se me ha hecho imprescindible. He tejido y destejido mil historias en donde es la heroína. Las mismas veces teñí sus cabellos de rubios a rojo fuego o negro azabache. Ella es la protagonista consentida de mis historias líquidas creadas en la obscuridad templada de mi cuarto.

Una tarde faltó a la cita. La desolación me invadió. ¿Se habrá cambiado de casa? ¿Estará enferma? ¿La habrán despedido del trabajo? Mil preguntas correteaban en mi mente pero el miedo a las respuestas me obligaba a no indagar. Decidí entonces adormecerlas, arrullándolas entre la espuma de una cerveza. Me dirigí al refrigerador y descubrí que sólo tenía un litro de leche y un

yogurt enlamado. Busqué las llaves de mi auto, conduje a la primera tienda de conveniencia para comprarme un six. Ahí escuché a dos mujeres hablando de la causa de mis insomnios, refiriéndose a ella como una vulgar tortillera y que lo hacía porque le gustaba, mentira que era porque su marido le ponía los cuernos con una mujer que parecía su abuela no su amante, y que aunque él no trabajaba, jamás la había obligado a tortear en ese bar disfrazado de fonda. Según ellas, él era un buen hombre pero el desamor de la pervertida tortillera lo instaba a emborracharse.

Pagué las cervezas y huí, mientras maldecía a ese par que en unos segundos y con sólo palabras habían destruido el mito alrededor de mi rubia dulcinea. Llegué a mi casa y bebí. Con una sed inacabable me tomé dos cervezas de un hilo y creí desvariar cuando escuché el conocido taconeo. Me sentí audaz y corrí hacia el portón. Cuando se acercó le espeté a boca de jarro.

—Supe que hace usted muy buenas tortillas.

Ella me miró con su mirada amielada, pincelada de tristeza y circundada con la sombra del cansancio, sonrió y contestó:

—Así es, son de la mejor harina, hechas a mano y doy a treinta pesos el kilo.

Sonreí sin saber qué decir y agregué titubeante:

—Bueno yo... creía que... me gustaría mejor que me vendieras la receta.

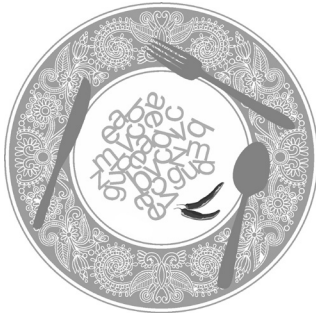
Y me la vendió.

Ingredientes:

- Un kilo de harina
- Un cuarto de manteca vegetal
- Una cucharadita de polvo de hornear
- Agua bien caliente, casi hirviendo (la necesaria)
- Un poco de sal. Lo que se tome con la punta de los dedos o al gusto.

Procedimiento:

Se revuelven los ingredientes secos y se le va deshaciendo la manteca poco a poco. Después se le agrega el agua con cuidado de no quemarse. Puede hacerse con una espátula. Cuando todo está bien incorporado se amasa hasta que esté tersa. Se tapa y se deja reposar a temperatura ambiente. Se hacen los testales (bolitas) y se extienden con un rodillo del tamaño deseado. Se cocinan por ambos lados.



Por mí, por mi casa y
por lo que se me espera

Facebook

Marla, quisiera tener la capacidad de una computadora y con un simple “delete” borrar todos sus recuerdos y empezar de nuevo. Alguien le dijo que olvidar es un arte, pero para ella es más arte vivir con los recuerdos, aunque está consciente que viven mejor quienes mejor olvidan. Ella debió olvidar pero quedó atrapada en el recuerdo. ¿Será por eso que no perdona? Y sólo calla por aparentar porque en medio de los hechos que lastiman recuerda los buenos momentos. Aunque sobrevivió a la ausencia, los recuerdos siguen vivos y ella no quiere distraerse a su espanto. ¿Será por eso que vuelve a recordar la historia? Le cuesta contarla. ¿Qué la atrajo de él? ¿Lo inalcanzable de su alma? ¿Su sonrisa relampagueante?, o ¿el brillo fugaz de su mirada? Jamás comprendió sus cambios de humor. Cuando reaccionó ya estaba involucrada con la sabiduría de esas manos, que despertaban su piel con el contacto y le aturdían la razón, que la advertía de no perderse en el laberinto de sus caprichosos devaneos. No escuchó y ahí quedó atrapada e inerme a sus caricias, olvidando el ayer y sin planear el mañana. Sólo ellos dos en esas escapadas del mundo real

hacía ese otro que Marla creía haber construido. Siempre disculpaba su tardanza, dándole libertad para que no la extrañara. ¡Ilusa! Lo que él deseaba era un amor posesivo y demandante que no le procurara sosiego y persiguiéndolo, él voló una mañana. Fue una despedida definitiva, aunque en ese momento Marla no lo sabía. Si lo hubiera sospechado habría atrapado en su memoria cada uno de los últimos momentos compartidos. Después silencio. Y dio inicio su duelo, rodeada de amigas, canciones y rezos.

—Qué bueno que se separaron. No te convenía.

—Ya llegará el bueno.

—Así le pasó a Lupita.

—Cuando gustes te llevo con una señora que echa las cartas.

Y allá fue a dar en donde la hicieron gastar en menjurjes, amuletos, veladoras, oraciones y baños para alejar el desamor. Ella aceptaba los consejos aunque no confiara en los rituales mágicos. Prefería refugiarse en su hijo y en sacar, exprimiendo todo el sentimiento y dejándolo fluir por los ojos. Hasta que la realidad la golpeó y logró sacudirse la depresión. ¡No debía continuar ahí! Así que, empieza a buscar, planea y logra establecerse un poco más al norte de su ciudad natal. Sus padres se mudan junto a ella.

Pasaron días, meses, años en los que Marla fue labrando poco a poco una buena posición. Su empresa *Consultores Asociados*, era reconocida y constantemente viajaba impartiendo conferencias. No se podía quejar, tenía todo lo que se puede desear para ser feliz. Jamás vuelve a intentar poner en juego sus sentimientos y menos a centrar su felicidad en otra persona. Su tacañería emocional llega al

grado de ocasionarle constipación intestinal, pero prefiere eso, a sentir las traicioneras mariposas revolotear por su estómago, y a todo el galán que se atrevió a insinuar-se lo hizo desistir tratándolo con una camaradería casi fraternal. Lo que le funcionó con Damián. Ella fingía no percatarse de las miradas insistentes de su socio y amigo aunque algunas veces inconscientemente la hicieran cruzar las piernas. Poco sabía de él. Lo importante era que no le sacaba la vuelta al trabajo y que podía contar con él a cualquier hora. ¿Se habrá casado? Cuando formaron la sociedad su estado civil era soltero pero de eso hacía casi veinte años. Se apena al darse cuenta que a pesar de estar asociados y convivir casi doce horas diarias poco sabe de él. Lo observa, no es feo, embarneció y luce más varonil. Él despega la mirada de la computadora y le pregunta:

—¿Dime?

Marla se sonroja. Se siente descubierta y tartamudea.

—Nada. Es decir, olvidé decirte que te llamaron esta tarde de la maquiladora.

—Ya hablé con ellos. Gracias. ¿Te vas?

—Sí, nos vemos mañana.

Camino a su casa la asaltan los recuerdos. Caras conocidas desfilan asociadas a una parte de su vida.

—¿Qué habrá sido de Lala, de la incorregible Lupita y de Marina? Fui una ingrata, jamás me comuniqué con ellas, sobre todo con Aurora, quien vivió mi duelo como propio. ¿Qué habría sido de mí sin su compañía en esas largas tardes perfumadas con café y sabor a mar? Llegando, las voy a buscar en el Facebook.

Los ladridos emocionados de sus mascotas le dan la bienvenida. Ella los acaricia. Por su mente cruza la idea

de mudarse a un departamento. La casa es enorme para ella sola. Sus padres fallecieron y su hijo ya había formado su familia, sin embargo aquí, entre estas paredes se había escrito la segunda parte de su historia y no deseaba seguir huyendo de sus recuerdos, éstos le gustan y la hacen sentir orgullosa de todo lo que ha logrado. Se encamina a la cocina. Abre el refrigerador. Toma la ensalada, el frasco de aderezo y se sienta a cenar. Escucha los gritos de Mely, quien riega el patio trasero.

—¿Señora, quiere que le haga un té?

—Gracias, Mely. Ya me serví agua.

—¿Cómo le fue?

—Bien. Muy bien. Gracias a Dios, con mucho trabajo.

—Qué bueno, señora Marla. ¿Quiere algo más? Hice gelatina de dieta.

—No, Mely, gracias. Terminó y me voy a mi cuarto. Buenas noches.

—Buenas noches señora, que descanse.

Al llegar a su cuarto lo primero que hace es descalzarse los altos tacones. Se quita el traje sastre y suelta su larga melena. Este último movimiento la hizo despojarse de su aire de ejecutiva, dejando al descubierto a una mujer madura y atractiva.

Se acomoda en la cama. Toma su Ipod y entra al Facebook decidida a buscar a sus amigas. Intenta con Lupita, y nada. A Marina no la encontró y a Lala, tampoco. Sólo falta buscar a Aurora. Una inquietud la invade cuando escribe el nombre en el buscador y sí, con ella sí tuvo suerte. Antes de enviar la solicitud de amistad empieza a ver las fotos y descubre a todas sus amigas disfrutando de sus tardes de lotería. El tiempo no las había tratado

bien, quizás porque lo desperdiciaban en esas tardeadas. Ellas otra vez tejiendo guantes. La sorprendió un comentario de Aurora en donde cita: Regálale tu ausencia a quien no valore tu presencia y después comenta, si yo hubiera leído esto antes lo haría, pero hoy ya con veinte años de casada... no. Extraño —piensa Marla—, ella era viuda. Más fotos de loterías y damas con expresión de tedio. Hasta que encuentra una que la deja helada. Sus amigas de la juventud y su ex a un lado.

Una vacuedad extraña invade su ser. Veinticinco años de sentir tirados a la basura. Cómo se habrá burlado ella. Cuánto se habrán reído sus amigas. Extrañamente ni una lágrima asoma a sus ojos. Por el contrario una placidez la invade y la imagen de Damián la sostiene a pesar de todos los pensamientos que pisotean su autoestima.

Cierra la sesión de Facebook. Busca su celular y con mano temblorosa marca el número de Damián.

—Marla, ¿estás bien?

—¿Soy inoportuna?

—Nunca lo eres, sabes que siempre estoy para ti.

—¿Estás solo?

—No, ya estábamos a punto de acostarnos.

—Discúlpame. No quise interrumpirlos. Nos vemos en la oficina.

—No cuelgues. No nos interrumpes, ¿verdad Gol?

—¿Hablas con tu perro? ¿Te acuestas con tu perro?

—Juntos pero no revueltos. Él duerme a un lado de mi cama.

—Ja, ja, ja. Ya sé.

—Me encantas cuando te ríes. Me sigues encantando.

—Ya duérmete. Mañana seguimos platicando.

—No. En este momento salgo para tu casa. Tienes qué decirme qué te pasa.

—Nada. Ya nada, pero aquí te espero.

Noche al atardecer

En la penumbra del lugar, la vieja Cuca se esforzaba por distinguir el rostro de la mujer que salía sigilosa, pegándose a la puerta; al despedirla, dijo:

—Espero noticias, güerita. No olvides hacerlo con mucha fe. Tu suerte va a cambiar.

Elvira asintió con un movimiento de cabeza. Rápidamente, casi huyendo, se alejó.

Llegó a su casa sudorosa, cansada y con el sol atrapado entre sus pecas. A pesar del cansancio fue hasta el cuarto de costura. Desempacó las telas, los tules y encajes comprados. Frente a ella una hilera de niños dioses de mirada dulce, con los brazos extendidos —como pidiendo ser cargados— esperaban ser vestidos. Elvira sonrió. Se acercaba el día de la Candelaria. Tenía mucho trabajo y más que le llegaría. Se felicitó por insertar el anuncio en la revista ofreciendo sus servicios. Eran tiempos difíciles. Cada vez batallaba más para vender los secadores bordados a mano y los manteles laboriosamente deshilados. La gente prefería usar Magitel o comprar piezas baratas trabajadas a máquina. Pensó en su vida frente al bastidor, deshilando su pasado y bordando su futuro,

odió al tiempo que desde la pared la hostilizaba con su tictacteante voz, gozándose en marcar su piel con minutos, horas, meses, años... sola. Ahora todo iba a cambiar, doña Cuca lo leyó en sus cartas. Abrió su bolso, sacó la vela, los cerillos y las oraciones que leyó y repitió hasta memorizar.

A las nueve de la noche en punto, encendió la vela roja. Cerrando los ojos con expresión dramática empezó el ritual:

—Santa Marta del Amor, por el amor que puse en ti, dile a los doce diablos más profundos del amor que no lo dejen tranquilo —abrió los ojos, continuó—. Que no lo dejen tranquilo.

Pero, ¿a quién?, doña Cuca había dicho:

—Te piensan un güero, un moreno y un aperlado.

¿Quiénes serán? Debió preguntar más datos. Aunque el moreno podría ser nuevo empleado de la carnicería.

—No, es muy joven. Ni modo, esperará a consultarlo con Cuca.

Pasó la semana inquieta, malhumorada, cosiendo las diminutas prendas y tratando de olvidar a su trío de enamorados. El viernes visitó a Cuca.

—Tú observa, güerita —le aconsejó—, puede ser cualquiera. No se acercan porque te hicieron un trabajo para salarte. Tú pela el ojo y el diente, alguno caerá. Recuerda que es necesario que te concentres imaginando las caricias.

—¿Cómo? —tímidamente preguntó Elvira.

—Tú sólo siente, la piel te enseñará cómo.

Elvira salió confundida. Se arrepintió de haber ido. Sin embargo, esa noche, a las nueve en punto, encendió la vela roja. Nombró al joven carnicero de negros y quemantes ojos.

—Muerte blanca, muerte negra, muerte de los cuatro vientos, Santa Marta, San Apolinar... Al evocar el olor a carne fresca, recién destazada, un violento espasmo recorrió su cuerpo. Cayó sobre la cama, sollozante, espantada. Transpiraba copiosamente, la sal en sus labios la hizo recordar el mar, sintiendo sus olas se quedó dormida.

Los días transcurrían lentos para Elvira. Emprendía largos paseos buscando al aperlado o quizá se topase con el güero. Caminaba hasta llegar a la estación del ferrocarril. Se sentaba dedicándose a escoger su compañero para esa noche. El vendedor de dulces, el boticario, el telefonista, uno a uno, en sus fantasías, la poseyeron superando al carnicero. Su ritual se había hecho obsesivo. Espiaba el tiempo, si pudiera pararlo en eternas nueve. Su carácter cambió, esquivaba a sus amigas. Pretextando exceso de trabajo, faltaba al rosario. Temerosa de que su cuerpo la delatara, vistiéndolo de lunares, lo escondió entre sus pecas. Se contemplaba en el espejo jugando a ignorar dónde terminaba la piel y empezaba el vestido. Experta en caricias, esperaba ansiosa sus nueve de la noche.

Una mañana de agosto, José, un burócrata retirado, la saludó. Presentándose él mismo, se sentó a su lado e inició una conversación que encantó a Elvira. Se despidieron al cabo de una hora, sin decirlo, ambos sabían que al día siguiente se encontrarían allí mismo. ¿Qué hizo a José acercarse? La vio sola, expectante, con un brillo en los ojos y algo se le removió dentro. Se sintió joven,

dispuesto a la aventura o tal vez a algo más. Elvira olvidó el reloj. Atrás quedó la noche. Corriendo las cortinas, abrió las ventanas permitiendo entrar el sol. Su vida se coloreó llenándose de rosas, amarillos, azules, atreviéndose a usar incluso el rojo. La luna de octubre los vio comprometerse a unir sus soledades. El día de la boda, al ver el albo vestido, se ruborizó. Esa noche, temblorosa aguardaba a José.

Al amanecer una llorosa, dolorida y frustrada Elvira miraba a su esposo dormir, con tristeza constató que era vigoroso sólo para roncar. Un perenne otoño de grises y negros la envolvió, deshojó sus ilusiones, salando los ojos añorantes de sus nueve de la noche. Una tarde que José salió a jugar dominó con sus amigos, lo decidió. Se escondió entre sus pecas, despidió al sol cerrando las cortinas. Giró adelantando las manecillas del reloj y encendió la vela para empezar su ritual.

—Príncipe de los cuatro vientos, príncipe de las nieblas, que el amor que le tenga a otra me lo haga a mí.

Los olores a sangre fresca, a dulce, a medicina, a mar, le pertenecieron nuevamente. Había burlado el tiempo. Ese día creó su noche al atardecer.

El amor que no juraste

Me enamoré comiendo tamarindo con chile y limón y escuchando a Miguel Aceves Mejía cantar:

“Quiero saber de tu amor y que Dios me lo permita que el mal de amores que tengo...”

Y lo amé porque él sabía cómo me gustaba gastar esas tardes airadas y tibias de abril, lo que me molestaba el vestido blanco humedecido por mis cabellos recién lavados, mientras caminaba hacia el altar para ofrecer flores en mayo, lo que me encantaba los mangos cocoyos de junio y mi gusto por la huapilla que me refrescaba del calor de la canícula. Lo que él ignoró fue, que lo que más me gustaba era su voz cuando decía:

—¡Te vas a enfermar!

Pero ni las guayabas asoleadas, los membrillos con chile o los limones con sal, hacían mella en mi intestino. Crecimos tan unidos que hasta los cumpleaños nos los celebraban juntos. Una fiesta pero, ¡qué fiesta!

Nuestras madres eran maestras, habían sido amigas de siempre y la coincidencia de su viudez las hermano más aún. Nosotros asistíamos a la misma primaria donde trabajaban ellas. Cuando ingresamos a la secundaria, él

me fastidiaba la vida, ¡cuidándome! Cualquier cosa que veía y en la que no estaba de acuerdo, inmediatamente iba con el chisme a la casa, consecuentemente... ¡Me regañaban! ¡Cuánto lo odiaba por esto! También lo odiaba por mi desasosiego cuando no lo veía, por mis estremecimientos cuando me miraba, por los calores de mis sueños adolescentes y porque él conociendo todo de mí no se inmutaba por mis rubores. Así que muy a mi pesar, procuraba encontrarme con él, sólo cuando era absolutamente necesario.

Crecí pensando en él e intenté olvidarlo bailando “Rock Around the Clock”(Al compás del reloj), al ritmo de Billy Halley y sus Cometas o “La Plaga”, con los Teen Tops.

Él prefería la música de tríos. Los Tres Ases y Los Dandys eran sus favoritos. Le gustaba tocar guitarra. Hasta mi ventana llegaban las desafinadas notas de la guitarra, que más que sonidos, parecía emitir quejidos en protesta por la osadía de esos torpes dedos que se empeñaban en hacerla sonar bien.

Una de esas noches, cuando a la menor insinuación del viento, los limoneros dejan escapar su aroma perfumando a azahar las notas destempladas, veo mucho movimiento en la casa de la esquina. Esta casa tenía como dos años sola sin remodelación o limpieza previa. De una desvencijada camioneta empiezan a bajar muebles. ¿Quiénes serían? Rogué porque fuera un adolescente joven, escuálido y guapo como César Costa o Enrique Guzmán, pero ¡oh desilusión! Llegó Valentina; pelirroja, delgadita como Twiggy y con el rostro lleno de pecas, las cuales se empeña en ocultar debajo de capas y capas de polvo “Maja” y sobre una base de crema “Teatrical”,

le rinde culto a Jim Morrison, Jimmy Hendrix y Janis Joplin. Odia usar reloj, alega haber nacido con un espíritu libre y está segura de que así va a morir.

Ellos empiezan a salir juntos y a pesar de las diferencias musicales e ideológicas, ya que él cree fielmente en el destino, el amor y la unidad familiar, la convierte en su musa. Ambos cumplen años el catorce de febrero, así que él, decide que Valentina es su alma gemela. Se hacen novios. Él es un romántico, le gusta llevarle serenata la cual, invariablemente inicia cantándole:

—“Tú eres mi destino, bendito destino”.

Para cuando él sacó con su guitarra “Yesterday” (Ayer) y “All you Need is Love” (Todo lo que necesitas es amor) de los Beatles, yo me gradué en la Normal Básica y más por olvidarlo que por necesidad, me mudé al norte a ejercer como maestra. Él y Valentina se van a la Ciudad de México. Viven en unión libre y estudian en la Facultad de Filosofía y Letras. Él la mantiene con lo que le pagan por tocar en los cafés cantantes, que por esa época estaban muy de moda, desgraciadamente con el movimiento del sesenta y ocho los cierran. Valentina estaba embarazada y por el temor a ser perseguidos, por la simple razón de ser y lucir como estudiantes, deciden regresar a la provincia. Él ingresa a estudiar por las noches al Tecnológico y a trabajar en la construcción durante el día. Ella contribuye confeccionando ropa de manta, que pinta a mano y vende entre sus amistades. Tomaron así un camino diametralmente opuesto al que habían planeado cuando iniciaron su vida en pareja.

Yo me dedico a trabajar. Mi mamá se vino a vivir conmigo.

En uno de mis viajes él y yo nos encontramos en el barrio. Pasamos toda la mañana platicando y acordándonos de nuestras travesuras, comimos juntos y en mi vieja consola estrenó un disco de 45 r. p. m., que recién había comprado. Era una balada interpretada por Mario Pintor y cuyo título “Nomás Contigo”, me pareció profético.

Valentina acaba de parir a su tercera hija. Por la tarde fui a saludarla y a conocer a la pequeña, recordamos las tardeadas. Valentina nos anima para que asistamos al baile del año. Lo ameniza “Los Joao”. Fuimos y nos divertimos en grande, bailando “Tristeza”, “Brasil”, “Mi amigo Charlie Brown” y tantas otras melodías. De regreso a casa atravesamos la plaza coloreada con los belenes, rosales y limonarias. Un viento suave acaricia las hojas de las ramas de los zapotes, mangos y almendros. A lo lejos se escucha el pregonar del voceador de periódicos invitando a comprar a los madrugadores y a los desvelados. Al llegar a la esquina, un señor nos ofrece jugo de naranja fresco. La felicidad me sacia. No comprendo por qué la cotidianidad del momento me hace no desear nada más, sólo él y yo y nuestras pisadas resonando en las baldosas de la acera y contradictoriamente deseo odiarlo. Antes de despedirme le comento que me caso en julio.

—¿Aquí?

—Sí, mi mamá se queda a arreglar todo. Mi novio y yo llegaremos tres días antes y como el padre Sosa nos conoce de toda la vida pues, no hay problema.

—¿Y quién es el afortunado?

—Un compañero, es buena persona y me comprende.

—¿Te comprende? ¿No debería amarte?

—Lógico. ¿No?

Como si le interesara. Yo ya no podía esperar más, además, no quería que la humedad de mis recuerdos y el polvo de su olvido me convirtieran en piedra. Por otra parte, ya había terminado la carrera, tenía mi base de maestra, así que el siguiente paso era casarme y formar mi propia familia como él lo había hecho. Cuando pensé esto último deseé creer en el destino y...

El día de mi boda bailaba “Feelings” (Sentimientos) con mi esposo, cuando él se acerca y haciendo una reverencia pide permiso para bailar conmigo. Mi esposo sonríe y me entrega. Mientras bailábamos, discretamente desliza una tarjeta en mi mano y me dice:

—Es mi número de teléfono, cualquier cosa, a cualquier hora cuando algo se te ofrezca, llámame.

Continuamos bailando y sin desearlo, recordé que una noche, meses antes de que apareciera Valentina en nuestras vidas, me había estado burlando de lo mal que tocaba. Él, molesto, soltó la guitarra. Me acerqué. Le pedí que continuara y agregué a manera de disculpa que yo, sólo estaba jugando. Él me miró, acercó su rostro al mío y me plantó un beso en plena boca. Me quedé atrapada en ese sentimiento. Él tomó su guitarra y se alejó sin voltear a verme.

Después de mi boda me perdí varios años, me concentré en mi trabajo, en cambiar pañales y preparar biberones y papillas. Me hice una experta en la cocina y en barrer mis sueños con la escoba, mientras ahogaba mi desilusión en el lavadero. Mi esposo resultó todo un macho. Mi matrimonio fracasó.

Durante los trámites de mi divorcio, me aficioné a la voz suave del “Piruli” y a llorar con Lupita D’Alessio, mientras cantaba “Mudanzas”.

El día que firmé mi divorcio recibí la grata sorpresa de que él me llamó. ¡No podía creerlo!

—¡Me separé de Valentina! —me dijo con voz ronca y agregó:

—¡No lo voy a superar! ¡Ella es mi todo!

Recuerdo que esa vez hasta me molesté un poco y me atreví a preguntarle:

—¿Por qué siempre dices que ella es tu destino? Date otra oportunidad. ¡Conoce más mujeres!

—Conozco muchas pero estoy convencido que si no es con Vale, no será con otra.

—¿Por qué dices eso? Habla con ella entonces. Arregla las cosas.

—No es posible. ¡Ella se fue con otro!

Cuando me dijo esto, me quedé helada, además, ¿qué podía aconsejarle?

—A todo esto, ¿tú cómo estás? —me preguntó.

—Bien. Recién divorciada.

—¿Cómo dices? ¿Cómo nos pudo pasar esto al mismo tiempo?

—Estoy bien, quiero decir todos estamos bien. Mejor. Mucho mejor ahora.

—Mira, yo he estado viajando al norte a comprar refacciones, no te he visitado porque, tú sabes, no conocía bien a tu marido. Precisamente hoy en la noche salgo para allá. ¿Qué te parece si mañana te echo un fonazo, almorzamos juntos y seguimos platicando?

Lo que pasó después no lo planeamos. Yo no creo en el destino, considero que simplemente fue la consecuencia de redescubrirnos con otros ojos, desde luego también la soledad es una mala consejera y por otra parte, mi miedo a desaparecer, a sepultarme nuevamente entre mis hijos, el trabajo y la casa. Fueron tiempos locos de ires y venires, de encuentros y desencuentros, de dar y tomar, sin promesas de mañanas, ni amaneceres. Me gustó, lo amé por su compañía y por la nostalgia cuando se alejaba y porque me enseñó a valorar el tiempo, el espacio, las flores, las frutas, cada estación del año, el sonido del viento, la ligereza del polvo y la fuerza de la lluvia, y porque con él aprendí a ser atrevida, tierna, violenta y exigente y también porque me hizo sentir grande y deseada. Y aunque nunca me juró amor, me acostumbré a su modo. Muchas veces me pregunté, ¿cómo había vivido hasta ahora sin él? Aunque me preocupaba por lo que opinarían mi madre y su familia, me tranquilizaba pensando que aunque no nos dejaran, él y yo nos íbamos a querer toda la vida. Sí, así como canta “Chente”.

Un sábado que lo esperaba, ¡no llegó! Marqué a su casa y... ¡Valentina me contestó! No dije nada y colgué. Me refugié en mis hijos, la escuela, la escoba y el lavadero. “How can you mend a broken heart?” (¿Cómo alivias a un corazón roto?), cantaban los Bee Gees. ¿Cómo alivio a mi corazón roto?, me preguntaba yo. “Staying Alive” (Sobreviviendo) me respondían, lo comprendí y sobreviví.

Durante más de dos años no supe nada de él. Igual que Alex Lora, ya estaba convencida de que él existió sólo en un sueño. Entonces... nuevamente reapareció. Y así sin más ni más me llamó y me dijo:

—¿Cómo estás?

—Bien, estamos muy bien, ¿y tú?

—¿Paso por ti? ¿Sí?

Y pasó. Y volví a convertirme primero, en su paño de lágrimas, porque Valentina se había vuelto a ir y después en la amada amante que quería hacerle comprender que ya lo pasado... pasado. Pero ni Roberto Carlos ni José José lo consolaban a él y menos aún a mí, cuando él se desaparecía por meses, yo amanecía sola abrazando a mi almohada.

Por enésima vez él regresó con Valentina y yo, finalmente pude mantener una relación estable con José Luis. No me revolotean mariposas en el estómago cuando lo veo, ni explotan fuegos artificiales cuando me besa pero, está a mi lado y ha sido una buena influencia para mis hijos. Compartimos el gusto por la música y podemos pasar toda una tarde escuchándola y remontándonos a esos otros tiempos. Desde luego que hay muchas cosas que son sólo mías. José Luis las presiente pero no parecen molestarle, al contrario creo que ese misterio es lo que nos mantiene unidos. Sé que él también debe tener sus recuerdos. Allí debo dejarlos, no es conveniente para ninguno de los dos hablar del pasado, así que a partir de “nosotros”, hemos construido nuestro ayer.

Entre “Me cuesta tanto olvidarte” de Mecano y “Tú de qué vas”, de Franco de Vita, he regresado a mi tierra natal varias veces, las más con alegría, sólo dos llenas de tristeza; una cuando murió la mamá de él y la otra para llevar a enterrar a mi madre, siempre quiso regresar a su tierra y finalmente se le cumplió.

Lo he visto, a veces solo, a veces con Valentina y no sé por qué pero todavía algo se remueve muy dentro de mí cuando lo veo e invariablemente viene a mi mente la letra de ese bolero que, tan bien interpreta Luis Miguel: “En la vida hay amores que nunca pueden olvidarse”.

Él siempre fue muy terco con respecto a su destino. Recuerdo que una de las últimas veces que estuvimos juntos me comentó que había ido a consultar a una numeróloga y que ésta le había dicho que su karma era encontrar pareja, al escucharlo, me reí.

—¡No te rías!

—¡Cómo puedes creer eso!

—Sí creo, por eso no dejo a Valentina. Esta señora me dijo que ya llevo muchas vidas así. Quizá por eso ella y yo nos enojamos y nos reconciamos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Qué cosa?

—Lo de los pleitos.

—No entiendes nada. No te das cuenta de que si no lo logramos en esta vida, en la próxima reencarnación se volverá a repetir todo.

—¿Cómo sabes que es Valentina? ¿Por qué ella?

— Porque Valentina nació el catorce de febrero igual que yo.

No agregué más, ¿para qué? Siempre sospeché que él, aparte de ser terco, está sordo. Quizá por eso no me escuchó cuando le dije que yo también cumplo años el catorce de febrero.

Por lo que me espera

Había tenido una semana cargada de trabajo. Se sentía como perra apaleada y sin ganas de devolver la llamada a sus amigas.

—¿Para qué?, para reflejarnos una en otra y ver duplicada la soledad.

Silvia y Dulce le han estado marcando. No desea contestarles. Está cansada de las tertulias en barecitos de solteros, en donde los amantes, cobijados por la penumbra, intercambian caricias impregnadas de humo de cigarro y licor.

—Ni cantar se puede de tanto humo. Me pongo ronca cuando acompaño al trovador:

—“Yo que fui mariposa de mil flores”.

Estoy harta. Gastos, desveladas e intoxicaciones. Prefiero visitar a Adriana. Ella me barre con hierbas para alejar las malas vibras y ya me dijo que me va a llegar el amor antes de tres meses. ¡Qué emoción! Miles de mariposas vuelan en mi vientre cuando parto la baraja y pregunto:

—Por mí, por mi casa y por lo que me espera.

Hoy me va a recibir más temprano. Debo darme prisa para pasar al cajero y llegar a tiempo a la cita. Con este pago ella me liberará de mi mala suerte en amores.

Por la tarde desconsolada escucha a Adriana, quien le dice:

—No “mija”. Esto va pa’ largo. De veras que te salaron. Necesitas cinco trabajitos más como éste. Tú dices si empiezo a conseguir las cosas.

—¿Cinco más?

—¡Sí, mija! Y un perfume como el que usas.

—Pero...

—¿Quieres novio o no?

—Sí, pero es mucho dinero.

—Pos entonces vivirás con tu salación.

Tina se estremece y se apresura a decir:

—¡No! ¡Por favor! ¡Ayúdeme!

—Tú veme trayendo un pago cada semana y ahora córtame la baraja.

Tina parte la baraja en tres mazos, pone la mano izquierda encima de ellos y esperanzada dice:

—Por mí, por mi casa y por lo que se me espera.



Señoras y señores

Baby shower

El salón resplandecía. Las tonalidades de color rosa predominaban coloreando el ambiente. “It’s a girl”, se leía en todos y cada uno de los globos que llenos de helio flotaban en el centro de cada mesa. Los juegos iniciaron adivinando el nombre con el cual bautizarían a la primogénita del matrimonio formado por Angélica y Armando, después midieron el vientre de la embarazada y terminaron jugando la lotería del bebé antes de degustar un riquísimo almuerzo. Entre taza y taza de café o vasos de jugo de naranja, las asistentes apostaban si la bebé tendría los ojos negros de Angélica o los ojos verdes de Armando. Las hermanas del futuro padre alegaban que verdes. Todos los hermanos los habían sacado así, herencia directa de la madre, quien no participaba en las predicciones y menos aun opinaba.

Angélica dulce como capirozada en cuaresma, repartía sonrisas y se paseaba entre las invitadas. Tratando de no perder el porte, disimulaba los caminados de pato, clásicos de una embarazada.

Atrás habían quedado los días que acumulando meses construyeron años de una vida conyugal, al principio

llena de sorpresas pero poco a poco más por cumplir y por lograr el tan ansiado embarazo. A ella desde pequeña le inculcaron que el uso y costumbre de lo que se califica como un matrimonio bien logrado es la llegada de los hijos. Eso era lo que le habían inculcado, aunque no siempre son lo que deberían ser las costumbres y el uso. Así que ni se percató cuando la pasión de sus horas íntimas fue remplazada por la obsesión de convertirse en madre, y su esposo, el amante complaciente con el que vivió su amor entre los aires despeinadores de marzo o entre la sombra de los mezquites en julio y con el que muchas tardes se fue de pinta, se convirtió solamente en el proveedor de la semilla. ¡Pero ésta no germinaba!

La sonrisa clara de Angélica se oscureció y un amargor recubría su alma con la desilusión que cada mes ocurría entre sus piernas. Su reloj biológico le avisaba que debía darse prisa y empezaron las visitas a doctores y clínicas especializadas en “dar vida”.

El amor pasó a segundo término e inició una etapa de “horario del amor”, cosa que molestaba sobremanera a Armando, a quien no le cabía en la cabeza que un hijo se pueda engendrar tan fríamente con un “móntate”, es la hora de hacerlo. El matrimonio estuvo a punto de encallar una tarde que al salir del trabajo, un torrencial aguacero lo dejó cautivo entre el intenso tráfico y las desesperantes llamadas de Angélica, quien lo llamó de todo porque no hacía el esfuerzo de llegar a casa a la hora en que debía hacerle el amor. Entró a su casa, más por no tener a donde dirigirse que por llegar sabiendo que ella, lo esperaba para reprocharle su irresponsabilidad para cumplirle como marido y darle un hijo. Se

sorprendió del silencio reinante y de que una Angélica, cubierta sólo con una toalla, con un termómetro en la boca lo recibiera, apremiándolo a desvestirse porque todavía estaban a tiempo. De más está decir que no pudo y ella terminó llamándolo impotente.

La situación tensaba mucho a Armando, quien muchas tardes se preguntó en qué momento había perdido a su novia de siempre. Sin embargo, el recuerdo de las películas vistas juntos, las tardes de interminables conversaciones y los planes para el futuro que deseaban compartir, lo mantenían cerca de ella y lo hacían perdonarle sus exabruptos.

Todo esto se lo había contado a su madre a quien también le confesó que su conteo de esperma había salido muy bajo y que temía no poder hacerle un hijo a Angélica, por lo que iban a recurrir a la inseminación artificial.

—¿Pero entonces? ¿Sería tu hijo? —preguntó angustiada su madre.

—Claro, madre. Primero se intentaría conmigo como donante.

En una de sus tantas visitas a clínicas recomendadas, Angélica viajó a Houston, Texas. Allí conoció a Ramiro, un doctor latino de inspirados ojos negros, especializado en fertilización in vitro. Y los exámenes médicos comenzaron. Angélica y Armando hicieron el primer viaje juntos. Los siguientes ella viajó sola. Al principio volaba en la mañana y regresaba ya tarde en la noche, pero después decidió viajar por carretera, manejando desde un día antes de la fecha convenida y regresándose tres días después para poder reposar el tratamiento.

Las risas de sus amigas la regresaron a su presente y a su panza de ocho meses de embarazo, y cuando una de ellas la cuestionó acerca de qué color le gustaría que fueran los ojos de su hija contestó:

—Claro que me encantaría que fueran verdes como los de mi marido. Calló y pensó en Ramiro, se estremeció al recordarlo y sonrojada agregó:

—No, no sé. No quiero contradecir a mis cuñadas pero creo que mi hija tendrá los ojos negros.

Aquí no

Carmela nació en Tampico. Jamás había viajado fuera del puerto y ni falta que le hacía. Se sentía regia rodeada del verdor de sus limoneros, mangos y aguacates y qué experiencia más grata sentir las olas, que acariciando sus pies la llevaban suavemente hacia dentro del mar refrescando sus muslos blancos y ardientes como grava bajo el sol de agosto.

Hija mayor de Juana Domínguez y Jerónimo García, pareja oriunda de España, que al igual que muchos otros compatriotas buscando fortuna viajaron a América y una mañana airosa del mes de enero les dio una fría bienvenida. Se hospedaron en una pensión cerca del muelle y descansaron en tierra firme, olvidándose del norte que los sorprendió casi para arribar a Veracruz y los dejó anclados por varias horas en altamar.

Fue allí en la pensión donde escucharon hablar por primera vez del puerto de Tampico y de su auge petrolero, y hacia allá viajaron. Escondieron muy bien entre la ropa de su maleta unas monedas de oro y junto con ellas sus sueños.

Tampico los trató bien. Compraron un terreno de los del relleno del Tamesí y construyeron su casa de madera, cerca del mercado, cerca del río Pánuco, cerca de la plaza de Armas, y cerca de donde abrieron su negocio de ultramarinos y licores al que llamaron “La Madre Patria”.

Fue allí en la casa de la calle Morena donde nacieron sus hijos; Jerónimo, el mayor, era un niño extrovertido que quería ser piloto aviador; Carmela y Juana Margarita, dos mujercitas que desde pequeñas jugaban a inventar a sus príncipes azules.

Entre jamones serranos, aceitunas y chistorra vieron transcurrir su niñez. La adolescencia los sorprendió con la segunda guerra mundial. La familia García Domínguez se vio afectada cuando en el Golfo de México, embarcaciones mexicanas que abastecían petróleo a los Estados Unidos fueron atacadas y hundidas por submarinos alemanes. El presidente Manuel Ávila Camacho, formalizó el estado de guerra, se instituyó el servicio militar obligatorio, y se pactó con Estados Unidos el envío de trabajadores mexicanos para compensar la falta de mano de obra en los campos agrícolas y fábricas. A Jerónimo chico, desde luego que la idea de trabajar en Estados Unidos no lo atrajo y a pesar de las lágrimas de su madre, el aire de preocupación de su padre y las súplicas de sus hermanas prefirió enrolarse como voluntario en el Escuadrón 201. La unidad iba a recibir entrenamiento en los campos aéreos de Greenville, Texas y Pocatello, Idaho, y con el corazón en la boca y encomendado a todos los santos hacia allá lo vieron partir. No se retiraron del muelle hasta que la embarcación se perdió en el horizonte. El mar se lo llevó y el mar lo trajo de vuelta, mucho

después de recibir la noticia de su muerte en acción. Finalmente él logró lo que ambicionaba de niño, surcó los cielos como miembro de la Fuerza Aérea Expedicionaria Mexicana. No así sus hermanas que seguían aguardando el amor entre chorizos, tocinos y aceite de oliva. No es que no hubieran tenido pretendientes, pero es que así como llegaban se iban. El noviazgo más largo de Carmela lo tuvo con un argentino llamado Manuel, las visitas eran cortas y se despedían a la hora en que realmente deberían estarse dando la bienvenida. Fue una de esas tardes, Manuel se despidió jurándole amor eterno, pero al siguiente segundo lo olvidó. Se dirigió a divertirse a los antros del muelle con una mulata de abundantes pechos, quien se dedicó a regar la noticia dándole un carácter de compromiso a una relación carnal furtiva. En menos de dos semanas el chisme se había esparcido por todo el puerto, y aunque Manuel se hincó frente a Carmela, sin importarle las miradas de todos los feligreses que salían de misa, ella no lo perdonó y menos aún cuando él alegaba que estaba borracho, que no sabía lo que hacía. Carmela pensó si unas cuantas copas lo hicieron olvidar sus juramentos, ¿qué sería de su amor con los años? Ella cambió. Carmela ya no era más ella. Su risa se apagó y por más que procuró disimularlo y trató de no mentar al argentino, ni para echarle la viga, a leguas se le notaba que sufría. Y empezó a ser más cautelosa con su corazón, procuraba dejarlo encerrado en una cajita de música que le había regalado su madre cuando cumplió quince años.

Juana Margarita, no quiso esperar más por encontrar un alma como la suya, como dice la canción de Ma-

ría Greever, y se fue así nomás con “el chaparro”, como lo apodaban, quien a la larga resultó un borracho y no fue bueno ni para hacerle un hijo a Juana Margarita.

Lo mejor del puerto es que, con cada barco llegan marineros y algunos se quedan a probar suerte. Tal fue el caso de Oswaldo, delgadito como el torero “Armillita”, y de muy buen porte. “Armillita”, como dieron en llamarlo se hizo un cliente frecuente de “La Madre Patria”, para calmar la nostalgia por la tierra que lo vio nacer y porque disfrutaba mucho charlar con Carmela, quien no se hacía ilusiones porque él era diez años menor que ella. El joven era simpático y buen conversador, lo que le hizo ganar amigos que lo recomendaron para que obtuviera un puesto como celador de la aduana, ganando muy buen dinero y teniendo acceso a mercancías provenientes de lugares exóticos que invariablemente iban a parar a manos de Carmela. Pero lo que le ganó a la mujer no fueron los obsequios, fue su sonrisa de dientes blancos y parejitos bordeados por unos labios sensuales y promisorios. De verdad que no se puede ser más encantador —pensó Carmela— al verlo sonreír. Y se soltó en sus brazos y se dejó tocar y también ella lo tocó con una pasión exacerbada por la larga espera. El día de la boda, no hubo novia más feliz que Carmela García, ni novio más enamorado que Oswaldo de la Peña. Y dio inicio una luna de miel que parecía no empalagarlos. Ella agradecía a dios que le hubiera mandado un ángel que la hacía conocer el cielo cuando la besaba o el infierno cuando tardaba en llegar y lo anhelaba como el arrepentido a dios y lo amaba en la tormenta y en la calma, en los días claros o con niebla, de noche o de día, en la primavera o en el invierno,

en el mar o en tierra firme y se sentía capaz de pasarse toda la vida abrazada a él.

Oswaldo deseaba un hijo, no era necesario que lo dijera porque los ojos se le iban al ver a los niños jugando en el parque, pero a Carmela, los meses y los días se le fueron apilando, formando una pared de años que la alejó de su posibilidad de ser madre. Sin embargo, vivieron felices por más de veinte años, hasta que la muerte, celosa quizás de esa felicidad, de un certero guadañazo le arrancó la vida a Oswaldo. Fue una tarde de domingo, Oswaldo se despidió de ella diciendo que iba a cubrir a un compañero y la muerte lo sorprendió, pero no en la aduana, sino en la cama de Alicia Serna. Carmela lo supo inmediatamente porque como se sabe, las malas noticias vuelan, pero aquí no fue el caso, sino que la propia Alicia poseedora de unas caderas amplias y cimbreantes y en cuya cama falleció Oswaldo, fue la portadora de éstas. De más está decir que Carmela lloró su muerte, lloró el engaño y lloró por su candidez, hasta que la tibieza de sus lágrimas se congeló cuando supo que la mujer de su marido le había dado todo hasta lo que ella más deseaba... un hijo. De esto se enteró dos semanas después del entierro. No gritó. No lo maldijo, sólo de un escobazo tiró el crespón negro, que en señal de luto se ostentaba justo en medio del anuncio de “La Madre Patria”. Su hermana le preguntó:

—¿Por qué?

—¿Quieres más? Por favor hermana te suplico que no hablemos del tema.

Y nada se habló. Carmela se sumergió en el silencio de la negación y aparentemente continuó orando

por el descanso de su amado esposo. En el puerto todos admiraban su condición de mujer digna porque ignoraban las lágrimas saladas y gruesas en las que flotaba su corazón dañado y se arrepintió por haberlo liberado de la cajita de música, mil veces hubiera estado mejor allí, seco y entelarañado pero completo. Por más esfuerzos que hacía no podía encontrar la manera de desquitarse. Si tan sólo él hubiera resistido hasta que ella lo hubiera despedido y mandado al infierno. Pero no, hasta suerte tuvo el desgraciado. Mira que tener sus quereres con esa Alicia Serna por tantos años. Ella le calculaba unos diecisiete, porque el muchachito tenía dieciséis y pues ni modo de negar que era hijo de Oswaldo, lo que bien se hereda no se hurta y el muchacho era larguirucho y simpático como el padre. Largas se le hacían las noches a Carmela García, y más largos sus pensamientos de inconformidad por su suerte hasta esa mañana de agosto que uno de los trabajadores del cementerio llegó a comprar longaniza y le dijo:

—Hace días que no visita al difuntito.

—No he tenido tiempo y con esta canícula y yo de luto...

—Pensé que estaba enferma. Es que quería preguntarle...

—¿Sí?, dígame.

—La inscripción en la lápida. Es lo que falta para terminar el trabajo.

A Carmela le brotó la tristeza por los ojos al recordar lo que ella y Oswaldo deseaban que se leyera en su epitafio.

—Discúlpeme, señora. No quise ser inoportuno.

—No. Usted no tiene la culpa. Tiene razón, se me había pasado ese detalle.

Carmela tomó el lápiz que estaba en medio de la libreta de los clientes que piden fiado. Arrancó un pedazo de papel de estraza y escribió. Sonriente entregó el papel al trabajador quien no creyó lo que leía.

—Disculpe señora, creo que se equivocó.

—¿Por qué?

Y el trabajador leyó en voz alta:

—“Aquí yacen dos seres que se amaron”.

—No —contestó Carmela—. La inscripción debe decir: “Aquí no yacen dos seres que se amaron”.

Y esa noche, a pesar del calor de agosto, Carmela García, pudo al fin dormir a pierna suelta.

Rogelio Armenteros

Tenía el pelo negro, lacio y grueso, y unos ojos expresivos de mirada tranquila y clara como cielo de diciembre, los modales finos y la voz dulce como miel de maíz, además de poseer una figura frágil como la de un ángel. Sí, Sanjuana Galaviz viuda de Armenteros, estaba segura de que si hubiera ángeles morenos, su hijo Rogelio sería parte de esa corte celestial. Sus besos, rebanadas de luna, le iluminaban el día. Era una lástima que los fotógrafos prefirieran los ángeles rubios, porque su Rogelio estaba como para un cromo. Por eso le perdonaba que no saliera a jugar al fut con los muchachos de la cuadra y en cambio se la pasara jugando a diseñar vestidos, con los pedazos sobrantes de las telas que, siguiendo meticulosamente los patrones de papel periódico, ella recortaba. Sanjuana pedaleaba en su vieja Singer y contestaba a su hijo cosas como: ¿A dónde se va el sol cuando es de noche? ¿Qué es el pecado? ¿Por qué tengo que ser niño?

Sanjuana vio a su hijo crecer y su aire de ángel se perdió y ella por perdido lo dio cuando descubrió la paciencia con que depilaba su barba. Así que, corrió a comprarle un rastrillo y varios paquetes de navajitas para

rasurar, que discreta cambió por las pincitas para sacar las cejas. No tenía queja del muchacho, realmente era una madre afortunada y se dolía por no haberle encontrado un padre sustituto, por lo que creció sin una imagen paterna, que era a lo que ella atribuía su amaneramiento. Sin embargo, como ella padeció a fondo las dificultades para encontrar un esposo perfecto, consideraba al muchacho todo un hombre, protector y acarreador y que a todas luces podría llegar a ser un buen marido. Por supuesto que Rogelio Armenteros no podía estar más en desacuerdo con su madre y estaba seguro que ninguna mujer querría amarlo y prefería esconderse entre los recuerdos de una infancia feliz y de los de su primer amor a los once años. El recuerdo de esa mirada se quedó untado a su memoria y lo alimentaba y lo saboreaba. Cuando lo perdía entre las horas de su vida simple y rutinaria o cuando empezaba a olvidarlo, buscaba algo parecido a un amor imposible, cualquier cosa antes que sacar su corazón del clóset.

La llegada de Mariana Saldívar al barrio, alentó a Sanjuana, sobre todo al ver que la morena espigada, de andar airoso y de sonrisa fácil, miraba a su hijo de un modo como sólo ella, que era su madre, lo hacía. Sería un desacato dejar escapar tanta belleza y se dedicó a aconsejarla, como toda suegra lo hace, cuando desea lo mejor para sus hijos y lo consiguió. Rogelio Armenteros olvidó, y las dudas acerca de su hombría se disiparon. Así que, si a alguien le cruzaba un mal pensamiento lo desechó al ver a la pareja de esposos tan felices.

Mariana sabía quererlo porque Rogelio, sobre todo al principio, la llenó con una ternura de sobra que la

nutría en las noches cuando él pasaba de largo. Siempre se le veía feliz y con una sonrisa resplandeciente como de niño en vísperas de Nochebuena.

Les nacieron dos hijas, a las que bautizaron con los nombres de Adriana y Patricia, quienes al crecer cambiaron las muñecas y los juegos de té por el estetoscopio y la administración de empresas. Rogelio Armenteros era prudentemente feliz en medio de la sensatez de su mujer que lo alejaba de tentaciones y de lo que él creyó ser a los once años. Atrás quedó el tiempo en el que hacía espacio para la nostalgia pero extrañaba el corretear de sus pequeñas y lo comparaba con el taconeo con el que displicentemente salían a encontrarse con el amor, dejándolos a él y a Mariana en medio de su guerra de silencios compartidos. Rogelio no era de los hombres que se emborrachan, ni su mujer una de esas esposas que se deprimen. No se alegraban de más o se entristecían por todo, ni se inventaban problemas o soñaban con amores absolutos para sobrellevar su vida, que no era tan emocionante como una telenovela, pero a pesar de todo, vivían bien aunque disfrutaran menos.

Sanjuana Galaviz, conoció nietas y bisnietos y estuvo presente la tarde en que la muerte pasó dejándolos en silencio, llevándose la estabilidad de la familia Armenteros y cargando con los sueños inconclusos de Mariana Saldívar. Rogelio la lloró y la extrañó hasta que no pudo más y prefirió aliviarse con el recuerdo de su infancia, del amor a sus once años de edad, y una paz imperceptible como el aleteo de un colibrí se acurrucó en su alma. Sucedió entonces, sacó su corazón del clóset y arrebatado e impulsado por una fiebre repentina, buscó y rebuscó

entre los vestidos de Mariana. Escogió uno rojo que iba muy bien con el tono de su piel, se maquilló y arregló su cabello, como tantas mañanas había visto, primero a su madre y después a su mujer hacerlo, se calzó unas zapatillas negras de charol y empezó a caminar titubeante como niño al dar sus primeros pasos. Se acercó al espejo. Aprobó la imagen que este le reflejó y se sonrió, y así sonriendo lo encontró Sanjuana Galaviz cuando abrió la puerta de la que fuera la alcoba conyugal. No se dijeron mucho pero era todo lo que se debían decir.

—¿No habías encontrado la felicidad?

—Madre, la felicidad no se encuentra. ¡Se busca!

—¿Por qué? ¿Por qué hijo, esta desviación?

—¿Por qué?, pues porque nunca se me quitó.

Claudia García

Esa tarde Claudia estaba cansada del día de descanso. Primer día de mayo, en el televisor un programa de chismes del medio del espectáculo. Ella lo veía con la mente en otra parte. Un dolor de cabeza temprano la hizo antojarse de un silencio absoluto y de estar acostada en su lecho abandonada entre los brazos de su marido. Lo observó aflojarse el nudo de la corbata y después despararramarse relajadamente en el sillón, dispuesto a “echarse un coyotito”. En el televisor, Anel seguía contando sus correrías, buena estaba ella para escuchar hablar sobre la vida de los demás si ya con la suya tenía. Definitivamente el mes de mayo no era para nada su mes favorito, a pesar del día diez y de sus serenatas, versos, flores, promociones comerciales con la voz insistente del locutor invitando a la compra, a celebrar con un pastel de la pastelería “X” a regalar de... y no ha habido año desde que tuvo uso de razón que, previo al festejo, no sufriera dolores de cabeza. De pequeña, su madre acostumbraba llevarla a ofrecer flores. Y allá iba caminando por el pasillo de la iglesia con su vestido blanco, su ramo de flores de laurel de la india recién cortadas, su cabello estirado, mojado y recogido,

hasta hacerle daño, en una cola de caballo que humedecía su espalda y esto se repetía durante todo el mes.

Ella era la hija menor de seis hermanos. Había una diferencia de diecisiete años entre ella y el hermano que le seguía. Así que casi recibía el trato de hija única.

Antes del día diez, le ayudaba a su madre a pensar en el menú para la ocasión, a hacer la lista de las compras, a cocinar y a arreglar la casa para recibir al ejército familiar que llega dispuesto a pasarla muy bien degustando los platillos que sólo las manos de una madre saben preparar, así decían sus hermanos, para enojo de las cuñadas que graciosamente fruncen la nariz cuando los escuchan. Por la noche, Claudia y su madre exhaustas, contemplaban los cerros y cerros de trastes sucios, las envolturas de los regalos que los niños hicieron confeti; en resumidas cuentas, tenían que volver a hacer el aseo cuando lo que más deseaban era estar en la cama, sobre todo, con la desvelada que les habían puesto con la serenata llevada por su hermano y los amigos de éste, que sólo entraron dieron un abrazo y se retiraron dejándolas, a la mamá más preocupada que antes que llegaron y a Claudia calmándola:

—No te apures. Ya va a regresar. Sólo les faltaban dos “mañanitas”.

Afortunadamente para Claudia García, sus hijos todavía están en la primaria y lo más que le puede pasar es que ande recorriendo la tiendas del centro o que cruce desesperadamente el puente y sus interminables “colas” para pasar al “otro lado” a buscar calcetas púrpura con adornos amarillos y holanes rosas, o maldecir por no encontrar una buena costurera que le confeccione los

vestuarios de su hijos para el festival de las madres. No es que le disguste esta celebración. Claro que disfruta la atención del regalo, el abrazo y el beso cariñoso y que se le salen las lágrimas en el momento en que ve a sus hijos bailando: “Ella me levantó” o cantando “Mamá”, de la banda Timbiriche o declamando “El brindis del bohemio”, y entonces olvida que la celebración del día de las madres no es tan espontánea como celebrar su cumpleaños, y aunque aparentemente sea mimada por todos, ella colabora en un noventa y nueve por ciento para el éxito del festejo.

Claudia piensa:

—Pareciera que hijos, maestros y esposos se confabulan induciéndonos sutilmente a prepararnos para ser festejadas; cocinando, limpiando, atendiéndolos y si se da el caso, que salgamos a comer a un restaurante, muchas veces tenemos que pagar la cuenta de nuestro presupuesto para el gasto. Me siento ajena a esta fecha dedicada a celebrar la idea o ideas que tenemos de lo que es una madre; con su cabecita blanca, siempre comprensiva como la que personificaba Prudencia Griffel, en la radionovela “Corona de lágrimas”. Mi mamá me la contó mil veces y siempre lloró. Esa era una clase de madre en la que no existe maldad o egoísmo, ni sus arrugas o canas la afean, al contrario la embellecen, ejemplo del amor incondicional y transmisora de los valores humanos y que soporta todo, acepta y perdona. Siempre entregada a la familia y toda su vida gira en torno a ella. Silenciosa, discreta, sonriente, sabia y de belleza serena.

En cambio, ella es distinta, es gruñona, le falla la cocina, la enfermería y la costura, mete la pata, se sobregira en el presupuesto. Si atiende al hijo mayor se olvida un poco del pequeño o viceversa. Ella sueña con independizarse, tener un negocio propio para poder dedicarse a escribir y ganar algún concurso literario. También está preocupada porque descubrió sus primeras canas y por comprar una buena crema para desaparecer sus patas de gallo. Se siente un poco culpable por no parecerse a ese ideal. Pero es que ha estado tan ocupada con su carrera, ver crecer a sus hijos y amar a su marido, que no le ha quedado tiempo para convertirse en el estereotipo de la madre que se celebra cada diez de mayo.

—¿Qué tanto piensas tú, muchacha? Un centavo por tus pensamientos.

Claudia García escuchó la voz de su marido y el “muchacha” tuvo un efecto mil veces mejor que la mejor crema antiarrugas. Volteó a verlo. En verdad lo seguía viendo guapo a pesar de su camisa arrugada. Se sobresaltó. Era un día feriado. ¿Por qué había ido él a la oficina? Quizás fue sólo el pretexto para encontrarse con alguna otra mujer. ¿Cómo luciría? ¿Joven o vieja? ¿Inteligente o tonta? ¿Atractiva o fea? ¿Cómo saberlo? Él vuelve a interrumpirla:

—Cinco centavos por tus pensamientos

Claudia no contestó. Se puso de pie y fue a sentarse frente a su marido. Estaban solos, los niños se habían quedado en casa de la abuela y el “muchacha” la estimuló. Levantó la pierna y con la punta del pie acarició la entrepierna de su marido. La respuesta fue rápida. Allí

había algo para ella, así que se olvidó de las demás mujeres mientras coqueta pregunta:

—¿Esto, en vez de los cinco centavos?

—Hecho —le contestó el marido.

—Estaba pensando que te amo y que soy muy feliz de ser la madre de tus hijos.

Gertrudis Rosas

Gertrudis Rosas, parecía sacada de otros tiempos, modales finos, voz suave, oídos dispuestos a las confidencias y poseedora de una boca sonriente cual rebanada de sandía de donde siempre salían palabras dulces y refrescantes como ese fruto.

Si se cansaba, nadie lo sabía. Ella siempre se veía fresca como recién salida del baño. Sus sentimientos jamás fueron sorprendidos por los calores y sus mejillas carnosas y sonrosadas delataban una vida sana.

Madre de cinco varones, engendrados con el que fue el único hombre en su vida, su marido Raymundo, con quién, por disposición de sus padres se casó a los dieciséis años. Raymundo, hombre moreno, alto, rudo y de pocas palabras, arrastró a su mundo a la joven Gertrudis Rosas, quien apenas sí tuvo tiempo de imaginar siquiera soñar con el amor cuando ya estaba pariendo a su primer muchacho, y así cada año, con los primeros brotes de la primavera, le nacía otro hasta contar cinco, que fue cuando Raymundo sufrió la caída del caballo que lo dejó postrado en la cama con las piernas secas, y empezó a maldecirla

porque le había tocado a él y no a ella que al fin mujer sólo servía para parir.

Si Gertrudis sufría, nadie lo supo, ella se convirtió en una devota compañera, relegando a un segundo término a sus hijos y viviendo sólo para leerle el pensamiento a su marido. Sin que este se diera cuenta, se había atrevido a contratar a una mujer que le ayudara con la crianza de sus muchachos, que iban creciendo derechitos y espigados como milpa al amanecer.

Contrario a lo que pudiera suponerse, ella era feliz, ese era su destino y la familia que Dios quiso regalarle. Además que consideraba su deber de esposa el pasar los días atendiendo al marido, aseándolo, leyéndole la palabra de Dios aunque él refunfuñara, y dándole de comer. Por las noches le velaba el sueño, atenta al menor movimiento, a acercarle la bacinica para que arrojara sus flemas o el cómodo para que hiciera sus necesidades.

Quince años tardó su marido en secarse completamente. La noche en que murió la sorprendió tranquila. Ella como esposa había cumplido. Lo enterraron anunciando el paso del cortejo fúnebre con cohetones, lo acompañaban los ganaderos y agricultores de la región y amenizando la caminata al panteón, un grupo de huapangueros desafinados por la cruda, después de todo el café con piquete bebido durante el velorio. En el campamento esperaban otras tres viudas llorosas y cubriendo su vergüenza con el rebozo. Si Gertrudis Rosas las vio, nunca lo dijo. De su boca jamás salió una palabra para compadecerse por el engaño.

Después del novenario, antes de sacar las pertenencias del difunto, se reunió con sus hijos y les comunicó que

tenían que buscar a sus hermanos, no fuera el diablo que se fueran a enredar con una muchacha que resultara ser su media hermana. Sin mucho entusiasmo los hijos prometieron que lo harían pero también la hicieron prometer que ningún otro hombre ocuparía el lugar de su padre en la casa. Gertrudis lo prometió y lo está cumpliendo.

Con treinta y ocho años, viuda y rica, Gertrudis Rosas, empezó una nueva vida. Administra el rancho, estimula a sus hijos para que continúen con sus estudios, el mayor que salió bueno para los números le ayuda bastante con las cuentas, por lo que ella una vez al mes puede desafanarse e irse a tomar el sol en la playa.

Las malas lenguas murmuran, que a lo mejor por allá encontró el amor y que por eso con cada viaje, pareciera que la podan porque como las bugambilias y jazmines de su jardín, se pone más bella, pero de esto nadie tiene la certeza, porque si Gertrudis Rosas está enamorada, a nadie se lo ha contado.

Candelaria Escalante

Siempre odió sus chiches de gata, sin chiste, como de Spúber, botones de rosa que nunca acabaron de abrirse. Cuando cumplió los quince recurrió a los rellenos y a los bras de esponja, que lejos de ayudarlas las hacían lucir antiestéticas y rígidas. Jamás pudo llenar la copa A. Los brasieres, que se usaban antes, en lugar de copa parecían tener un pico, circundado por costuras, el cual si se rellenaba con algodón, se erguía amenazador. Creció acomplejada por sus pechos bizcos, como ella les llamaba, ya que un pezón miraba hacia la izquierda y el otro a la derecha. Soñaba con perfumarse entre los senos. Pero dadas las circunstancias tendría que hacerlo en todo el pecho, porque si quería hacerlo en el sensual pliegue que se forma entre teta y teta, buscándolo, llegaba su mano hasta el ombligo.

Sus estrellas favoritas eran Marylin Monroe, Elizabeth Taylor y Jayne Mansfield. Compararse con ellas la hacía sentir más desgraciada. Su mamá la consolaba diciéndole que apenas se estaba desarrollando y que así se veía bonita y que por qué mejor no admiraba a

Alma Muriel o a Manoella Torres. A lo que ella enojada respondía:

—No mamá, ¿qué no ves que así de plana parezco hombre?

—Cómo no. Un hombre con unas caderas muy bien formadas.

—Tenías que recordármelo. ¡Mamá, parezco centauro!

—Ay mijita. No sé que te pasa. Eres una mujercita muy hermosa.

—Eso lo dices porque eres mi mamá.

Tenía dieciocho años cuando se hizo de un novio. Sus amores con él fueron ardientes pero efímeros como un flamazo. Él desapareció de su vida como llegó, pero logró el milagro de que a Candelaria se le redondearan los pechos y se llenaran de una dulzura blanca y espesa con la que amamantó a su bebita. Candelaria no se frustró por el abandono, al contrario, jamás fue más feliz que en ese tiempo y orgullosa agrandó el escote de sus blusas.

La pequeña la hizo olvidarse de la obsesión por el tamaño de sus senos y se dedicó a trabajar, cerrándole puertas y ventanas al amor. No porque la experiencia hubiera sido mala. Se consideraba afortunada de haber sentido el amor tan intensamente porque, hay mujeres que ni lo vislumbran siquiera.

Su hija creció y se convirtió en una esplendorosa jovencita de generosos y turgentes senos. De cuando en cuando, una palabra, el color o el aroma del atardecer le traían el recuerdo de ese amor que nunca pudo dejar ir y continuaba amarrado a su memoria a pesar de la amnesia

de él. De ese tiempo lo único que le disgustó fueron las visitas al doctor. Aborreció las revisiones ginecológicas, la postura en la mesa de exploración y la frialdad del espejo, que sin consideración se abría dentro de ella y quedó convidada a no volverse a hacer un examen y aunque lee los anuncios en donde exhortan a las mujeres a hacerse chequeos periódicamente para prevenir el cáncer uterino o el de mama, ella piensa que eso no le puede suceder porque considera que todo se decide de antemano y si la naturaleza la había provisto de senos tan pequeños, ¿por qué además deberían estar enfermos?

—Ten cuidado —le decía Teresa, una compañera de trabajo cuya hermana y madre habían padecido cáncer, lo que le confería autoridad.

Pero como nadie oye consejos cuando cree estar sana, pronto Candelaria se arrepintió por su ignorancia y aunque reconoció que el tiempo es vital en esos casos, durante semanas lloró y se quejó impotente, segura de que para lo andado ya no había reparo y ante la única solución que era que le extirparan el seno, deseó morir completa, con las chiches de gata que tanto había despreciado.

Esa tarde, en el consultorio, ella piensa: ¡Qué sabe la psicóloga! Ella tiene sus dos tetas muy bien puestas. ¿Por qué se empeña en llamarme Chiche en vez de Candelaria?

—¡No lo soporto! —grita—. ¡No lo voy a soportar! ¡Mil veces la muerte! ¡Pero ya! ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Por qué?

La psicóloga la interrumpe:

—¿Por qué gritas, Chiche?

Candelaria voltea a ver a la doctora con odio y le pregunta:

—¿Por qué se burla de mí? ¿Por qué me llama Chiche?

—Porque eso es lo que tú te consideras. Yo veo frente a mí a una mujer valiente. Una madre soltera que ha trabajado para sacar adelante primero a su hija y ahora también a su madre. El problema aquí es que tú no te ves. No te conoces. Candelaria, tú no eres un seno, eres todo. ¿Me comprendes?

Candelaria Escalante, siguió compadeciéndose y llorando hasta que su hija la hizo sentir cuánto la necesitaba, que con seno o sin seno ella era su madre, el ser al que más amaba.

Hace dos años le extirparon los dos senos, no fue fácil, pero con terapia física mejoró visiblemente la movilidad del brazo izquierdo que resultó dañado con la cirugía. Ella continúa con su lucha y ayuda a dar apoyo a mujeres que se enfrentan al mismo problema, a quienes les comenta:

—No hay mal que por bien no venga. Estoy trabajando duro para comprarme unas prótesis y ahora sí que tiemble la Sabrina, porque voy a ser su competencia.

La ventana

Mi madre era una mujer inquieta quien despreciaba la languidez de abandonarse a una buena siesta, y cada tercer día, invertía su tiempo cambiando los muebles de lugar. Estos cambios los hacía constantemente. Un plano mental de cómo era la casa familiar, de mis primeros años, no lo tengo, ya que este cambiaba de un día para otro, sin previo aviso y eso que entonces no se sabía mucho del “fenchú”. Lo único que recuerdo es la ventana. Desde allí contemplaba el paso del tren. Me alegraba el anuncio de su llegada con su inconfundible silbido. Al escucharlo aventaba lo que estuviera haciendo para salir a saludar y despedir a los pasajeros, agitando mi mano vigorosamente. Cuando partía, una tristeza se atoraba en mi garganta, era un sentimiento muy parecido al que me embargaba al despertar, después de haber dormido una siesta. Una sensación de haber perdido algo... sin saber qué. Hoy, mirando a través de esta ventana del hospital, vuelvo a sentir ese desasosiego.

Nací en el puerto y crecí entre las vías. Mi abuelo trabajó en las cuadrillas del ferrocarril. Él nos heredó los dos vagones. En la temporada de la zafra, se ponía

bueno. Pasaban todos los vagones cargados de caña. Los muchachos esperaban al cambio de vía para subirse al vagón y empezar a descargar la caña. Abajo otros chamacos se encargaban de recoger lo substraído y después todos corrían con su cargamento. Normalmente en el tren no se percataban del hurto. Era tal la práctica que el robo lo hacían en minutos y todos escapaban por un agujero en la barda que escondido entre los matorrales no se visualizaba a simple vista. La caña se repartía entre todos los vecinos y hasta a nosotros nos tocaba. Disfrutaba masticarla hasta extraerle la última gota de dulzura. Eran buenos tiempos, aunque mi madre siempre estaba disgustada. Escuchaba cómo discutía con mi padre reclamándole la vida que le había prometido y repetía que ya estaba cansada de vivir en un vagón de ferrocarril. Por necesidad tuvimos que dejarlos. Ferrocarriles Nacionales los reclamó y nos movimos para el norte. Por primera vez supe lo que era vivir en una casa verdadera. Rentamos en el centro de la ciudad, en un barrio aledaño a la estación de ferrocarril. No extrañé mis trenes.

Mi madre me contaba que yo había nacido en el vagón y que ahí afuerita, habían enterrado mi ombligo, por eso mi apego a las vías. Ella por el contrario aborrecía todo lo referente a trenes. Y aunque ya no estábamos tan cerca como para decirle adiós a los pasajeros, se podía escuchar el anuncio del paso del tren que majestuoso partía la ciudad en dos. Fue un gran cambio. Me gustó. Mi padre se colocó en una maquiladora, no nos iba mal. Pronto nos acostumbramos a vivir cerca del “otro lado”.

En la universidad conocí al hombre con el que me casé. Quince años después, murió mi padre, de cáncer en

el pulmón, lo más raro es que ni siquiera fumaba. Y así fue como mi mamá se vino a vivir con nosotros. No tenía caso que viviera sola. Además el centro de la ciudad se estaba quedando vacío. Los nuevos fraccionamientos estaban construyéndose hacia el sur. La primera noche que mi madre pasó en mi casa me dijo:

—¡Qué bueno que ya no vivo en el centro!

—¿Por qué? Era una casa bonita. ¿Extrañabas a mi papá?

—Claro que lo extraño pero no es por eso.

—¿Entonces? ¿Por qué?

—¿No lo adivinas?

—No, para nada.

—Por el maldito tren. Me volvía loca y luego la pitadera de carros.

—¡Mamá! Pero si ya tiene años que suspendieron las corridas de pasajeros.

—Pues con la de carga tenía. Era una verdadera lata y eso que nadamás cruzaba la ciudad una vez al día, pero la convertía en un caos.

—No entiendo. ¿Por qué tu aversión por los trenes?

—No lo sé hija. No lo sé. Yo también nací entre trenes. Al igual que tú, fue su paso el primer sonido que aprendí a distinguir y no sé...

—¿Qué, mamá?

—Presiento que lo último que voy a escuchar es su silbido, su peculiar sonido al correr por las vías.

—¡Mamá! Tú y tus cosas.

La llegada de la enfermera me hace abandonar mis recuerdos. Volteo a ver a mi madre; pálida, con los ojos cerrados y hundidos y con una tranquilidad inducida. La

chica de blanco toma sus signos vitales. Revisa el goteo de la solución salina mezclada con otro frasco con una solución lechosa. Anota y sale.

Los días se me han confundido con las noches. Ha sido largo este sueño de mi madre. Quisiera verla cambiando todo de lugar como lo hacía en el puerto. Me vuelvo a asomar a la ventana. Veo carros que cruzan la avenida velozmente, gente caminando con prisa, un elotero y el “jatdogero” que empieza a picar el tomate y la cebolla. Imagino el olor de la carne y el pollo, que más allá asa un taquero; microbuses llenos, gente, gente y más gente. ¿Se percatarán de mi presencia? ¿Sabrán que desde esta ventana del hospital los mira una mujer envidiosa de su cotidianidad? Un fuerte estertor me hace voltear a ver a mi madre. Un hilillo de sangre escurre por su boca. Vuelve el estertor. Siento que se está ahogando. Trato de levantarle la cabeza. Un vómito de sangre amenaza con ahogarla. Salgo corriendo pidiendo ayuda. Apresurados se acercan el doctor y la enfermera de guardia.

—Por favor. ¡Sálgase!

Orando por la vida de mi madre me acerco a la ventana del pasillo. Distingo las vías del ferrocarril. Me confortan pero a lo lejos escucho el silbido del tren.

—¡Que calle! ¡Que pare! ¡No, que no lo escuche mi madre!

Momentos después, el doctor y la enfermera salen. Muy serios me informan. Yo no los escucho. Regreso a la ventana y triste veo cómo se aleja el tren.

Fue culpa de Daniel Santos

Tu madrina vino muy temprano. Todos estos días ha sido una entradera y salidera de gente. Tu papá ni en sueños hubiera imaginado que alguien además de nosotros dos pudiera preocuparse por él, pero ya ves. Con decirte que hasta la vecina me visitó y aproveché para decirle que amarre a su perro porque no deja de andar escarbando en mi jardín y saca las matitas que acabo de sembrar.

Anselmo, la escuchaba entre cucharada y cucharada de sopa y una que otra ojeada al reloj. Tenía escasos veinte minutos para terminar de comer y correr hasta la parada del transporte de personal. No quería dejar a su madre sola pero si no trabajaba él, ¿quién le ayudaba? El irresponsable de su padre siempre se inventó enfermedades para quedarse echado en la cama todo el día, pero apenas anochecía, como vampiro, se llenaba de energía y empezaban los gritos exigiendo su caguama, ya calibrado se bañaba y salía. Desde niño vivió esas ausencias de dos o tres días. Esta vez había transcurrido más de un mes y aunque le dolía pensaba que lo mejor que pudo haber hecho su padre, fue dejarlos solos.

—¿Te sirvo más sopa?

La voz de su madre lo sobresaltó. Se puso de pie, tomó su mochila y con un:

—¡Cuídate! Enciérrate bien. Nos vemos mañana—se dirigió a la puerta.

Paulina salió detrás de él y no se metió a la casa hasta que vio que el adolescente escuálido y de zancas largas se confundió entre las sombras tempranas que presagiaban una fría y húmeda noche. Realmente era bueno Anselmo, a pesar del mal ejemplo de su padre. Ella estaba orgullosa de su muchacho y se le llenaba la boca cuando se refería a él y al esfuerzo que hacía por estudiar. Era cansado. Salía de la maquiladora en la mañana y se iba directo a la prepa. Lo bueno fue que le salió estudioso, nunca había repetido año y siempre estuvo en la escolta.

Lo recuerdo flaquito, flaquito, ya se me hacía que se tronchaba con senda banderota. Yo, con mil pretextos procuraba acompañarlo los lunes a la escuela y ahí me quedaba parada detrás de las rejas viendo los honores. Cómo me palpitaba el corazón, pum, pum, pum, pum. Algunas veces se me figuraba que se acompasaba con el ritmo de los tambores: Tan, ta, ra, ran, ta, ra, ran, tan. En ese tiempo todavía estaba de director el profé Juan de Dios, él sí que se ponía a ensayar con la banda, nada de “cidis” como lo hacen hoy. Ya después cuando llegaba a la casa, era otro el cantar, con los gritos de Gaspar, llamándome inútil, güevona y una buena para nada, que no sabía ni ser mujer para complacerlo. Pero a mí ni me importaba yo sofocaba sus insultos llenándome del pum, pum, pum, tan, tara, ran, tara, ran, de los tambores y entonces me tupía.

—¿De que te ríes, pendeja?

—De seguro ya alguien te puso. No pongas esa cara de “yo no fui”, porque bien que te gusta la verga, nomás conmigo te amarras tu calzón, pero a mí no me vuelves a engañar. Ay sí, cómo no, Paulina la virgencita. Quién sabe cuántas “riatas” te habrán metido...

—¡Por favor, Gaspar! Deja ya de estar elucubrando.

—¡Elu!, ¿qué? A mí no me salgas con tus domingue-ras. Tú y el joto de tu hijo ya me tienen hasta la madre. Muy estudiados serán los cabrones. Buena fueras tú pa’ tenerme contento.

—Gaspar, yo hago todo lo que me dices. Lo que pasa es que tienes mala tomada y la cruda es peor.

—Cállate, ora ya me saliste doctora. Traime de tragar y déjame dormir. No estoy pa’ nadie. Si alguien me busca, tú no sabes nada.

—No me digas que volviste a apostar.

—Shhh, sírveme o ¿ya ni pa’ eso sirves? Pinche gata eso es lo que eres, aunque te sientas de angora, no eres mas que una callejera.

Yo le servía y lo veía tragar. ¡Sí! Él, tragaba no comía. Dudo hasta que saboreara. Parecía un animal y al igual que ellos sólo satisfacía sus necesidades. Lo mismo sucedía en la cama: pum, pum, pum y ya... era todo, soltaba el corpachón encima de mí impidiéndome hasta respirar. Ah, y todavía se enojaba que porque yo no gritaba como las otras viejas que él tenía y que según las dejaba hasta con los ojitos en blanco. Igual y a lo mejor las estaba apachurrando como a mí y él sintiéndose muy gallo.

¡Ay, Gaspar! No sé ni por qué te hablo y te sigo pensando. Si lo mejor que pasó, fue exactamente eso, lo que

pasó. ¿En qué se nos fue la vida? Cuando te conocí no eras así. Me enamoré a primera vista, aunque guapo que digamos guapo, no eras. Llamabas la atención, eso sí. Siempre arregladito y atento. Me regalabas rosas. Tengo algunas secas entre los “elepés” que me regaló mi abuelo. Me encantaba escucharlos. Daniel Santos era mi preferido. Tú dijiste que a ti también te gustaba, ¿te acuerdas? Lo poníamos y nos quedábamos viendo la vuelta y vuelta del disco que reproducía la voz del boricua: “Amor, cuando tú sientas amor. Verás color rosa los colores. Habrá miel en todos los sabores”. Y así me sentía no había nadie más que tú. Nunca hubo nadie antes que tú. No sabes y quizá nunca hayas comprendido cómo yo te amé y te sigo amando, pero no al hombre en el que te convertiste; sino al Gaspar de los primeros años. Tus padres fueron honrados y trabajadores, así que no creo que haya sido por ahí. Nos dejaron el rancho y esta casa que afortunadamente no pudiste vender porque se la heredaron a Anselmo. Benditos suegros, como que ya presentían que algo así podía pasar. ¿Qué hubiéramos hecho? No me salgas con que tú hubieras trabajado, ¿en qué? No te gustó el estudio y trabajar menos aún. A tu padre le ayudabas en el rancho, porque no había de otra. Tu mamá me contó que era una lloradera cada vez que ibas a la escuela y como en ese tiempo estaban viviendo en el rancho así te dejaron que crecieras, solito como los mezquites y los huizaches que nadie les pone atención y derechitos se van dando. A éstos ni el agua les hace falta. En invierno parece que se secan pero con cada primavera reverdecen y nomás amarillean las brechas con las flores. Así se veía el campo el mediodía que nos casamos, hasta en el aire había olor a

boda, los limoneros cuajados de azahares esparcían sus aromas a la primera insinuación del viento y se mezclaban con el de las hojarascas recién horneadas. Fue el día más feliz de mi vida. Tú lloraste cuando nos declararon marido y mujer y aunque todavía no se usaba eso de que el padrecito dijera:

—Puede besar a la novia —tú, te me quedaste mirando y yo diluí mi alma en esa cálida y acuosa transparencia, después cuando me besaste, olvidé mis pudores y correspondí a la caricia y me sentí tan tuya que ahí en el altar y frente a todos hubiera querido que se consumara nuestro matrimonio. Fueron los acordes de la marcha nupcial y la madrina de ramo quienes nos regresaron a la realidad. ¿A dónde se va el amor? ¿Será que se queda oculto como la luna cuando es de día?

—¡Ya cállate, Paulina!

—Así me gritabas y desbaratabas mis sueños.

—Tú y tus cursilerías. Ya se me quemaban las habas. Estabas bien buenota. Me traías loco con tus nalguitas redonditas y esas pechugotas y los pezoncitos que sentía bien duritos cada vez que te abrazaba. ¡Niégamelo, niégamelo! ¿A poco no te mojabas con los apachurriones que te daba?

—¡No! ¡Así no, así no! Por qué te empeñas en ensuciar todos mis recuerdos. ¿A dónde? ¿Dónde te fuiste?

Ayer que vino la comadre, me aconsejó:

—Comadrита, déjese ya de lloradera. Usted aquí acabándose y el Gaspar debe de estar bien encamado con la güera.

—¿Cuál güera, comadre?

—La que le ayudaba al taquero de la otra esquina.

—No, comadre, últimamente andaba con una que tenía un puesto en el tianguis.

—¿Usted los vio? ¿Cómo supo?

—Él mismo me lo decía. Según que eran sus amigas por si alguien me venía con el chisme.

—A mí el compadre ni me saludaba. Como seguido me lo encontraba y usted sabe que yo siempre fui muy discreta. Hasta hoy, que creo que sí la abandonó, me atreví a contarle.

—Gracias, comadre.

—Y no crea, a veces me entra la duda de si no estaremos juzgándolo mal. Ya ve, con estos tiempos en que los mañosos secuestran y matan a medio mundo, jamás aparecen los cuerpos y las autoridades y los periódicos no dicen nada.

—Yo también lo he pensado. A Gaspar le gustaba apostar en los gallos.

—Sí, comadrita. Oiga y a propósito, ¿cómo le hizo con los que le querían quitar la casa?

—Se arregló, comadre. Bendito Dios, se arregló. Yo tenía mi guardadito de la venta de empanadas y de pasteles, y ya ve que últimamente me fue mejor con lo de la salsa casera pero como Gaspar huyó, estos hombres no volvieron a molestarnos.

—Ahora que lo menciona comadre, el patrón del restaurante donde trabajo me pidió que le llevara veinte frascos.

Increíblemente apenas desapareció mi marido y todo el mundo se acercó a ayudarnos. Cómo se acomoda la

vida, de algo me sirvió el encierro. Viendo la tele aprendí a hornear pasteles y empanadas. Es buen negocio. Gaspar ni cuenta se daba, se la pasaba todo el día dormido. Anselmo, me ayudaba con la cernidera y a engrasar los moldes. Cuando su padre lo vio con el mandil, empezó a llamarlo joto. Él no se confundió y siguió ayudándome. Con los centavitos que me sobraban lo mandé con el “ticher” de aquí a la vuelta y aprendió a hablar inglés. Gaspar me golpeó por desperdiciar el dinero, pero no cedí y hoy en la maquiladora le pagan bien y hasta lo tienen becado.

—Ay, Gaspar, pudimos ser tan felices los tres. Tú me amabas, aunque no quieras dar tu brazo a torcer aceptándolo, si no, ¿por qué la primera vez que nos peleamos me trajiste serenata? Eras bien detallista. Sabías cómo ganarme y qué mejor que con una canción de las que interpretaba Daniel Santos:

“Por alto esté el cielo en el mundo, por hondo que sea el mar profundo. No habrá una barrera en el mundo que mi amor profundo no rompa por ti”.

—Cuando te escuché cantar me dio una risa. Después imaginé que Daniel me cantaba y llegué a la conclusión de que él, ¡sí, Daniel Santos!, era el culpable de que yo guardara este amor en un lugar en donde la simpleza de la cotidianidad no lo pudiera desgastar. Te extraño tanto, desde esa noche, tu presencia se agigantó en tu ausencia. Cada sombra, cada nube, cada paso, cada sonido, cada olor y cada instante me hacen recordarte. Estos días grises, me deprimen más y a pesar de que me conviene este frío, añoro al sol y su calor con la misma intensidad

que me duele no tenerte más. Mis sentimientos me hacían perdonarte y procuraba olvidar tus verdades de borracho.

—¿Cómo no te iba a cantar? ¿Cómo pues, te iba a convencer que me dieras la firma pa' poder vender el rancho?

—¡Cállate, Gaspar! ¡Cállate, por favor! ¿Por qué hasta los buenos recuerdos me quieres quitar? ¡Yo te amaba! ¡Yo te amo! Mejor te hubieras callado.

Esa última noche llegaste más bebido que de costumbre y me reclamaste que no te quisiera ayudar. Parecías un niño. Te veías tan desvalido. Me pediste perdón por la mala vida que me habías dado. Me preguntaste si todavía te quería.

—Claro que sí —contesté.

—¿Sí?, ¿entonces por qué me jodes? Que te cuesta convencer al jotito de tu hijo para que me ceda los derechos de la casa.

Entonces sí me ganó el coraje y grité:

—Con mi hijo no te metas desgraciado. Él es lo único bueno que me queda de ti.

Y corrió a la cocina y regresó armada con la mano del metate y empezó a golpear y a golpear la cabeza de Gaspar, quien en su borrachera no atinó a defenderse. Después lo arrastró hasta el patio y con trabajos lo escondió abajo del lavadero. Los días siguientes se concentró en el jardín y aunque Anselmo le aconsejó que esperara hasta la primavera, ella, terca insistió:

—Mañana, antes de que te despiertes me voy a "*jom-dipol*" a comprar matitas.

Su patio colinda con un baldío así que nadie vio como fue excavando para primero poner a Gaspar como abono, luego cal y después todas las plantas.

Con los meses al perro de la vecina se le quitó la tentación por escarbar en el jardín. Los crisantemos florecieron y Anselmo se va al trabajo tranquilo porque aunque Paulina sigue llorando, la escucha cantar mientras riega las plantas:

—*“Cuando me asalta el recuerdo de ti. Siento en mi alma mortal soledad. Y aunque quiera sonreír, siempre acabo por llorar”.*

Prudencia Amaro

Había llegado a esa edad en que mirarse a un espejo era un desencanto. Sonrió, se alisó el cabello con la mano. Descubrió, ¡más canas! Titubeó entre arrancarlas o insistir en pintarlas. Optó por olvidarlas y se dirigió a regar su jardín. El canario trino alegremente al verla pasar y ella le pidió prestadas las alas para volar por los recuerdos de ese ayer, en el que se portó como una loca y por primera vez no hizo honor a su nombre.

¿Cuándo lo conoció? Debió ser en el transcurso de la contratación. No lo recuerda, quizás su presencia se perdió entre tantos otros que llenaban solicitud de empleo. Es curioso —piensa—, cómo alguien que va a trascender en nuestra vida llega así en silencio y paso a paso logra penetrar hasta diluirse dentro de uno. Pero por más que busca en su memoria no puede recuperar esa imagen. ¿Cómo vestiría? Quisiera haber tomado una foto de ese instante, pero quizás el momento no fue tan significativo como para provocarla. Esta tarde, es como aquella en que él se fue y los recuerdos se aglutinan en su mente y salta de uno a otro, aunque no logra acomodarlos en una secuencia concordante con las fechas. Ni

siquiera puede culpar a la primavera. Sucedió en el mes de junio cuando el calor comienza a ser más asfixiante y a medida que la temperatura sube, crece el sentimiento sin que se percaten ni Prudencia ni él.

¿Qué la hizo ceder? Tiene un buen marido que nunca le falla con el gasto y que como todo hombre que se precie de ser hogareño, pasa el domingo tumbado en la cama viendo el fútbol a mediodía, “Acción” en la tarde y remata su día de descanso entre los tiroteos de una película de guerra. Dos hijos de los que se percató que habían crecido, porque los clásicos acetatos que giraban reproduciendo la voces de “Timbiriche”, fueron substituidos por los CD’s de “Kabah”, “Caifanes” y “Fobia”.

Prudencia disfruta el domingo a su manera. Cocinando y tratando de darle gusto a todos, arregla la ropa para la semana siguiente, riega sus plantas y limpia la jaula, antes llena de canarios y en la que hoy, sólo queda uno, al que ella llena de mimos.

Prudencia se esfuerza por integrarse con sus hijos y con el marido aunque ellos no la escuchen por su música, y él, no despegue la vista del televisor ni para agradecer lo bocadillos que le prepara.

¿Y... con él? ¿Cómo pasó? ¿Cuándo empezó a acompañarla a comer?, quién sabe. Fueron meses en los que la amistad se estrechó, hasta que, en una reunión en donde las velas, el vino tinto y la voz acariciante de Carlos Cuevas, la hicieron olvidar los domingos de fútbol y rock and roll. Los brazos de él la convencen de que el destino existe y los ha llevado a conocerse.

A la primera cita, Prudencia Amaro pudo escaparse de su casa hasta las ocho de la noche. Vestida de negro se confunde con las sombras de noviembre. Temblando llega donde Gilberto, quien la espera ansioso y con medio litro de “Presidente” entre pecho y espalda. El licor lo hace hablar arrastrando las palabras.

—¡Peeensé que no vendrías! ¡Teengo cuatro horas esperándote!

—Ya estoy aquí.

A esa primera cita siguieron otras y Prudencia Amaro y Gilberto Aranda se entregaron sin temor al desaire, y todo, desde el olor de ese cuarto de hotel, hasta la rosa dibujada en los pequeños jaboncitos los hacía estremecerse. Inconscientes disfrutaban del momento sin planear mañanas. Nada los satisfacía, sus encuentros eran como una enciclopedia sorprendente y enriquecedora. Hasta que Gilberto exteriorizó los celos por los fines de semana que ella compartía con la familia y Prudencia por las muchachitas que revoloteaban alrededor de él. Fue ella la que no pudo resistir la inseguridad y decidió terminar.

Los meses que siguieron fueron difíciles. Prudencia Amaro, aparentaba ser feliz. Gilberto Aranda involucrado en amoríos.

Un viernes por la tarde, él se le acerca:

—Vente conmigo a Guanajuato. No dudes. ¡Te amo!

—¿Cuándo te vas?

—El domingo a las cinco de la tarde. ¡Piénsalo! Te espero en la plaza, frente a la iglesia.

Prudencia no responde. Regresa a su casa, inquieta. Esa noche los ronquidos de su esposo no logran acallar

la voz de Gilberto Aranda y vuelve a escucharlo una y otra vez:

—Te espero en la plaza. Te espero en la plaza.

El domingo amanece espléndido. Antes de empezar su rutina doméstica sale y se sienta en la terraza. El aire fresco de noviembre la remonta a la primera cita, la añora con la misma necesidad que a la piel de ese hombre untándose en la suya. Esta es su realidad; su familia, sus plantas y el mismo canario solitario saltando en el reducido espacio de su jaula. Prudencia Amaro, llora. Su hijo mayor se acerca y le pregunta:

—¿Qué tienes, má?

—Tonterías. Me entristece ver al canario enjaulado.

—Fácil, má. Déjalo salir —y el muchacho se acerca a la jaula con la intención de abrirla.

—¡No! —grita Prudencia—, está acostumbrado a nosotros. No sabría qué hacer con su libertad.

Se limpia las lágrimas y entra a la casa. El perro Bermúdez vuelve a informar los resultados del encuentro entre el América y el Cruz Azul. Su hijo menor escucha a “Café Tacuba”. Timbra el teléfono. Lo contesta. A través de los ruidos reconoce su voz.

—Te estoy esperando.

—No puedo.

—Entonces... adiós.

—Prudencia Amaro se queda con el auricular pegado al oído, deseando que el bip, bip, bip, bip, prolongue el adiós de Gilberto Aranda.

—¿Quién es, má?

—Nadie —contesta Prudencia Amaro—. Número equivocado.

El abuelo

El viejo Luis era dueño de una sonrisa franca que iluminaba su rostro y hacía que le salieran chispitas de sus ojos azules. Era conocido como “El abuelo”. Los pequeños gastaban sus horas al lado del viejecito quien era un cuenta-cuentos natural. De sus labios siempre brotaban las historias apropiadas. Cuando se acercaba la fecha de día de muertos les contaba historias de terror que les ponía los pelos de punta a los muchachitos. Nadie recuerda cuándo llegó. Los años lo convirtieron en una extensión de la vetusta casa que habita. ¿De dónde provenía su dinero?, lo ignoraban. Él, gustoso lo compartía. Jamás negaba un préstamo, ni a los niños las golosinas. Estos se disputaban el ser el consentido, porque les iba bien. Les regalaba ropa y juguetes, les daba dinero y ayudaba a los padres con los gastos del niño en la escuela. Un día, el abuelo no salió. Al siguiente, tampoco. Los vecinos empezaron a preocuparse. Llamaron a las autoridades que acudieron veinticuatro horas después. Tumbaron la puerta y al entrar se horrorizaron al encontrar al abuelo tirado en el piso, con el rostro desfigurado por los golpes y sobre el cuerpo ensangrentado y desnudo, las fotos pornográficas de sus nietos consentidos.

Polvo

A través de la ventana observo el árido paisaje. El viento sopla amenazando arrancar de raíz el árbol flaco y deshojado que solitario, en medio del terreno, sobresale entre el zacatal seco.

El fino polvo que se levanta en oleadas, imprudente entra por el ventanal abierto para aminorar un poco el infernal calor, y aunque el otoño ya inició, el verano terco se resiste a irse a calentar otras tierras.

—¡Cómo he odiado este polvo bronco! Él lo sabe. Me acosa. Se escurre por debajo de las puertas. Por las ventanas y por el grifo del agua. Su impertinencia es tal que ha llegado a cubrir mi cuerpo. Yo lo sacudo. Lo barro. Mojo el piso para atraparlo.

—Hoy amanecí tan cansada. Sin ánimos de seguir luchando. El polvo lo sabe. Lo siento suave y fino recorrer mi cuerpo. Poco a poco seduce mi piel. Empieza a gustarme. Está dentro de mí. Una extraña emoción me abraza, lloro y a cada lágrima me convierto en piedra.

Ave nocturna

Legó buscando un sitio donde anidar y lo encontró. Confundiéndose entre las sombras, salta al pretil del tinaco y llena de plumas su abandono. Más que volar, flota. Con sus alas blancas de plumaje suave y blando se remonta gracilmente hacia el mezquite para después planear y confundirse con la lila. Cuando los ruidos se apagan, los extraños silbidos causan sobresalto a quienes las creen compañeras de las brujas y aves de mal agüero.

—Pobre lechuza, tan hermosa, incomprendida, con tan mala reputación y es inofensiva —piensa Laura, mientras termina su maquillaje.

El claxon del taxi que llega por ella la hace apresurarse. Da un último vistazo al espejo. Silbando va hacia el patio. En un hombro cuelga su bolso; en el otro, la toalla húmeda. Al abrir la puerta la ve. El pecho crema pálido y el rostro blanco de aspecto fantasmal la hacen detenerse. Sus miradas se cruzan. El claxon suena rompiendo el hechizo. La lechuza lanza un silbido y se pierde en las nubes. Muy a su pesar Laura se estremece. Tiende la toalla, después atraviesa deprisa el corredor. Sube al carro saludando al taxista, quien murmura algo

entre dientes. Laura acepta el gruñido como saludo y se cubre con silencio.

Está inconforme con su suerte. Su juventud, cual agua se le escurre por la piel dejándole sólo el recuerdo. Claro, no es una vieja, pero... si pudiera ser como ella, señora de la noche, libre, con la edad escondida en las plumas. “Cómo la envidio”.

—¿A la esquina de siempre, mi Lauris?

Ella asiente con un movimiento de cabeza. El calor la asfixia. Abre la ventanilla que lenta y quejumbrosa baja dejando entrar el aire tibio de agosto.

El coche se detiene. Laura paga, y decidida, sale a enfrentar su noche.

A media mañana despierta. Desconoce el lugar. Asustada se incorpora. Jamás le había pasado dormir tan tarde. Él ya no está. Lo recuerda; todo un caballero, atento y tierno. Se imaginó amada. Salta de la cama, se viste y después de coger su paga, sale.

Al llegar a casa voltea hacia el tinaco y los ve subiéndolos sigilosos. No comprende qué hacen, hasta que jaldan el extremo de la cuerda. Arrancan así a la lechuza de su reino para introducirla en otro de cegadora brillantez. Los pájaros, volando en derredor, parecen burlarse de la que aletea desesperada. Otro chico se acerca. Hábilmente inmoviliza sus alas y de violento tirón la deja caer. Laura se lleva las manos a la boca para ahogar un grito. Un sentimiento de culpabilidad la invade. Entra a la casa pero no puede apartar de su mente a la lechuza. Finalmente se acuesta y un sueño plagado de silbidos y plumas la envuelve. Extiende sus brazos. Vuela libre, sin edad, sin piel, sin paredes. Sólo viento y nubes.

Unos fuertes toquidos se escuchan en la puerta. Ella no contesta. La sensación de libertad fue tan real, todavía siente al viento acariciar sus plumas.

“Me estoy volviendo loca. ¿Yo, una lechuza?”

—Lauris, Lauris, ¿estás allí?

No responde. Asombrada, mira cómo su piel empieza a cubrirse de blancas y suaves plumas.

Esperando un día de luna eterna

Por enésima vez Lorena abrió los ojos. Dio varias vueltas en la cama buscando una posición más cómoda. Finalmente se decidió a prender la lámpara. El reloj marcaba las cuatro de la mañana. Él, sin llegar. Se levantó, fue a la ventana. Miró al cielo, estrellas cintilantes, luna llena, la noche y su silencio. Desdeñosamente frunció la boca. Todo eso le importaba un cuerno. Sólo anhelaba verlo aparecer. Los ojos le ardían. Regresó a la cama. El cansancio la venció y se quedó dormida.

Riiiiiiing... riiiiing... riiiiing... El reloj impertinente penetró en sus oídos. Se enderezó con desgano. De un manotazo lo hizo callar. Encendió un cigarrillo y fumó con deleite. Por su mente cruzó la idea de faltar al trabajo. ¡Cuánto tiempo desde su primera entrevista!... Veinte años.

Recordó a Miguel. Se enamoró. Desde el primer momento y para siempre quedó atrapada en sus felinos ojos verdes que la incitaron a ardientes fantasías y humedecieron sus solitarias noches. Devotamente le perteneció, hasta que apareció él. Sacudió la cabeza como ahuyentando sus pensamientos. Con rabia aplastó el cigarrillo

en el cenicero. Resignada a empezar con su diaria rutina, se dirigió al baño.

La jornada transcurrió entre papeles, telefonemas y pacientes quejándose de sus dolencias. Miguel se retiró temprano para atender el llamado de una parturienta. El consultorio quedó solo. Lorena se sintió reducida a voz.

—No, el doctor no consultará esta tarde.

—Confirmada su cita para mañana a las catorce horas.

—Consultorio del doctor Miguel Conde.

Estaba agotada. Más que físicamente era algo anímico. Con desgano caminó las pocas cuadras que la separaban de su casa. Giró la llave, casi segura que únicamente la aguardaba la soledad.

La casa, heredada de sus padres, era confortable, aunque demasiado grande. Jamás pensó en venderla. Era parte de sí misma, o ¿era ella parte de la casa? Observó las gruesas paredes de concreto, las vigas de madera que atravesaban el techo. Se imaginó convertida en pared, de espaldas al sol, con puerta y ventanas cerradas, esperando un día de luna eterna.

Recorriendo la casa llegó a la cocina; el plato de leche intacto; la ventana entreabierta en discreta invitación. Él no regresó. Recordó aquellas tardes cuando lo compartieron todo, hasta la alcoba. Un año juntos, disfrutándolo, acariciando su sedoso pelo negro, mientras él seductoramente la contemplaba con sus ojos verdes, que le hacían recordar aquellos otros.

Le gustaba verlo caminar despacio y silenciosamente. ¡Cuántas madrugadas la despertó, pegando dulcemente su cuerpo a ella, buscando y ofreciendo calor...!

Un ruido en el patio la sobresaltó.

—¡Quizás sea él! —dijo en voz alta y rápidamente abrió la puerta. Vio que se alejaba.

—¡Silver... Silver! —llamó. Él maulló.

Sus verdes ojos resplandecían salvajemente. Se veía descuidado. Su pecho no lucía tan blanco como antes. Estaba lastimado. En una oreja y en el cuello tenía sangre, señal inequívoca de que había participado en una riña. Lo desconoció. Sin embargo, volvió a llamarlo.

—¡Silver, Silver; ven, chiquito!

Él se detuvo a mitad del patio.

Lorena, en el quicio de la puerta, permanecía expectante.

El reclamo amoroso de una gata en celo escuchó.

Él se volvió hacia la barda.

Lorena insistió llamándolo dulcemente.

—Silver, pequeño mío, ven.

Él titubeaba.

La voz de Lorena; leche tibia, cama suave, piel, manos, puertas y luna encristalada.

El maullido de la gata; brincar tejados, hurgar entre los botes de basura, disfrutar el sobresalto de ganarle la carrera a un perro, saltar tratando de alcanzar la luna, uñas, dientes y aventuras.

El reclamo de la gata se hizo urgente. La voz de Lorena más dulce. Silver se decidió. Ágilmente alcanzó la barda. Enarcó el elástico cuerpo y miró a Lorena en el instante último, antes de huir a reencontrarse con su noche.

Lucita

Esta es la cuarta vez que me encierro a piedra y lodo. Por la mañana me despedí de todos los vecinos. También del padre Manuel. Nadie sospecha nada. ¡Qué bueno que me inventé esos parientes! Si no, pos pa' donde jalaba. Las otras veces tuve que regresar, pero... ¡Qué caray! Espero que esta vez, sea la buena. Es rete duro que uno desconozca la hora de su muerte porque no hay como morirse a tiempo. Así, solitos, sin tener que darle guerra a nadie y sin que nos contemplen atiriciados y respirando despacito, despacito y que se impacienten porque nos tardamos para inhalar la última bocanada de aire.

—¡Ay, diosito! Este dolor cada vez es más fuerte pero, prefiero aguantármelo antes de dejar que ese malhadado doctorcito me meta cuchillo. No que, pos que iba a dejar que me anduviera tentaleando...

—Desvístase y póngase esta bata que la voy a examinar.

Cómo no —pensé yo—, que se desvista su abuela y sin más lo dejé con un palmo de narices. Muy oronda abandoné el consultorio. Pos éste. A mí nadie me toca.

Ya después... si quiere que me destaque para que sepa de qué morí, pero así en mis cinco sentidos ni loca.

Siempre fui muy rejega, si hasta parece que me veo con mi pelo largo, negro, ondulado y recién lavado. Ese sí era cabello, no las tres mechas esmirriadas y descoloridas como pelo de gato callejero que me cargo ahora. Mi cintura chiquita, chiquita y unas caderotas de potranca fina. Caminaba yo con garbo, sintiéndome la reina Xóchitl e ignorando los requiebros de los lugareños. Recuerdo que más de algún muchacho le echó bravas a los fuereños para impedir que se me acercaran. Y les funcionó. Nadie se me acercó. Los del pueblo porque no se atrevieron, y los de fuera por que no los dejaron. Y me olvidaron. Se comprometieron y no volvieron a mirarme a menos que quisieran ganarse un pellizco de sus esposas o novias. Y yo allí me quedé con mi pelo ondulado, mi cintura chiquita y mis caderotas... pero sola. Y al no haber más, me entregué por completo a dios y a la obra piadosa. Nadamás clareaba y allá iba yo a misa de seis y por la tarde al rosario. Por esos años estaba a cargo de la parroquia el padre Juan. Yo me convertí en su brazo derecho, le llevaba de comer, le limpiaba, le lavaba la ropa y daba catecismo los sábados por la tarde. Los domingos, después de comulgar, caminaba despacito con la cabeza gacha como si me doliera cargar sobre mis hombros el peso de mi virtud... forzada.

Fue por ese tiempo en que, como que entreví una esperanza. Estaba yo terminando de sacudir a San Antonio y entre trapazo y trapazo le reprochaba que nunca hubiera escuchado mi súplica de enviarme a un buen

hombre, cuando entra a la iglesia un muchacho y me apremia a que le diga en dónde se encuentra el padrecito.

—No, pos orita no se le puede molestar. Está tomando su siesta.

—Señorita. ¡Por favor!, avísele que aquí esta Zacarías de Rancho Viejo y que mi mamacita se está muriendo.

De más está decir que, desde luego, acompañé al padre Juan. Llegamos dos horas después, todos traqueteados y más empolvados que una semita de anís pero a tiempo, gracias a la vieja camioneta que tosía peor que la cristiana que se estaba muriendo por una pulmonía cuata, que afortunadamente no fue galopante sino, no hubiéramos alcanzado a llegar para ayudarla a buen morir. El padrecito enseguida se salió. Yo me acomedí, junto con otras dos mujeres, a vestirla y amortajarla. En eso estábamos cuando llegó el doctor con el viudo, aunque él todavía no sabía que lo era. Justino, que así se llamaba el susodicho, era un hombre alto, de ojos borrados, grandes y pestañudos. De buen ver como dicen ahora. Sin desearlo me sonrojé al recordar cómo había maltratado a San Antonio, aunque enseguida me arrepentí por mis malos pensamientos porque todavía no se enfriaba la difuntita y yo ya estaba pensando en... consolar al viudo. Prudentemente salí al patio en donde ya empezaban a hervir los peroles para cocer el borrego, que afanosas cortaban y aderezaban varias mujeres, para tenerlo listo a la hora que llegaran los amigos y familiares al velorio. El padre Juan consolaba a los deudos y yo, parada por aquí, sentada más allá, poco a poco conocí la vida de la mujer tilica y pálida, como pan de cera, que yacía en la cama.

—Que si de joven era muy guapa pero Justino se la acabó de tanta cornada.

—No, pero que también ella era caranchita y tuvo sus querer con...

—¡No!

—¡Así como lo oye, comadrita!

—Que nunca faltaba a sus deberes cristianos.

—Fue una buena madre.

—Que ella era la del dinero. Por eso Justino la aguantaba.

—Se adoraban. Era una esposa ejemplar.

¡Pobre mujer!, me dije, y me entró una tristeza tan grande que no cupo más dentro de mí y empezó a escurrirme por los ojos. Nadie sabía quién era yo, pero todos me consolaban y decían acompañarme en mi dolor. Ni supe a que hora se fue el padrecito. Yo, allí me quedé llorando y rezando por el descanso de esa alma que tanto había padecido en este mundo.

Entre el viudo Justino y yo no cuajó nada. Él ya tenía su compromiso con una chamaquita de quince años y pos ni modo de competir, aunque nos hicimos amigos y después nos hicimos compadres porque le llevé a bendecir a un San Martín Caballero. Pero como la esperanza es la que muere al último, yo no quitaba el dedo del renglón. Cuando el pueblo se modernizó, diariamente compraba el periódico para revisar las esquelas y si había muertita, inmediatamente la leía para ver si había dejado viudo y de cuántos años, calculándole la edad, guiándome por la de la difuntita. Y así fue como me dediqué a ayudar a bien morir a todas las cristianas y cristianos, sin distinción, para que no se sospechara mi interés por los viudos. Me

gané el respeto de toda la gente, me enorgullecía, cómo me admiraban y alababan mi virtud.

—Usted si es de fiar. No como la Adela, que después de muerta nos vinimos a pecatar q'era una cusca.

—¿Cómo está eso, alguien se los dijo?

—Ni falta q'ace. Uno solito se da cuenta.

—¿Cómo? —pregunté extrañada.

—Si será usted inocente. Que no ve que las señoritas pa'luego, alueguito s'hinchan por lo mismo que no tienen por donde desalojar las ventosidades del cuerpo.

En esos quehaceres andaba cuando conocí a Santiago, chaparrito, moreno, trompudo y para colmo de males casado. En fin que no valía ni un tepalcate, pero tenía una labia y una voz de macho, así como la de David Reynoso. Cuando me miraba me ganaban los calores y no sé por qué artes pero yo, me sentía toda desarropada, hagan de cuenta que así como dios me trajo al mundo pero, en vez de alejarme, más me le acercaba.

—Buenas tardes, Lucita. Pasaba por aquí.

—Pásele. Gusta agüita de limón o quiere un cafecito.

—Y entre el cafecito y la agüita fresca creo que también nos comimos la torta. Aunque no estoy segura, yo estaba como ida, como en un mundo en donde no existe el tiempo, ni la luz, ni el sonido. Sólo un quemor como de lava ardiente inundó mis entrañas e hizo hervir todo mi cuerpo, hasta nublar mi entendimiento haciéndome creer que todo lo soñaba. Cuando abrí los ojos ya era tarde. Le supliqué a Santiago que se fuera, que olvidara el camino a mi casa, pero por sobre todas las cosas que jamás hablara de lo que había ocurrido aquella tarde.

Nunca volví a saber de él. Su recuerdo va y viene de vez en cuando como en esta noche, en la que yo me acuerdo de él mientras espero que dios se acuerde de mí y ruego para que los que me conocen me olviden.

El dolor regresa, las tripas se le hacen bolas. Le falta el aire pero haciendo un esfuerzo vuelve a insistir:

—¡Diosito! Si me muero a causa de estos torzones, ¡no me abandones! Haz que no me encuentren luego, luego, porque... ¡Qué tal si no me hincho!

La duda

La cremosidad del helado se disolvía en su boca. Laura lo saboreaba lentamente concentrándose en la dulzura de los granos de elote. Intentaba evadirse, no pensar en el temido encuentro y menos aún en el pasado, pero todo; la diligencia de la mesera, el chisporrotear del agua sobre los trastes, el sonido de las bocinas de los autos y el olor peculiar del puerto, se empeñaban en regresarla hasta esa mañana tan definitiva en su vida.

Había amanecido fresco para ser junio. En su ánimo una tranquilidad quebradiza que la hizo desear no haber despertado, aún así, igual que otros días, maquilló de alegría su rostro y se levantó. Escogió la ropa y el calzado para su marido y bajó a preparar el desayuno. Cuando terminaron de desayunar lo acompañó hasta la puerta pidiéndole cariñosamente:

—Me avisas si vienes a comer.

—Claro, mi amor, ¡cuídate! Cualquier cambio te llamo.

Timbra el teléfono. El semblante de Laura cambia. Se apresura a tomar el auricular mientras piensa: ¡No falla! ¿Desde dónde me observará? Hoy adelantó su

llamada. No debo permitirle que siga manipulando mi vida. ¿Por qué le temo?

—¡Bueno! ¿Qué quieres? ¿Hablar con él? Ahora te lo paso. ¡Fernando!, te hablan por teléfono.

—¿Por qué gritas? ¿Qué pasa? ¿Quién es?

—¡Contesta!, tú sabes quién es.

Fernando toma el teléfono.

—¡Bueno! —voltea a ver a Laura quien lo mira iracunda.

—No es nadie.

Laura le arranca el auricular de la mano e increpa:

—¡Por qué te quedas callada! ¿Querías hablar con él? ¡Contéstale!

El bip bip bip, la hace reaccionar y furiosa cuelga el aparato. ¡Era ella!, su voz es inconfundible. Me llama mañana, tarde y noche. Sabe qué comimos. Con ella te quejas de las agruras por lo condimentado de mis guisos, mientras que aquí aparentas que todo estuvo delicioso.

—No grites, vas a despertar al niño. Estás enojada y lo comprendo. Sé que no estoy mucho en casa pero es por mi trabajo. Esta posición de relaciones públicas es muy demandante y nunca sabes por dónde va a brincar la liebre.

—Y a ti te saltan muy seguido, pero no las liebres, sino las mujeres.

—¿Estás celosa? Sabes que lo que más aborrezco son las mujeres celosas. Trabajo hasta el cansancio. Merezco estar tranquilo en mi casa, contigo y con mi hijo.

— ¡Acepta que andas con otra!

— ¡No ando con nadie!

—¡Mientes!, ella sabe hasta cuál perfume uso y tú le dices que no lo soportas.

Fernando se alisa el cabello y sonrío tratando de calmarse mientras contesta:

—Yo mismo te lo regalé.

—¡Lárgate! ¡Vete de la casa! ¡Sal de mi vida!

—Si salgo por esa puerta, ¡jamás regreso!

—¡Vete! ¡No quiero verte! Te odio.

—¡Cálmate! ¡No llores! Tenía que ser hoy que tengo una junta muy importante en una hora. No hagas que me arrepienta de todo lo que hice por ti. ¡Escúchame por favor! Por ti no me importó enfrentar al mundo. Menos aún poner en riesgo mi posición en el trabajo. Perdí a mi hijo, a algunos de los que se decían mis amigos y mi madre todavía no me perdona mi calentura. Me corrió diciéndome: “ella te descosió, ella que te remiende. Aquí no vuelves a poner un pie hasta que regreses con tu legítima esposa”. No regresé. Te preferí a ti, Laura.

—¡No me culpes! No digas que por mí. Yo tenía diecisiete años cuando te conocí. Te amé desde el primer día y desde entonces he vivido sólo para quererte y complacerte diciendo a todo que sí.

—¿Por qué te quejas ahora? Tú aceptaste mi situación de hombre casado. No niego que te quise con culpa al principio. Con cinismo, después.

—¿Cinismo? Comodidad diría yo, porque jamás exigí por miedo a que me abandonaras como lo hiciste con tu ex.

—¡Por Dios, Laura!, no soy un desalmado. ¡Soy feliz a tu lado!

—Y diste por hecho que yo lo soy cuando jamás te percataste que por ti, he comido aunque no tuviera ham-

bre. Bebido aunque no tuviera sed. He celebrado que gane la selección mexicana de fútbol aunque me parezca estúpido que corran detrás de una pelotita. Muchas veces fingí mis orgasmos para levantar tu ego.

Fernando intenta decir algo. La mira intensamente y sale.

—¿Se le ofrece algo más? —la voz de la mesera la regresa al presente. Niega con una sonrisa mientras su vista se pierde en la blancura de esas canas. La recuerda joven cuando los atendía a ella y a su hijo. Era allí en la nevería donde terminaban esos largos paseos por el centro. ¡Éramos felices! Debí haberme callado. ¡No! ¡No era digno! No sabía qué iba a pasar ¡Tenía miedo! A los seis meses de nuestra separación, empecé a trabajar. No quise vivir de una pensión igual que su ex. No quería ser igual que ella. Los chismes aumentaron. Hasta mi familia me dio la espalda. Yo me reía de lo que se decía. Lo peor ya había pasado. Eso creí, cuando en realidad he vivido con la duda. ¿Me habrá engañado? Por no haberme atrevido a enfrentar a esa gente les permití que siguieran tijereteando mi relación. Tan sencillo que hubiera sido ponerlos en su lugar y hablar con Fernando. Quizá no le hubiera perdonado la traición. ¿Y si no era cierto? ¿Hubiera perdonado él la desconfianza? ¿Qué habría pasado?

Esa tarde cuando llegó Yolanda, no debí escucharla pero las amigas siempre saben cómo hacer que una muerda el anzuelo. Me dijo que ya sabía con quién andaba Fernando. Un cóctel de celos, odio, amor y desilusión emborrachó mi alma y lloré por Fernando y por su traición, pero no reclamé. La revelación me había sumido en la depresión. Mostraba una cara al mundo. A solas me

desmoronaba. Empecé a abusar de los tranquilizantes. Sólo quería dormir y no despertar. Un día casi lo logro. Debí haber aclarado todo con Fernando. ¡Cuántos rumbos cambiaron por mi obstinación! Quizá todo se hubiera arreglado. No nos dimos la oportunidad de hablar. ¿Nos habríamos reconciliado?, hasta la fecha no lo sé. En ese tiempo andaba y desandaba mi desorden sentimental sin saber cómo ordenarlo. ¡Jamás lo busqué!, tenía miedo a su rechazo. Pudo más el orgullo y he pasado la vida amándolo sin tenerlo. ¿Por qué no lo llamé? ¿Qué me habría contestado? Si hubiera logrado mantener a todos al margen del conflicto, le habría dicho a Fernando que si platicábamos nuestros problemas los dividiríamos en dos y que aunque le había perdido la fe, lo seguía amando. Por tonta no se lo dije. Si le hubiera reclamado lo que me contó Yolanda, habría sabido la verdad y quizá estuviéramos juntos. ¡Maldito teléfono! Repiquetear que se añora en las esperas, endulza las ausencias pero que envenena y acrecenta nuestras dudas. ¡Cómo lo odié! Todavía no existía el identificador de llamadas así que había que contestarlas todas. ¿Por qué no lo di de baja? Hubiera sido tan fácil desconectarme de esas voces. Cómo he llorado su ausencia, primero con fuerza y después despacito. Me dio temor que tanta sal me espantara los recuerdos. Los primeros no eran malos, al contrario, pero por andarme creyendo de todos, no confié en nosotros.

—¿Se le ofrece algo más, señora?

—Estoy bien, gracias.

Llevaba media vida sin regresar al puerto. Lo hice en dos ocasiones para enterrar a mis muertos. El centro de la ciudad sigue igual. Las mismas tiendas. En la

nevería continúa sirviendo la mesera delgadita que me atendía desde niña. Sólo el sabor de la nieve de elote no es tan dulce. Quizá es por el momento y esta inquietante espera. Recuerdo que después de mi separación me entregué por completo a la oración. San Judas Tadeo no atendió mis súplicas de regresármelo. La esperanza de verlo aparecer dormía conmigo. Amanecer sola aumentaba mi tristeza. Renegué de mi fe. Me refugié en las películas tristes para llorar a mis anchas. Yolanda me regaló un disco de Lupita D'Alessio y se me acomodó más la llorada. Oírla era tan doloroso como un suicidio. Moría varias veces al día hasta que pensé en mi hijo. Durante todos estos meses no había tomado en cuenta sus sentimientos. Me sentí culpable. Había pasado a la etapa de la devaluación por el abandono. Planeé vengarme de Fernando y al mismo tiempo recobrar la confianza en mí. Recordé la admiración en los ojos de Federico, el secretario de mi marido y le marqué para invitarlo a la casa a cenar para platicar. Fue lo que hicimos. Esa noche comprendí que el círculo en el que estaba metida se estrechaba cada vez más amenazando con ahorcar mi vida y preferí huir. Viajar lejos. Sin avisar, con mi hijo y dos maletas. Cuando cerré la puerta de la casa juré que jamás volvería. Preferí alejarme, obstinada como estaba en olvidar, temí despertar un día sin recordarme pero salí tan deprisa y distraída que no abandoné mis tercos sentimientos y sigo cargándolos.

—Señorita, le encargo otra coca.

Ayer llamé a Federico. Es dueño de uno de los mejores restaurantes del puerto. Me dio gusto que se haya superado. Se lo merece. Es muy trabajador. Por la tarde

fuimos a saludarlo y a recoger unos álbumes de fotografías nuestras que había conservado. Por la noche, contemplé toda mi historia plasmada en esos trozos de papel y aunque he aceptado la parálisis en la que vivía, reconozco que me veía feliz en ese otro tiempo. Lástima que no pude quedarme cautiva en ese papel que me provocaba toda clase de emociones. Al ver las fotos algo se me movió en el ombligo y respiré el mismo aire y anhelé volver a subirme en esa montaña rusa para soñar con alcanzar la luna y ser capaz de saltar de nube en nube.

—Aquí está su coca, ¿algo más?

—Años después de que se tomaron estas fotos, intenté amar. Enterré a Fernando para que su recuerdo no echara a perder mi presente y fingí ser feliz con un nuevo amor sin escuchar esa voz que me advertía que podría ser desfalcada. Pronto la actitud del nuevo me hizo olvidar el deseo de desearlo e inconscientemente volví a desear a Fernando, pero aún así, no lo busqué. ¿Qué tal si era cierto lo del engaño? En ese tiempo, mi vanidad no hubiera podido soportar su mirada tratando de reconocermé. Además, que los años de oraciones, razones y sinrazones me ayudaron a aceptar la lógica. Yo desaparecí. Él me olvidó.

—¡Qué bueno que le gusta nuestra nieve, señora!

Lo que más me gustaría preguntarle es, ¿qué hiciste con los recuerdos? Quizá yo haya olvidado tu traición pero la amnesia jamás, que no me buscaras, que no preguntaras por mí, que no te preguntaras, ¿podrá ella vivir sin mí?

La llegada de Fernando y el hijo de ambos la regresan a su realidad. Laura se pone de pie. Fernando se aproxima y la abraza.

—¿Cómo estás?

—¡Excelente! El que se nos casa es nuestro hijo y espero que pronto me haga abuela.

—Yo ya soy bisabuelo.

—¡Katia, ya es abuela! Increíble que pasara tanto tiempo. Parece que fue hace poco que se casó con tu hijo.

—¡Que buena memoria tienes!, jamás olvidas nombres ni fechas.

—Ayer estuve en la iglesia del padre Hernández y me sorprendió que hubiera muerto.

—¿Por qué fueron a buscar al padre Hernández?

—Necesito mi fe de bautismo y de confirmación. Todo eso lo dejó mamá en la casa.

—¿Cuándo te casas?

—En seis meses. Pero es mejor tener todos los papeles.

La plática continuó. En media hora se pusieron al tanto de veinticinco años de ausencia. Laura hubiera querido preguntar, pero como siempre las preguntas se quedaban atrapadas en el miedo a las respuestas y como la buena educación se anteponía a los sentimientos, simuló una sonrisa en su rostro y fingió interesarse en la plática que sostenían padre e hijo mientras pensaba:

—¿Cómo hubiera sido nuestra vida?

—¿Por qué no te llamé para aclarar todo? Quizá no habría escuchado tu versión. Estaba tan herida. Y si lo hubiéramos arreglado. ¿Dónde estaríamos hoy?

—No lo sé. ¡Ya no lo sé! El amor se gasta con los años y si no me buscaste, ¿por qué tendría que haberlo hecho yo? Y menos a estas alturas. La vida a veces nos lleva por otros caminos. Ya estamos en ellos. Hay que seguir adelante, además, cuando me fui, juré no volver y lo cumplí.

Fernando se despide. Laura fríamente le tiende la mano. Cuando se quedan solos, su hijo le pregunta:

—¿Estás bien, mamá?

—Sí hijo. Ve a recoger los papeles. Ya deben estar listos. Aquí te espero. Voy a ordenar otra nieve de elote.



Semanario

Domingo

Amanecía. Se estiró, le dolían los brazos y un cansancio tal lo hacía desear abandonarse en la cama y volver a dormir.

—¡Chingao, es domingo! ¡Estoy harto de este rancho!

Se levanta. Se dirige a la cocina. Prepara la cafetera. Saca cuatro huevos y los dispone a un lado de la estufa. El aroma del café que empieza a filtrarse inunda la cocina. Regresa a la recámara. Escoge su ropa. Tarda varios minutos decidiéndose qué calzar, ¿tenis o botas? Va al baño. Templá el agua de la regadera la deja correr sobre su cuerpo. Se siente revitalizado. Con el zacate empezó a fregarse hasta que su cuerpo enrojeció. Después de rasurarse sale del baño. Se viste lentamente. Se perfuma y canturreado va a la cocina a terminar de preparar su desayuno.

—Listo, ahora sí, a chingarle.

Sale al patio y ve a los seis hombres desnudos, amarrados y amordazados que lo miran con terror. Instintivamente busca su pistola. No la trae y es que no anda de humor de andar limpie y limpie la sangre, sólo porque le gana la compasión. Trabajosamente arrastra a uno de

los hombres hasta una jaula, en donde dos leones hambrientos esperan su comida.

Alaridos de dolor rasgan la tranquilidad de esa mañana de domingo. Él moviendo la cabeza y con un gesto de disgusto, se queja:

—Chingao es domingo y yo trabaje y trabaje, sin nadie que me ayude o cuando menos que me traiga unos pinches audífonos pa' no oír la chilladera.

Lunes

Sé que mucha gente odia los lunes. Yo considero que no hay como descansar el fin de semana e iniciar otra levantándose temprano, sabiendo cómo vas a gastar tu día. Soy maestra de primaria por vocación. Desde niña supe que terminaría con mis manos reseca y cuarteada por el gis. Mucha gente opina que esta es una tarea muy rutinaria pero cada sexenio cambia, según el método de enseñanza que implemente quien esté en la Dirección de Educación. Yo soy reacia a los cambios. A mí me gusta la disciplina. Ver a los niños sentados, bien peinados, uniformados, puntuales y con sus cuadernos y libros forrados. No hay cosa que me emocione más que enseñar a un niño de primer grado a descubrir el alfabeto. Los compañeros se molestan conmigo porque soy muy matada, pero qué mayor satisfacción que dedicarle mi tiempo a mis alumnos. Estoy consciente de que los tiempos modernos me están rebasando. Aprender computación se me ha hecho difícil. Se me olvida cerrar los marcadores para pintarrón y se me secan. Me gustaba más usar gis. Actualmente el mayor problema son los padres. Hace seis meses habló conmigo el supervisor escolar y me aconsejó:

—Maestra Chelito, ya debería considerar jubilarse.

—Maestro, la escuela es mi vida.

—Ya son demasiadas quejas.

—Es que los niños no quieren trabajar.

—¿Qué podemos hacer? Es decisión de sus padres.

—Ya sé. Me dio tanta vergüenza salir en la televisión.

—Por eso mismo maestra Chelito. Considérelo.

Tomé la decisión e inicié mi papeleo. Estoy en pleno prejubilatorio, muy deprimida y empiezo a odiar los lunes. ¡Extraño mi escuela!

Martes

El Mall estaba abarrotado. Se acerca la Navidad y en todas las tiendas se lee: “Christmas Sale”, “50% Off”, “Pay one take second half”. Entro deslumbrada por el 40% Off en el total de la compra. Entonces la veo. Al principio, no la reconocí dentro de esa redondez, pero su voz me hizo retroceder en el tiempo y ¡sí!, dentro de ese cuerpo obeso se escondía Areli Vázquez.

La conocí cuando yo cursaba el kínder. Ella estaba estudiando comercio. Era una muchacha hermosa, bien formada y con unos rizos rebeldes que le daban un aire de libertad a su apariencia. Nunca cruzamos palabra. Ella era una de las grandes, una señorita como a la que me gustaría parecerme cuando yo creciera, era la estrella en todas las festividades, desde el día de las madres hasta Navidad. Poseía una soltura y una gracia innata para el baile. Llenaba todo el escenario con su vestido rojo de bolitas blancas, su clavel en la boca y su cuerpo moviéndose al ritmo de las castañuelas. La observo. Luce tan diferente, sólo su sonrisa permanece. Siguiendo un impulso me acerco.

—¡Hola!, ¿eres Areli Vázquez?

—Servidora... ¿Y tú?

—No me conoces. Yo iba unos grados antes que tú en el colegio Rafael Tejada.

—¡Ah!, con razón no te recuerdo.

—Nunca te lo dije pero siempre te admiré. Eras muy popular y bailabas flamenco muy bien.

—¿Lo recuerdas?

—Sí, de niña yo quería ser como tú.

Se acercan dos mujeres y la apresuran.

—Apúrate que nos faltan muchos regalos y estamos preocupadas por los niños. ¡Mejor te hubieras quedado!

—Ustedes fueron las que insistieron que viniera para aprovechar los descuentos del martes a los seniors. Ya voy —pero antes— voltea a mirarme:

—Por favor diles lo que me dijiste para que vean que no siempre fui así —señala su cuerpo—, y que no sólo sirvo para cuidar a mis nietos.

Miércoles

La reunión era un caos. Las voces se elevaban amenazantes y por momentos parecía que iban a llegar a los golpes.

—Dije que me des la factura o voy a dejar esos gastos sin comprobar.

—Pero Dorita, la cantidad no es tan grande. Se puede meter la nota.

—¡No y no!, para que luego me vayan a salir con que yo me robé el dinero.

—¿Quién? Mujer, aquí estamos todas las socias.

—Pues háganle como quieran pero sin factura yo no le doy salida al dinero.

—Dora, estamos entre amigas.

—Precisamente por eso. Una nunca sabe. ¿Recuerdan cómo hablaban mal de Marlen?

—Está bien. No te preocupes. Yo lo pago de mi bolsa. Bety, gritó muy enojada:

—¡No es justo para Luisa! Después que compró todo, gastó su gasolina y su tiempo y ahora tú no quieres pagarle las notas.

—¡Págaselas tú!

Bety se levanta furiosa pero el ruido de la puerta al abrirse la detiene. Acalorada entra Viviana, la reportera de sociales.

—Tengo dos eventos más. Tomo la foto rapidito y me despido.

Todas las socias del club se ponen de pie y posan sonrientes para la foto que saldrá en el periódico del domingo, donde reseñarán el éxito del bingo cuyas ganancias serán destinadas a fines de beneficencia y también harán mención de la rica merienda que disfrutaron de manera armoniosa en su junta del miércoles.

Jueves

En Semana Santa, todos los vecinos se confundían con los turistas para irse a asolear a la playa. Por la tarde regresaban con la piel enrojecida, cansados y molestos porque les habían cobrado la entrada. Cada año era lo mismo. A mí no me llevaban a la playa porque mis padres decían que eran días de guardar y que por pecadores nos podíamos convertir en peces. Así que me conformaba con asistir a las celebraciones religiosas y a la salida de la iglesia veía de reojo todos los cuerpos dorados por el sol que festivos daban vueltas y vueltas a la plaza. Han pasado muchos años desde entonces. No vivo más en el puerto. Esta Semana Santa no fui a la iglesia. Me la pasé recostada frente a la alberca viendo jugar a mis sobrinos.

Hoy, jueves santo, me levanté temprano, hay que aprovechar las vacaciones, me dije y me dirigí al mar con mis “chorts” morados y mi playera blanca. Apenas mis pies sienten el agua del mar y se vuelven más ágiles. Las olas me abrazan, me invitan a seguir adentrándome. Yo me dejo llevar. Grácil me sumerjo para luego emerger y dar giros. Allá a lo lejos veo la costa pero yo, no quiero regresar. Muevo mis aletas y me hundo en el mar.

Viernes

El director del periódico vespertino, paciente escucha a la mujer que a ratos se convulsiona por el llanto

—Yo se lo decía. No te compres esa ropa, te pueden confundir con pandillero, pero él terco a que le gustaba esa moda. Yo no se la quise comprar por más que él me estuviera friegue y friegue. Con decirle que a escondidas se metió a trabajar como empacador. Esta ropa era una obsesión para él. De verdad señor, él se compró esa gorra y esa camiseta. Él no era “mañoso”, siempre fue muy estudioso, así que no me extrañó cuando me pidió permiso para irse a estudiar con su amigo René. Por qué había de dudar. Cuando yo llegaba del trabajo él ya había regresado. Antier no llegó. Primero yo misma traté de calmarme porque era viernes, todo mundo sale y a veces los micros van tan llenos que no nos levantan. Pero cuando vi que ya era muy tarde, lo busqué con todos sus amigos, recorrí los hospitales y nada. Al forense me negué a ir. ¿Por qué habría de estar mi muchachito muerto? Ayer en el periódico de la tarde salió su foto. Estaba allí tiradito, ensangrentado y vestido con una camiseta llena de brillitos. A un lado su mochila donde traía esta

bolsa de la tienda donde trabajaba, con su camisa y una nota de compra por una camiseta y una gorra. ¡Por favor, señor! Mi niño no era un “halcón”. Sé que a usted no le importa quién era pero, ¡por favor aclare en su periódico que en el enfrentamiento mataron a un jovencito inocente, que lo confundieron porque vestía una camiseta de brillitos!

Sábado

Por más argumentos que usaba David, no encontraba la forma de tranquilizar a su esposa.

—¡Ana, cálmate! Llegué tarde porque tenemos un problema en el pozo.

—Con el pozo... ¿De quién?, ¿y en viernes?

—Ya te lo expliqué, no hemos podido controlar la presión y no quieren parar las operaciones. Es muy peligroso. Vine a descansar un rato y me regreso.

—¡Sí!, ¿cómo no? Apenas me contaste de la secre nueva y empezó el problema. El viernes para tu amante, el sábado para mí y el domingo familiar, ¡típico!

—Mira, esta quincena he metido mucho tiempo extra. ¿Por qué no vas con tu mamá?

—¿Y tú? China libre para divertirte a tus anchas.

—Ana, vamos a dormir que vengo cansadísimo.

La mañana siguiente David se levantó temprano. Ana dormía. Se fue sin despedirse. Llegó a la planta e inició su día. El problema se estaba controlando, habían abierto algunas válvulas y la presión del pozo estaba cediendo. A media mañana saca el celular. No tiene llamadas

perdidas. Imaginó a Ana con su mohín de enojo y sonrió. De verdad la amaba. Era sábado. La invitaría a cenar y le compraría flores. Le marcó. Ana vio que era David. Ignorando el repiquetear del teléfono se dirige al baño.

—Ana, ya no estés enojada. Hoy llegaré...

David calla al escuchar los rugidos de la fiera entubada. Va a agregar algo pero un fuerte estallido seguido de un fogonazo apaga su luz. En el baño, Ana canta debajo de la regadera y piensa:

—Que siga llamando. Lo voy a hacer sufrir por güilo.

Día de pago

A cabó su turno, se despoja de la bata, los lentes y los zapatos de seguridad. Recuperada su identidad camina entre los obreros que hacen fila para marcar la tarjeta. Llega a la caseta de salida y no pierde su sonrisa a pesar de que ve las largas líneas en la parada de los microbuses. Finalmente lo aborda. Es viernes, día de pago. Esta semana la tiene libre de abonos. Observa sus dedos forrados con cinta dedal y sus uñas maltratadas —tengo que pintármelas—, piensa. Retira la cinta de sus dedos adoloridos. El micro se detiene. Las notas del reggaeton inundan el espacio y le hacen cosquillas en el cuerpo. Mira al jovencito vestido de overol que desvía la mirada de las nalgas de una mujer que intenta mantener el equilibrio para voltear a ver a las “Tecateras”, que afuera de un “Seven”, se menean al ritmo de Daddy Yankee. Se respira un ambiente festivo. Más adelante se topan con un convoy de soldados y en la esquina el inconfundible “halcón” informando del paso de los uniformados. El terror de los primeros días cesó. Es increíble cómo se ha ido acostumbrando a estos hechos. ¡Es viernes! No le importan los militares ni los mañosos, siente ganas de

bailar, de perderse entre los brazos de su amor y olvidarse de los pagos de la luz, la renta, los pasajes y del dinero que le gira a su mamá. Siguiendo un impulso grita:

—¡Bajan!

Se abre paso entre los cuerpos que atiborran el transporte y logra bajar antes de que el chofer arranque nuevamente la unidad. Cruza con seguridad sorteando los autos desde donde le gritan:

—¡Te va a dar el mal de llanta!

—Te llevo. ¡Pero de encuentro!

Corre. Le divierte torear la muerte, cualquier cosa antes que subirse al peatonal. Entra al tianguis y empieza a curiosear. Llega a un puesto conocido.

—¡Pásale, mi güeris! Tenemos muchas novedades.

—¿Qué tiene de nuevo?

—¡Uh!, pos cosas como a las que a ti te llenan el ojo.

—No me diga. A ver, a ver, ¿qué me separó?

—Tengo pantalones “Ges” y “Tru Religion”, la última moda de los “iunaited” y casi nuevos.

—¿Serán de mi talla?

—¿Con quién crees que tratas?, ¡claro mi güeris! Yo nomás los vi, y luego luego te me viniste a la mente. Pérame aquí, te los estaba guardando —la vendedora entra al puesto.

—Tómese su tiempo mientras veo por aquí.

Se acerca a una pila de zapatos. Busca entre el montón. Encuentra una zapatilla de pulsera y sigue revolviendo para encontrar la otra. La voz de la mujer la hace voltear.

—Mira, mi güeris. ¿A poco no se ven finos?

Los toma, verifica la talla y dice:

—Sí, me quedan. ¿En cuánto?

—Baratos. Ya sabes que yo todo lo doy muy barato.

—Por eso, ¿en cuánto?

—Doscientos cincuenta por los dos.

—¿Doscientos cincuenta?, no traigo tanto.

—A que mi güeris, tú sabes que conmigo no hay fijón. Ya te conozco. Eres buena paga. Tres pagos... ¿Te parecen?

—Sí doñita, gracias. ¿Oiga, tendrá el otro zapato?

—Orita te lo busco. Están bonitos. A mi güerca también le gustan así de altos, pero mi viejo dice que son zapatos de puta, ¿cómo ves?

La vendedora se agacha y empieza a buscar dentro de la montaña de zapatos. Le muestra otros pero al fin encuentra el zapato y se lo entrega.

—Si los quieres te los dejo en cuarenta pesos.

—Envuélvame todo. Le abono cien.

—Gracias, mi güeris. Aquí te espero la otra semana y a ver que te tengo.

—Gracias a usted doñita. Nos vemos.

Taconeando sigue su camino. Ignora las miradas suspicaces y las risitas malintencionadas. Llega a la estética. Se detiene en la puerta. Está llena. Duda un poco pero alentada por el saludo de quien hábilmente pasa la navaja rapando a un muchacho, entra.

—¡Tienes mucho trabajo! Mejor regreso más tarde para ponernos de acuerdo.

—No tanto. Sólo un corte, un tinte y después unas luces.

—¿Entonces, qué con nuestros planes?

—Adelante. Tú encárgate de la salsa y si no hay más compramos botanitas y cerveza. Es viernes, hay que celebrar, ¡estamos jóvenes!

—¿Ya te habló?

—¡Sí! ¡Me encanta! Espero que sea sincero y no quiera sacarme dinero. ¿Y a ti?

Asiente y se acerca. Habla en susurros.

—Me preguntó qué pensaba de su situación.

—¿Qué le dijiste, güera?

—Que hoy en la noche lo hablamos.

—¿Y qué?, le vas a pedir que deje a su esposa.

—No sé. Me gusta, creo que me estoy enamorando. A ver qué pasa. Llego por ti a las diez. Nos vemos.

El estilista sigue con su tarea. Los tacones lo están matando. Sin embargo, una sonrisa juguetona disimula el cansancio y el espeso maquillaje la sombra de la barba.

Mientras tanto, la güera espera el microbús en la esquina e ilusionada aprieta la bolsa con sus pantalones y zapatos nuevos contra sus pechos rellenos de hormonas.

Índice

Prólogo	11
---------------	----

De chile, dulce y manteca

Reciclamiento (Budín de pan duro)	17
Cabrito en salsa	23
Comida de cumpleaños	31
Crepas con salsa de perejil	35
Donas glaseadas	43
Flan	49
Gelatina de zanahoria	53
Pastel de queso	57
Salsa verde	65
Tortillas	71

Por mí, por mi casa y por lo que se me espera

Facebook	77
Noche al atardecer	83
El amor que no juraste	87
Por lo que me espera	97

Señoras y señores

Baby shower	101
Aquí no	105
Rogelio Armenteros	113
Claudia García	117
Gertrudis Rosas	123
Candelaria Escalante	127
La ventana	131
Fue culpa de Daniel Santos	135

Prudencia Amaro	145
El abuelo	149
Polvo	151
Ave nocturna	153
Esperando un día de luna eterna	157
Lucita	161
La duda	167

Semanario

Domingo	179
Lunes	181
Martes	183
Miércoles	185
Jueves	187
Viernes	189
Sábado	191
Día de pago	193

De chile, dulce y manteca
Mercedes Varela

Este libro se terminó de imprimir el 15 de marzo
de 2014, se utilizó la fuente Bell MT.
Se imprimió en papel cultural.
Su tiraje fue de 1000 ejemplares.

Los cuentos reunidos en este libro de Mercedes Varela, son una muestra precisa de la desazón y el hastío que habita en cada uno de nosotros.

Vacilantes, opacas, iluminadas por la pluma de la autora, estas mujeres y hombres deambulan por el desamor y la inseguridad, son presas de odios y de miedos ante el otro, las parejas, el paso del tiempo, la edad madura que llega de golpe y sin aviso.

Separados en cuatro secciones: *De chile, dulce y manteca*; *Por mí, por mi casa y por lo que se me espera*; *Señoras y señores* y *Semanario*. En este libro confluyen recetas de cocina, radiografías de mujeres a quienes la juventud ha abandonado o que bien, son arrastradas por el sistema, como en el cuento "Pastel de queso", donde una escritora sufre ante un munícipe que le cambia todo su proyecto, o bien, en "El amor que no juraste", vemos a una pareja destinada al desencuentro, marcado por un soundtrack que lo mismo tiene a Billy Halley y sus cometas que a los Bee Gees. Tensos, desde diversos ángulos, relatos cortos y largos —deben leer el relato "El abuelo"—, estas historias tienen como escenarios la frontera y sus maquiladoras, pero también el mar y las pequeñas ciudades invadidas por el calor. Sus personajes se vuelven entrañables porque nosotros mismos somos un puñado de miedos e inseguridades, pero también de un poco de valentía. Mercedes Varela captura eso en sus historias y nos lo ofrece sin denuncias para que nosotros nos volvamos un poco como esos hombres y mujeres que, acaso, esperan que alguien más les abra la puerta de su jaula para volar.

Antonio Ramos Revilla.
Julio 2013



Tamaulipas
GOBIERNO DEL ESTADO

CONACULTA



Tamaulipas
ESTADO FUERTE PARA TODOS